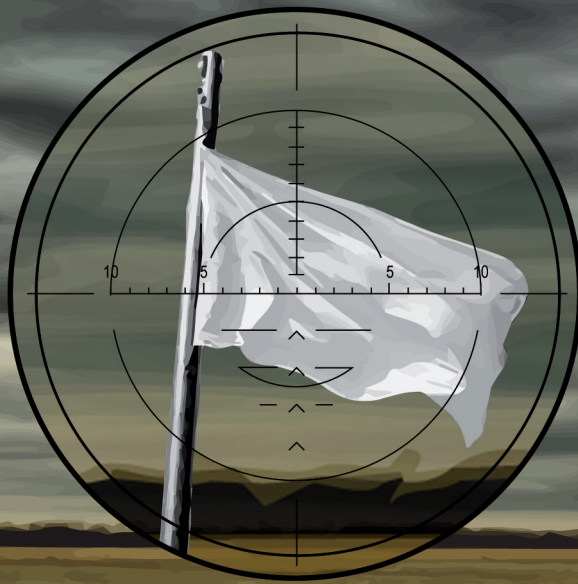




## Guerra y racionalidad: los fines de la guerra y los fines de la política



Presentada bajo el título *La distinción entre los fines táctico-militares y los fines estratégico-políticos como determinante de la racionalidad en las decisiones político-militares*, esta investigación busca mostrar

el por qué dicha distinción es condición necesaria para dotar de racionalidad a aquellas decisiones en las cuales la frontera entre la política y la guerra se encuentra en juego.

Guerra y racionalidad:  
los fines de la guerra y los fines de la política

**COLECCIÓN GRADUADOS**  
Serie Sociales y Humanidades

---

Núm. 2

Mauricio Morales Díaz

---

Guerra y racionalidad:  
los fines de la guerra y los fines de la política

Universidad de Guadalajara

2014

Primera edición, 2014

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario

de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación Editorial

Juan Manuel 130

Zona Centro

Guadalajara, Jalisco, México

Obra completa ISBN 978-607-742-034-7

Vol. 2. ISBN E-book 978-607-742-036-1

Editado y hecho en México

*Edited and made in Mexico*



Esta edición fue financiada con recursos del Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI) 2012 a cargo de la Secretaría de Educación Pública.

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	7
<b>CAPÍTULO I ■ El desarrollo de la reflexión occidental sobre la guerra: el surgimiento de la distinción entre los fines políticos y los fines militares</b>	9
El mundo antiguo	10
Edad Media	21
La reforma y el Renacimiento	26
La Ilustración	43
Karl von Clausewitz	56
<b>CAPÍTULO II ■ La visión formal de los conflictos internacionales</b>	63
La visión formal de las decisiones	64
<b>CAPÍTULO III ■ La crisis de los misiles cubanos</b>	87
Esbozo histórico	88
La crisis de los misiles cubanos vista desde la teoría de juegos	90
Las reuniones del ExCom	94
¿Fue adecuada la forma de tomar decisiones durante la crisis de los misiles cubanos?	124
<b>CONCLUSIONES</b>	130
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	133

A mis padres,  
por su invariable apoyo

## INTRODUCCIÓN

No es el esplendor de tus joyas lo que hace que los enemigos te respeten, sino solo el temor a tu poderío militar. Además, los errores que a veces se cometen en otros asuntos se pueden remediar; pero aquellos en los que se incurre durante la guerra, al comportar un inmediato castigo, no tienen enmienda posible.

Maquiavelo. *Del arte de la guerra*

La milicia es de gran importancia para el Estado. Es la base de la vida y de la muerte, el Tao de la supervivencia o de la extinción. Es indispensable examinarlo.

Sun Tzu. *El arte de la guerra*

Durante el siglo xx afirmar que la guerra era algo irracional se convirtió en un lugar común dentro del imaginario colectivo. En la actualidad, aunque son muchos los investigadores que se preocupan por estudiar el fenómeno de la guerra desde muy diversos ángulos, tal convicción permanece como parte del sentido común de la mayoría de las personas.

Pero ¿a qué se refiere tal afirmación? Cuando se sentencia categóricamente que la guerra es irracional, ¿acaso nos dicen que quienes participan en ella lo hacen de forma torpe y que se hacen matar fácilmente? ¿O se refiere a que quienes la pelean no persiguen ningún objetivo o acuden a ella de forma autómata? Me parece que, por lo menos en la mayoría de los casos, no es ninguna de las dos.

El uso de la palabra “racional” suele tener una gran cantidad de posibles sentidos dentro del lenguaje coloquial, pero evidentemente el que se emplea en estos casos se encuentra determinado por las corrientes pacifistas del siglo xx, surgidas sobre todo después de las guerras mundiales (y, particularmente, después de la de Vietnam). Es así

que el afirmar “la guerra es irracional” no se refiere a una práctica dentro de ella, de forma que si se modificara haría a la guerra racional; tampoco a que se acuda a ella sin un interés, de forma que si se tuviera uno de nuevo se volvería racional. No. Tal afirmación suele ser categórica y entenderse en el sentido de “toda guerra, sin importar cómo o por qué se lleve a cabo, es irracional”.

Los argumentos para defender tal postura son muy variados, oscilando desde los que consideran que puede haber otras soluciones menos dañinas para los conflictos, hasta aquellos que la ven como un mal intrínseco. Lo importante en este asunto es que el término “irracional”, en este uso coloquial, parece aproximarse más a un calificativo moral que a uno epistemológico. Cuando se afirma de manera cotidiana que tal actividad (o la decisión de llevarla a cabo) es “racional”, lo que se expresa tiende a ser fundamentalmente un sentimiento de aprobación hacia ella; por ende, cuando se dice que “la guerra es irracional”, lo que se está haciendo es expresar, por lo general y principalmente, un rechazo a la guerra.

No quiero decir con esto que toda postura pacifista sea superficial. Hay que recordar que hasta aquí no he hablado de posturas técnicas, filosóficas o científicas, sino de lo que suele flotar en el sentido común. En algunas ocasiones este suele provenir de aquellas aunque se desconozcan los argumentos mediante los cuales se establecieron sus conclusiones. Desafortunadamente, en ocasiones, pareciera que también se llega a dar lo opuesto.

Lo que quiero mostrar en la presente introducción es cómo el problema de la racionalidad en la guerra, a pesar de ser vital para la correcta comprensión de la misma y, por lo mismo, encontrarse siempre presente en nuestras charlas cotidianas, por lo general tiende a ser banalizado dentro de las posturas más populares. No es la intención de mi tesis el hacer un estudio profundo de este fenómeno ni el tratar de demostrar que tal o cual postura ante la guerra es mejor que otras. La finalidad de mi tesis consiste en mostrar la importancia que tiene la concepción de la racionalidad en la guerra en la contención de la misma.

Para tal fin, mi tesis se dividirá en tres capítulos, cada uno de los cuales busca armar un rompecabezas diferente: en el primero rastrearé, en la historia occidental de la reflexión sobre la guerra el momento cuando surge por completo esta concepción de racionalidad en la guerra. En el segundo revisaré el concepto mismo de racionalidad de algunas alternativas formales y la posibilidad de su empleo en el análisis de los conflictos de corte político-militar. Finalmente, en el tercero analizaré un caso particular haciendo uso de las técnicas formales y de la concepción de racionalidad desarrollados en el capítulo anterior, para mostrar el papel que dicha noción de racionalidad juega en la moderación de los conflictos bélicos.



## CAPÍTULO I

### El desarrollo de la reflexión occidental sobre la guerra: el surgimiento de la distinción entre los fines políticos y los fines militares

Olvido de nuestros objetivos.- Durante el trayecto comúnmente olvidamos su meta. Casi toda profesión se elige e inicia como un medio para un fin, pero se continúa como un fin en sí misma. Olvidar nuestros objetivos es el más frecuente de todos los actos de estupidez.

Friedrich Nietzsche. *La gaya ciencia*

Así es como la milicia valora la victoria.  
Sin que tenga valor el prolongar la guerra.

Sun Tzu. *El arte de la guerra*

La reflexión sobre la guerra es casi tan vieja como la filosofía misma. La cantidad de pensadores que, de un modo u otro, incluyeron a la guerra dentro de los temas de sus reflexiones es enorme. De ahí que cualquier intento por abarcar por completo tal historia resulte muy complejo, si no es que imposible. Por fortuna no es esa mi intención en este capítulo.

Lo que pretendo hacer es revisar la visión teórica que sobre la guerra desarrollaron los pensadores (filósofos o no) que más han influido en la concepción que sobre ella se ha tenido a lo largo de la historia, hasta encontrar en qué punto se hace la distinción fundamental que nos permite concebir a la guerra como una actividad racional. Este punto será alcanzado por Clausewitz, quien fue el primer teórico de la guerra en independizarla de causas naturales o sociales.

Esto no significa que los pensadores anteriores hayan defendido la idea de que la guerra era irracional. Decir tal sería, como veremos adelante, una mentira. Para la mayoría de ellos, la pregunta de si la guerra es racional o no ni siquiera aparecía. Posiblemente podrían buscarse rastros en su pensamiento que permitieran afirmar que se inclinaban de manera implícita por una u otra alternativa, pero hacer tal, desde mi perspectiva, sería caer en un grave anacronismo y no es mi intención. Lo que pretendo

hacer es reconstruir, muy brevemente, su visión sobre la guerra, para revisar cómo van surgiendo los elementos que después servirán para la construcción de la idea de la racionalidad en la guerra.

Aquí es necesario que diga algunas palabras sobre qué es lo que vamos a entender por la afirmación de que la guerra es racional. No profundizaré en este punto ahora, tan solo diré lo esencial para que se puedan entender mis intenciones en este primer capítulo: el afirmar que la guerra es racional implica que esta, independientemente de sus fines “naturales” o inercias, se encuentre sometida a los fines más generales de la política. Para que esto sea posible, es necesaria la creación de un concepto abstracto de guerra que permita diferenciar con claridad sus fines propios (es decir, en tanto que guerra) de los fines de la política. Una vez aclarado esto, comencemos con la revisión histórica.

## El mundo antiguo

### Grecia

La guerra del Peloponeso fue un parteaguas dentro de las tradiciones militares de la Grecia antigua. Antes de ella, existían una serie de costumbres por todos obedecidas que establecían límites al empleo de la guerra y a la forma de conducirse en ella. Dichas tradiciones solo se aplicaban a la guerra entre griegos e incluían aspectos tales como la declaración de la guerra, el establecimiento de treguas, la época del año en que se debían llevar a cabo las batallas, las condiciones de la victoria, la protección a los no combatientes y a los prisioneros de guerra (Ober, 1994: 13).

Después de los excesos cometidos durante dicha guerra, estas prácticas tendieron a desaparecer y se comenzaron a buscar otros medios, principalmente tratados escritos, para limitar la guerra (Fleiss, 1960: 3). Es por ello que Tucídides describe a la guerra del Peloponeso como la historia de la decadencia moral de Atenas y la erosión de las costumbres de guerra griegas (Bellamy, 2009: 43).

Ahora, si bien es cierto que en Tucídides encontramos un fuerte lamento por dicha decadencia moral, esto no debe leerse como que en su pensamiento hay una condena moral (o de otro tipo) a la guerra en general. Tucídides nos dice que en la guerra del Peloponeso (al igual que en las guerras contra Troya) el verdadero motor se encontraba compuesto del interés, la codicia, el temor y, principalmente, el afán de dominio. Como se muestra en el *Discurso de Arquidamo*, todos los discursos, las discusiones y los acuerdos fingidos tan solo eran medios para ganar tiempo y prepararse para la guerra (Tucídides, 1943: § 80-85). Sin embargo, esto no constituye la crítica moral a dicha guerra (ni mucho menos a la guerra en general), sino que tanto la codicia, como el temor y todos los demás aspectos son los “motores” por medio de los cuales se lleva a cabo el tránsito del *caos* al *cosmos*.

Esto lo podemos entender porque, dentro de su pensamiento, la guerra no es algo a lo que se le pueda atribuir un valor moral por sí misma (aunque algunos han especula-

do al respecto), es decir, la guerra no es “mala” ni “incorrecta” en sí misma, sino que es algo necesario; no es algo solo propio de la especie humana, sino que el combate, como tal, es algo propio de la naturaleza misma. De la misma forma, consideraba como algo propio de la naturaleza el que los fuertes dominaran a los débiles y, puesto que en el preámbulo de la guerra del Peloponeso la posibilidad de Estados dominantes se encontraba reducida a dos, Atenas y Esparta, según Tucídides era natural que todos los demás se ubicaran alrededor de ellos. Es así que en el *Diálogo de Melos* afirma en boca de los atenienses que el derecho y la justicia solo existen entre quienes tienen el mismo poder:

Atenienses.- ...Dejemos que cada uno de nosotros diga lo que realmente piensa y alcancemos un acuerdo práctico. Ustedes saben y nosotros sabemos, como hombres prácticos, que el tema de la justicia se presenta solo entre partes iguales en fuerza, y que los fuertes hacen lo que pueden, y los débiles se someten (§ 89).

Ante tal planteamiento, la respuesta de los habitantes de la isla de Melos trata de circunscribirse también dentro de los parámetros prácticos e intentan advertir a los atenienses, en su propio interés, del riesgo que corren al abandonar los principios de la justicia, ya que consideran que, al ser dichos principios buenos para todos, los atenienses necesariamente serán castigados y servirán de lección para el mundo:

Melios.- Como ustedes ignoran la justicia y han hecho del interés propio la base de la discusión, debemos ponernos al mismo nivel, así que les decimos que, en nuestra opinión, se encuentra en su interés el mantener un principio el cual existe para el bien de todos –el que cualquiera que se encuentre en peligro deba tener un trato justo y equitativo, así como cualquier ventaja, incluso si no es estrictamente lo que le corresponde, la cual pueda asegurarse por medio de la persuasión. Esto se encuentra en su interés tanto como en el nuestro, porque su caída los envolverá en un castigo demoledor que será una lección para el mundo (§ 90).

En la participación adjudicada a los atenienses por Tucídides encontramos muy bien expuesta su visión de esta estratificación natural y, como consecuencia de ella, una visión realista de las relaciones entre los Estados griegos expresada en la respuesta que reciben los habitantes de Melos ante sus intentos por recurrir a nociones generales de justicia y, con base en ellas y las esperanzas que en ellos despiertan, negarse a rendirse ante el poderío de Atenas:

Atenienses.- No, si lo reflexionan con calma: porque esta no es una competencia de heroísmo entre iguales, donde su honor se encuentra en juego, sino un asunto de autopreservación, para salvarlos de un conflicto con un poder mucho más fuerte (§ 101).

En todo el texto de Tucídides se encuentra latente la noción general de que el bien para un pueblo consiste en buscar su propio interés sin apelar a nociones de justicia, y es eso lo que se encuentra expresado por los atenienses que afirman ante los melenses: “Aparentemente ustedes no se dan cuenta de que la seguridad y el interés propio van juntos, mientras que el sendero de la justicia y el honor es peligroso” (§ 107). El razonamiento se inclina por completo hacia la noción de prudencia política, es decir, de lo que le conviene hacer a cada uno de los pueblos según las consecuencias que esperan de tales acciones. Es así que, mientras que los atenienses los acusan de tener esperanzas irrazonables, los melenses se defienden afirmando que tales esperanzas no son irracionales (§ 104-105).

Lo que se deduce del planteamiento del historiador griego es que “el poder es derecho”, ya que, en *los discursos*, en la respuesta que los atenienses dan a los reproches de los lacedemonios sobre la legitimidad de su imperio y siguiendo la misma línea en sus planteamientos, Tucídides muestra cómo una nación solo invoca a la justicia cuando no tiene el poder de tomar lo que le interesa por medio de la fuerza:

De esto se sigue que no fue muy extraño, o ajeno a la práctica común de la humanidad, el que nosotros aceptáramos un imperio que nos fue ofrecido, y el que nos reusemos a renunciar a él bajo la presión de tres de los motivos más poderosos: temor, honor e interés. No fuimos nosotros quienes pusimos el ejemplo, sino que siempre ha sido una ley que el más débil deba estar sujeto al más fuerte. Además, creemos que somos dignos de nuestra posición, y así lo habían pensado ustedes hasta ahora, cuando los cálculos del interés los han hecho tomar el clamor por la justicia –una consideración que nunca nadie ha tomado en cuenta para obstaculizar su ambición cuando ha tenido la oportunidad de obtener algo por la fuerza. Y dignos de alabanza son aquellos que, si bien no son tan superiores a la naturaleza humana como para rehusar el imperio, por lo menos respetan la justicia más de lo que su posición les obliga a hacer (§ 76).

La visión que el historiador griego nos da de los atenienses es la de un pueblo que se percibe a sí mismo no solo con el derecho de establecer un imperio, sino que incluso (y aunque sea su propósito explícito el no apelar a nociones de justicia) la de un pueblo que considera su imperio como más justo (o por lo menos “menos nocivo” con sus pueblos subordinados) que sus contemporáneos (Bolotin citado en Strauss, 2009: 19-42). Así lo afirman ante los lacedemonios: “Los hombres parecen resentir más la injusticia que la violencia; la primera es vista como una ventaja injusta tomada por un igual, la segunda como una compulsión aplicada por un superior” (Tucídides, 1943: § 77). Parece leerse entre líneas la idea de que si bien el establecimiento de dicho imperio no es necesariamente lo mejor, por lo menos apunta hacia el cosmos que anhela Tucídides, ya que el imperio ateniense viene a ser la solución al caos que reinaba ante la multiplicidad de Estados independientes (Alvizu *et al.*, 1986: 1337).

Pero no son todos los líderes atenienses quienes representan este ideal, es el líder “magnánimo”, mezcla de inteligencia y virtud, el que lo hace (*idem.*). Es posible que el caso más claro del líder que puede llevar al pueblo griego al cosmos de Tucídides lo encontremos en Diódoto, el griego que, al hablar ante la asamblea, evitó que los habitantes de Mitilene fueran masacrados una vez que fue derrotada la revuelta con la que pretendían liberarse del yugo ateniense (1943: § 42-48).

En síntesis: la naturaleza humana guía a los Estados (y a los hombres en particular) a buscar sin cesar el incremento de su poder. Esto, naturalmente, lleva a la guerra. Si esta es llevada de forma correcta, por líderes “magnánimos”, entonces puede guiar hacia la creación de un imperio más grande y así sería un progreso en dirección del *cosmos*. Pero si los líderes son guiados por sus impulsos, entonces el resultado es el opuesto. En conclusión, podemos afirmar que Tucídides no rechaza la guerra en sí misma, sino tan solo la forma de hacerla, entre griegos, que surgió durante la guerra del Peloponeso, ya que consideraba que el abandono de las tradiciones de guerra trae consigo el *caos*.

En el primer pensamiento político de Platón, el tema del origen o las causas de la guerra no aparece de forma explícita. Si bien en *La república* hace hincapié en la necesidad que tiene un Estado de tomarla en cuenta para su constitución (si es que se le puede llamar “Estado” realmente a la propuesta platónica), en ningún momento especula sobre el tema. Esto se debe a que, en su pensamiento (o al menos así aparecerá en “el viejo” Platón), la guerra es un rasgo eterno de la sociedad humana. Así lo afirma en *Las leyes*:

Y por esto, como creo, él condenó la estupidez de la masa de los hombres por no darse cuenta de que todos estamos involucrados sin descanso en una guerra de por vida en contra de todos los demás estados...Porque (como el diría) “paz”, como el término es comúnmente empleado, no es más que un nombre, la verdad es que cada Estado está, por ley de la naturaleza, comprometido perpetuamente en una guerra informal con todos los demás. Y si se mira el asunto desde este punto de vista encontrarás como prácticamente cierto que nuestro legislador cretense ordenó todas nuestras usanzas legales, tanto públicas como privadas, con un ojo en la guerra, y que por tanto nos encomendó la tarea de guardar nuestras leyes de forma segura, con la convicción de que sin la victoria en la guerra nada más, sea posesión o institución, tiene el menor valor, puesto que todos los bienes de los vencidos caen en las manos de los vencedores (§ 625e-626b).

En *La república* afirma que cuando el Estado se torna muy grande se enfrentará tanto a la necesidad de defenderse como a la de adquirir territorio (II, § 373e-377d); y puesto que ambas necesidades en la realidad del mundo griego por lo general conducían a la guerra, y sumando esto a este “estado de guerra natural entre estados”, la guerra es inevitable.

Hacia el interior, Platón considera que es el deber del Estado el establecer la paz doblendo los perfiles malos de la naturaleza humana. Haciendo una analogía entre

él y un individuo en *Las leyes*, Platón muestra que es necesario ocuparse primero de la armonía interna (o de los conflictos internos) y luego de los aspectos externos (§ 629c-629d): de la misma manera que en el caso del individuo será menester que primero se “derrote” a sí mismo, es decir, que triunfen en él los rasgos virtuosos sobre los que no lo son; en el caso del Estado, si bien es preferible que no exista tal necesidad, resultará necesario atender primero las disputas intestinas antes de enfrentarse a las exteriores (§ 626d-629d).

Es por esto que en el establecimiento de esta “paz interna”, no dentro de un Estado sino dentro de la nación, la guerra no debe ir demasiado lejos entre griegos, ya que son iguales, mientras que con los bárbaros, que son claramente inferiores, no existen tales restricciones. De hecho en *La república* afirma que, en realidad, solo con los bárbaros puede haber guerras (§ 470), ya que a ellos es correcto darles el nombre de “enemigos”. Aquellos conflictos armados que ocurran entre griegos más bien deberían llamarse “disputas intestinas” (§ 471). Por tal motivo podemos ver con claridad que en Platón no hay crítica alguna (o rechazo) a la guerra en general, sino que, al igual que en Tucídides, es una crítica a los excesos cometidos entre griegos al combatir unos contra otros.

Para Aristóteles la justicia solo existe entre amigos, y solo puede haber amistad con los semejantes, ya que “lo que es común une” (2007: § 1162a). Puesto que para él la amistad es la base de la política, es con los semejantes que esta resulta posible. Al ser semejantes y estar abiertos a la opción política (al igual que en el caso de Platón y Tucídides), los griegos no deben hacerse la guerra de forma salvaje, sino respetar las normas establecidas.

Como es bien sabido, para un griego de la época de este autor el mundo se dividía en dos tipos de seres humanos: los griegos, que representaban al hombre en el máximo de sus virtudes, es decir, al hombre “completo” (o dicho en términos aristotélicos: el hombre con un máximo de actualización de sus potencialidades); y los bárbaros (*ethnos*), quienes eran claramente inferiores a ellos.

Una de las razones por las cuales eran inferiores se debía al hecho de que, si bien ellos también vivían en sociedad, no todo tipo de vida en comunidad representaba la perfección en el hombre. La *polis*, como tal, significaba para los griegos la forma perfecta de organización social, ya que en ella el hombre alcanzaba su perfección. En oposición directa a esto encontramos a los bárbaros y su modo de vida en el cual, a decir de Aristóteles, las cosas no ocupan el lugar que les corresponde (como ejemplo da que entre los bárbaros no hay distinción entre los esclavos y las mujeres) (2008: § 1252b4). De ahí que para él “justo es que los helenos manden sobre los bárbaros... entendiendo que bárbaro y esclavo son lo mismo por naturaleza” (*idem.*). Según el estagirita, los bárbaros son seres que buscan la guerra por la guerra misma y no la emplean como un medio para obtener algo bueno, como la paz, lo que sería correcto:

Se cree, también, que la felicidad radica en el ocio, pues trabajamos para tener ocio y hacemos la guerra para tener paz. Ahora bien, la actividad de las virtudes prácticas se ejercita en la política o en las acciones militares, y las acciones relativas a estas materias se consideran penosas; las guerreras, en absoluto, (pues nadie elige el guerrear por el guerrear mismo, ni se prepara sin más para la guerra; pues un hombre que hiciera enemigos de sus amigos para que hubiera batallas y matanzas, sería considerado un completo asesino)... aspiran a un fin y no se eligen por sí mismas (2007: § 1177b).

La esclavitud, cuyo medio es la guerra, se justifica con base en un precepto ético según Aristóteles: puesto que los hombres son los únicos seres que son capaces de distinguir entre el bien y el mal (2008: § 1253a), y los griegos son los únicos hombres en un sentido pleno, entonces es natural, justo y bueno para ambas partes que los griegos esclavicen a los bárbaros: “Pues así cómo el hombre perfecto es el mejor de los animales, así también, apartado de la ley y de la justicia, es el peor de todos” (§ 1253a). Por ello, según él, los griegos tienen el derecho y la obligación moral de esclavizar a los bárbaros por medio de la guerra para así incluirlos en una sociedad de leyes:

...el arte de la guerra será en cierto modo un arte adquisitivo por naturaleza (el arte de la caza es una parte suya), y debe utilizarse contra los animales salvajes y contra aquellos hombres que, habiendo nacido para obedecer, se niegan a ello, en la idea de que esa clase de guerra es justa por naturaleza (§ 1256b).

Puesto que esta es una obligación de tipo moral y toda obligación moral se encuentra dictada por la razón (en tanto que el ser humano solo puede alcanzar su realización por medio de ella), puede afirmarse que dentro del pensamiento aristotélico existen ciertas guerras indicadas por la razón:

La práctica de los ejercicios militares no debe hacerse por eso, para someter a esclavitud a pueblos que no lo merecen, sino, primero, para evitar ellos mismos ser esclavos de otros, luego para buscar la hegemonía en interés de los gobernados, y no por dominar a todos; y en tercer lugar, para gobernar despóticamente a los que merecen ser esclavos (§ 1334a).

Vemos entonces cómo dentro del pensamiento del filósofo griego la guerra no es algo necesariamente malo y, por lo mismo, no se le considera algo digno de rechazo, sino un medio que puede servir para fines buenos: la autodefensa, la venganza, la ayuda a los aliados, para obtener ventajas para la *polis* y para mantener o establecer la autoridad sobre los bárbaros. En términos generales (y un tanto paradójicos), la finalidad de la guerra es la paz (§ 1334b1 y § 1325b30).

En general podemos ver que en los tres autores revisados existe la preocupación por la pérdida de medida que se estaba volviendo el sello distintivo de las guerras griegas. Asimismo, encontramos presente una cierta noción instrumentalista de la guerra en Platón y, más claramente, en Aristóteles. No obstante, aún no llegamos al punto que buscamos.

## Roma

**Cicerón.** Cicerón limitaba el uso correcto de la guerra, ya que la concebía, al igual que los pensadores griegos, como un medio que puede ser útil para obtener fines positivos, por lo que consideraba que la guerra solo debía iniciarse para proteger la seguridad o el honor del Estado (Bellamy, 2009: 47). Al igual que Platón y Aristóteles, opinaba que la finalidad de la guerra era la búsqueda de una vida apacible; sin embargo, no negaba la posibilidad de que pudiera haber guerras ocasionadas por otras causas, tales como la búsqueda de la gloria. En su opinión, estas debían pelearse con menos brutalidad que aquellas que se peleaban por la supervivencia. Sin embargo, no toda guerra que resultara útil podía calificarse de justa, ya que distinguía clara y enfáticamente entre prudencia y justicia (Cicerón, 1991, III: § 131 y 134); y, al considerar que extendían el imperio del orden y de la segunda, afirmaba que las conquistas romanas se encontraban justificadas; de esto se desprendía la idea de que luchar por el imperio romano y por su gloria era luchar por la paz (Bellamy, 2009: 47).

No obstante, no debe entenderse como que Cicerón daba carta blanca a cualquier acto bélico que emprendiera el imperio, antes bien él consideraba que “no emprende la ciudad perfecta guerra alguna que no sea por lealtad a las alianzas o por su propia seguridad” (1991: § 137), ya que, para ser justa, una guerra debía declararse formalmente y por las autoridades apropiadas, debía emprenderse como un castigo o para rechazar a un enemigo (§ 138) y solo debían combatir los soldados en activo.

Empero, más allá de las causas por él consideradas como justas, no aprobaba cualquier tipo de comportamiento durante la guerra. Insistía en que los soldados debían tener consideraciones para con los enemigos vencidos y ofrecer protección a aquellos que depusieran las armas (Bellamy, 2009: 48). En ese sentido, su pensamiento abogaba por el establecimiento de leyes vinculantes para todos los seres humanos y es por eso que se le considera como un filósofo defensor del *Ius gentium* y, como hemos visto, de su instauración por medio de la fuerza:

[Filo.-...si la naturaleza] nos hubiera promulgado el derecho de todos los pueblos, sería el mismo para todos, y no distinto para unos y para otros (Cicerón, 1991, III: § 132).

Al igual que Tucídides, Platón y Aristóteles antes que él (y que el pensamiento de cualquier otro pueblo antiguo y alguno que otro reciente), Cicerón estaba convencido de que las normas que regulaban a su pueblo, si bien no concordaban perfectamente



con su ideal máximo, eran las que más se aproximaban a él y, por lo tanto, las que mejor coincidían con los dictados de la razón y, por lo mismo, las únicas que eran universales:

[Lelio.-] La verdadera ley es una recta razón, congruente con la naturaleza, general para todos, constante, perdurable, que impulsa con sus preceptos a cumplir el deber, y aparta del mal con sus prohibiciones... (§ 137).

En consecuencia, y al igual que los pensadores griegos que hemos revisado, consideraba como parte constituyente de la naturaleza (y por lo mismo, como algo útil y beneficioso para ambas partes) el hecho de que los fuertes, en este caso los romanos, gobernaran a los débiles:

\*¿No vemos acaso cómo la misma naturaleza da el dominio a los fuertes con gran utilidad de los débiles? ¿Por qué, si no, manda dios en el hombre, el alma en el cuerpo, y la razón sobre la concupiscencia, la ira y demás partes defectuosas de la misma alma? (§ 138).

Podemos ver así como en el pensamiento del filósofo romano de nuevo se encuentra presente una noción instrumental de la guerra (aunque no por eso carente de restricciones éticas): esta, si es hecha de forma correcta, permite alcanzar metas positivas; pero si dichas normas son incumplidas, entonces, aunque pudieran alcanzarse objetivos valiosos, la guerra será injusta.

**Los pensadores cristianos.** Según Bellamy (2009: 49-50), no existe evidencia alguna de que los cristianos participaran dentro del ejército romano antes del año 173. Cuatro son las teorías que intentan explicar el por qué de esto: 1) los cristianos creían que la segunda venida de Cristo se encontraba cerca, 2) por el peligro de idolatría en el que creían caer al servir en el ejército, 3) por la mala relación en la que se encontraban con las autoridades romanas y 4) debido a ciertas interpretaciones que hacían de las escrituras en las cuales consideraban que, por su fe, tenían prohibidas tales actividades. Sin embargo, cualquiera que haya sido la causa de esta no participación en los asuntos marciales, después de esta fecha su presencia se fue volviendo cada vez más común y numerosa hasta que, después de la conversión de Constantino, quedó institucionalizada (pp. 50-51).

En el transcurso que va desde el inicio de la participación esporádica de cristianos en el ejército hasta su completa incorporación, encontramos también un paulatino cambio de posturas de los pensadores cristianos, que oscila desde un “pacifismo” limitado hasta lo que por momentos pareciera un abierto “belicismo”.

*El cristianismo “pacifista”.* Respondiendo a la crítica que en su *Discurso verdadero* hizo Celso alrededor del año 180, en el cual acusaba a los cristianos, entre muchas otras cosas, de no cumplir con su deber de proteger al imperio romano, Tertuliano (160-220)

decía en su *Apología* (escrita alrededor de 197) que si bien los cristianos no participaban directamente en la guerra sí oraban todo el día por el emperador y por la ley. Si bien opinaba que los cristianos no debían servir en el ejército, esta afirmación no la hacía porque condenara a la guerra en sí misma, sino porque creía que los cristianos, al convertirse en soldados y estar obligados por ley a adorar al emperador como un dios, corrían el peligro de caer en idolatría (Bellamy, 2009: 51-52).

Aunque en su opinión la guerra iba en contra de las enseñanzas bíblicas y en parte por eso la rechazaba, al no haberse desarrollado aún las pretensiones de universalidad del cristianismo, no consideraba que la guerra debía dejar de practicarse, sino que, antes bien y como ya hemos visto, creía que los cristianos sí debían participar efectiva y decisivamente en ella.

Al igual que Tertuliano, el trabajo de Orígenes (185-254) se constituyó como una respuesta ante las críticas de Celso. Ofreció tres argumentos para tratar de demostrar que tales críticas eran injustas, dos de los cuales encontramos también en Tertuliano. La primera era que las escrituras prohibían a los cristianos servir en el ejército, mientras que la segunda era que ellos cumplían con su deber de defender a Roma, pero que lo hacían con sus oraciones, las cuales también participaban en la decisión de las batallas. El tercer argumento presenta mayor importancia por su originalidad, ya que, según el autor, no se puede acusar a los cristianos de promover el debilitamiento de Roma al negarse a servir en el ejército. Algunos en Roma, principalmente Celso, consideraban que el cristianismo era perjudicial para el imperio porque, al no servir en el ejército, los cristianos fomentaban que otros hicieran lo mismo; entonces se preguntaban qué pasaría si todos fueran cristianos (p. 52). La respuesta era clara: Roma se quedaría sin defensores y caería ante sus enemigos.

La propuesta de Orígenes, aunque ingeniosa, no deja de ser falaz. Afirmaba que si en realidad todos se comportaran cómo cristianos, entonces el imperio no correría ningún peligro ya que los cristianos, al serlo, no harían la guerra. Si bien el argumento confunde, intencionalmente o no, a la población interior de Roma con la totalidad de la humanidad (es decir, la pregunta de Celso se refiere a qué pasaría si toda la población de Roma se volviera cristiana y se negara a combatir en el ejército, mientras que la respuesta de Orígenes se refiere a lo que él cree que pasaría si todos, romanos o no, se convirtieran al cristianismo), no deja de ser interesante la noción misma de una paz general cristiana. No obstante, es evidente que tampoco se puede considerar a Orígenes como un pacifista absoluto por las mismas razones que tampoco lo podemos hacer con Tertuliano.

Cipriano de Cartago (III-258) rechazó la separación entre moral privada y moral pública con la cual se trataba de justificar la participación individual en la guerra de algunos cristianos; insistió en que los mandatos de Jesús abarcaban ambas partes, por lo que no había que matar bajo ninguna circunstancia. Según su perspectiva, los cristianos debían efectivamente combatir por la fe, pero no por medio de armas, sino con instrumentos pacíficos:

El Apóstol nos indica cómo debemos revestirnos y preparamos, cuando dice: *Abrochaos el cinturón de la verdad, por coraza poneos la justicia; bien calzados para estar dispuestos a anunciar el Evangelio de la paz. Y, por supuesto, tened embrazado el escudo de la fe, donde se apagarán las flechas incendiarias del Malo. Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu, es decir, la Palabra de Dios* (Carta 58, 8-9.1).

En este punto será respaldado por Hipólito de Roma, quien consideraba que por ningún motivo debían los cristianos matar y, si lo hacían, debían ser expulsados de la Iglesia (Bellamy, 2009: 52).

*El cristianismo “no-pacifista”*. Ambrosio de Milán fue el primero en combinar el cristianismo con el derecho romano de forma sistemática. Siguiendo la tradición greco-romana distinguió entre las aberrantes guerras civiles y las que se hacían en contra de los bárbaros, las que consideraba legítimas porque protegían al imperio y a la Iglesia cristiana. Por ello no rechazaba por completo la guerra y afirmaba que en el Antiguo Testamento había evidencias de que la guerra era no solo moralmente justa en algunas ocasiones, sino que, a veces, era dios mismo quien la ordenaba. Si bien aceptaba que las enseñanzas de Jesús prohibían que un individuo diera muerte a otro (incluso en defensa propia), consideraba que estaba permitido matar para proteger a otros, ya que al ser un acto desinteresado, era un acto de amor. Esta doctrina inauguró un dualismo entre *acción externa* y *disposición interna* que será complementado después por el pensamiento de Agustín de Hipona. Estas dos circunstancias, a saber, la existencia de guerras moralmente justas y la separación entre la *acción externa* y la *disposición interna* constituirán para él dos motivos que justifican la guerra (pp. 53-55).

El pensamiento de Agustín de Hipona es un refinamiento del trabajo de pensadores anteriores, principalmente de Cicerón y de Ambrosio de Milán. Su preocupación era el definir si los cristianos tenían derecho a matar y determinar cuándo podían combatir en una guerra (pp. 55-56). Siguiendo el pensamiento de Aristóteles, Agustín de Hipona defendía la idea de que la finalidad de la guerra es la paz pero, a diferencia de él, sostenía que no había ser humano ni animal alguno que no deseara la paz:

...la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aún con la guerra buscan la paz, pero ninguno con la paz busca la guerra. Hasta los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrecen la paz, sino por tenerla a su albedrío. No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos desean (San Agustín, 2006: 573).

Afirma que es imposible que exista ser alguno que no necesite algún tipo de paz, por lo menos con ciertos seres, ya que dicho ser “no puede dejar de amar la paz, cualquiera que sea; porque ningún vicio hay tan opuesto a la naturaleza que cancele y borre hasta los últimos rastros y vestigios de la naturaleza” (p. 574). En este sentido,

considera la paz como un anhelo natural en el hombre, incluso en aquellos que hacen de la guerra un modo de vida y buscan en ella (o a través de ella) la gloria: “Pues hasta los mismos que desean la guerra apetece vencer, y, guerreando, llegar a una gloriosa paz” (p. 573).

Nos dice San Agustín que una ley no es justa si autoriza a un viajero a matar en defensa propia; esto puede ser justo ante la ley temporal, pero no ante los ojos de la ley superior (con la única excepción de los funcionarios públicos, ya que consideraba que ellos tenían no solo el derecho, sino la obligación de defender su vida porque esta era importante para el desarrollo de la sociedad). Esto se debe a que, según él, cuando un individuo mata en defensa propia, lo hace para defender cosas terrenales, ya que lo superior, la virtud, es algo que nadie nos puede quitar. Siguiendo a Ambrosio, afirma que el acto de matar no es en sí pecaminoso, sino la *disposición interna* que impulsa el acto es lo que determina si lo es o no (Bellamy, 2009: 56).

Así pues, Agustín de Hipona continúa con el dualismo entre *disposición interna* y *acción externa* que Ambrosio de Milán había introducido con su pensamiento. El pecado de la guerra era el odio, la avaricia, la codicia y el ansia de poder. Si alguien era capaz de pelear una guerra, con todo lo que la guerra conlleva, manteniendo una disposición interna “correcta”, entonces no había razón alguna para recriminarle sus actos, fueran estos los que fueran. Así se lo explica en una carta a un maniqueo de nombre Fausto:

¿Qué mal entraña la guerra? ¿Es acaso la muerte de algunos que, en todo caso, no tardarán en morir, para que otros puedan vivir en pacífica sujeción? Esto no es más que un disgusto cobarde, no un sentimiento religioso. Los verdaderos males que entraña la guerra son el amor a la violencia, la crueldad vengativa, la enemistad feroz e implacable, la resistencia salvaje, el ansia de poder, y otros similares; y es generalmente para castigar estas cosas, cuando la fuerza es necesaria para infligir el castigo, en la obediencia de Dios o alguna autoridad legítima, que los hombres buenos emprenden la guerra (citado en Bellamy, 2009: 58).

Según el filósofo de Hipona, para que una guerra sea justa debe iniciarse con intenciones legítimas, es decir, por el deseo de una paz justa. Un rey justo solo va a la guerra por necesidad, no por elección. En consecuencia, sería justa toda aquella guerra que buscara uno de los siguientes fines: si era en defensa propia, si era contra un Estado que se niega a reparar una injuria previa, si eran órdenes directas de dios o si se hacía para mantener la ortodoxia cristiana. En los cuatro casos la intención era mantener la paz y terminar con la injusticia (p. 59).

Como puede verse con claridad, en el mundo antiguo no se pueden encontrar de manera fácil pensadores que abierta y directamente se opongan a la guerra. De hecho, no fue sino hasta finales de la guerra del Peloponeso que aparecieron ciertas notas

pacifistas en algunas obras de Eurípides y Aristófanes (Holmes, 1967: 152). Y lo mismo puede decirse de los pensadores romanos en quienes (al parecer con la única excepción de los primeros filósofos estoicos, previos a la aceptación imperial de dicha doctrina, que predicaban un cosmopolitismo que asumía la unidad de toda la humanidad y consideraban a las guerras entre sus miembros como un error) tampoco podemos encontrar un predominio de doctrinas que pudiéramos llamar “pacifistas” (p. 154).

En los autores cristianos “pacifistas” es donde por vez primera encontramos una directa y clara defensa de la paz dentro del mundo cristiano; sin embargo, ni siquiera en ellos podemos hallar la idea de una condena general a la guerra, ya que, si bien la rechazan, no lo hacen para todos sino solo para los cristianos. De hecho, en todos ellos aparece, implícita o explícitamente, la noción de que la guerra debe ser peleada, es decir, es necesaria, solo que no debe ser peleada por los cristianos. En épocas posteriores, y como acabamos de ver, aunque se mantuvieron los ideales, las doctrinas pacifistas cristianas tendieron a desaparecer conforme el cristianismo se fue institucionalizando dentro del imperio romano (VII: 154). Evidentemente, la preocupación de fondo de estos autores se encuentra en el nicho religioso-moral, que guía sus preceptos y su visión de la guerra. De ahí que, aunque en los “no-pacifistas” encontremos de nuevo por momentos una noción instrumental de la guerra, en ellos no aparece un gran progreso en el camino que nos hemos trazado.

## Edad Media

### El canonismo

Al combinarse ciertos elementos del derecho romano con las enseñanzas bíblicas y los escritos teológicos surgió lo que conocemos como el derecho canónico. El *Decretum* de Graciano de Bolonia fue una de las contribuciones más importantes a este derecho. A pesar de que más de cien años antes de su publicación ya se habían hecho grandes intentos por contener la destrucción que generaban las guerras europeas (tales como el movimiento de la “Paz de Dios” y, después, el denominado la “Tregua de Dios”), todos ellos habían tenido un mínimo impacto en el modo de dirigir la conducta de la guerra. El tratamiento que Graciano hace de la guerra en su *Decretum* se enfoca a determinar si había alguna circunstancia en la que se justificara la guerra y el matar, así como en determinar la naturaleza de la guerra justa, de la autoridad apropiada y de la conducta en la guerra (Bellamy, 2009: 65-66).

Bajo el supuesto romano de que la guerra solo estaba justificada cuando promovía la paz, le impuso límites al servicio militar: en primera instancia, consideró que solo un soberano tenía la autoridad de declarar una guerra y, en segunda, afirmó que únicamente había tres causas legítimas para iniciarla: 1) para recuperar bienes robados, 2) para vengar injurias y 3) en defensa propia. No obstante Graciano afirmaba que la guerra

podía ser ordenada por dios a través del papa, de lo que se desprende que, dentro de su pensamiento, encontramos dos tipos de guerras permitidas: las “guerras justas” y las “guerras santas” (pp. 67-69).

Otra aportación importante del *Decretum* será la formalización de la inmunidad de los no combatientes, ya que exigía que los clérigos, peregrinos, monjes, campesinos y mujeres que no portaran armas fueran inmunes a la violencia; sin embargo, aceptaba que esto podía pasarse por alto si así lo exigía la necesidad militar (p. 69).

Los escritores continuadores de la obra de Graciano de Bolonia, denominados como “decretistas”, continuaron con su trabajo sobre la guerra enfocándose en dos conceptos: la “causa justa” y la “autoridad legítima”. Estos autores, aunque con una muy marcada influencia de su pensamiento, también fueron en contra de algunas de sus doctrinas. Por ejemplo uno de ellos, Huguccio, se oponía a la idea de que una guerra pudiera ser justa para ambas partes como Graciano había afirmado. Asimismo, consideraba que era injusta toda guerra que se iniciara con participación clerical directa o donde el enemigo no hubiera cometido un daño efectivo. Añadió, en cambio, como causas justas de guerra la violación del derecho al libre paso, que negaba al *jus gentium*; el encarcelamiento de herejes, la preservación de la paz, la supresión de una rebelión, la recuperación de propiedad perdida y la defensa de la patria. Coincidió con Graciano en que solo los príncipes tenían el derecho a iniciar una guerra legítima (p. 70).

En este último punto también concordaban Stephen de Tournai y Laurentius Hispanus. El primero de ellos opinaba que uno de los problemas de las propuestas de Graciano era el hecho de que existía la posibilidad de iniciar una guerra injusta sin saberlo, ya que solo una de las partes en pugna podía tener el monopolio de la justicia. Siguiendo esta misma línea, Laurentius Hispanus estaba de acuerdo con los criterios para una guerra justa de Graciano, pero rechazaba algunas de las correcciones que le había hecho Huguccio, ya que aceptaba al papa como autoridad legítima para iniciar una guerra. Sin embargo, consideraba que el deseo de castigar no era una razón correcta para iniciar una guerra, y esto lo hacía precisamente porque aceptaba la falibilidad propuesta por Stephen de Tournai. No obstante, defendía la idea de que cuando una guerra era justa, entonces se podía usar en ella cualquier tipo de medios, ya que en su propuesta, quedaba prohibido causar cualquier daño innecesario (pp. 70-71).

Aunque en los canonistas encontramos un gran desarrollo de las problemáticas teóricas tanto sobre el *jus in bello* como el *jus ad bellum*, que en sus obras se profundiza en el significado utilitario de la guerra y con un sano distanciamiento de la ortodoxia cristiana, también es cierto que ellos darán inicio a la tradición de aceptar tácitamente ciertos presupuestos cristianos dentro de la concepción de la guerra y que esto determinará una parte importante de su pensamiento (y del de muchos filósofos posteriores) sobre lo que en ella se encuentra permitido y lo que no.

## El escolasticismo

Aunque coincidió en algunos puntos con su pensamiento al respecto de la guerra, la interpretación de Tomás de Aquino era mucho más terrenal que la de Agustín de Hipona. Consideraba que los individuos al servicio del Estado tenían permitido matar porque el mandato de no resistirse contenido en las escrituras imponía una obligación a los individuos, pero no a los gobiernos (p. 74).

La filosofía práctica de Tomás de Aquino se divide en tres apartados: ética, economía (doméstica) y política. En las tres su doctrina se concibe desde una perspectiva teleológica, de ahí que sean tan importantes los conceptos de “finalidad”, “intencionalidad” y la relación entre “fines” y “medios” (Bourke, 1967: 435). Al tratarse de actividades controladas racionalmente, estas se juzgan según su capacidad para alcanzar el fin previsto y de acuerdo con los medios elegidos para ello.

Afirmaba junto con Aristóteles que el hombre es sociable por naturaleza y que, para constituir una sociedad de manera correcta, es menester tener a alguien que sea la mente directriz e indique el camino correcto hacia tal objetivo (Bellamy, 2009: 74). Las leyes serán definidas en la *Summa teologica* como “cualquier orden de la razón, que sea promulgada para el bien común, por aquel que tenga la tarea de dirigir a la sociedad” (Bourke, 1967: 434).

Precisamente será la *recta razón* la que constituya la justificación de todo juicio ético dentro del pensamiento del filósofo escolástico, de manera que cualquier acción humana que persiga un fin de acuerdo con la razón y la ley eterna será una acción buena, mientras que cuando se desvíe de tal camino será un pecado. Al actuar de forma correcta, cada individuo busca su bien personal y viceversa, por lo que actuar conforme a la razón es lo mismo que actuar moralmente bien y, al hacerlo, se contribuye al bienestar general. Sin embargo, pensaba que si bien dentro de las leyes morales se encontraban algunas que eran primarias y, por lo tanto, principios inmutables (es decir, que se encontraban relacionadas en esencia con algún principio eterno como la justicia), también había otras, secundarias, que no podían considerarse como tales (p. 434).

Dentro de su pensamiento, el propósito de un Estado era el proveer a sus integrantes de paz temporal y bienestar (p. 435). La violencia en general era concebida en esencia como un mal, el cual solo podía resolverse por medio de la obligación del gobernante de preservar la paz interna por medio de la espada (Bellamy, 2009: 74). De ahí que considere que la guerra nunca podía ser justa por completo (nunca lo es para el atacado), y aunque nunca sería completamente justa (ya que de lo contrario se encontraría relacionada esencialmente con la justicia), sí podía ser justificable desde el punto de vista del atacante.

A diferencia de Agustín de Hipona, Tomás de Aquino exponía que la autopreservación era algo natural y, por lo tanto, correcto (p. 75). La forma de resolver el problema religioso sobre la participación de los cristianos en la guerra fue muy original gracias a ello.

Para ello introdujo una doctrina y un principio que serán de una enorme influencia en el pensamiento posterior sobre la guerra. En primer lugar, concibió la *doctrina del doble efecto*, que afirmaba que todo acto puede tener dos consecuencias: una intencional y otra no intencional. Esto significa que, cuando alguien mata en defensa propia, su intención no es solo matar al otro, sino defenderse. De ahí que su acción no sea necesariamente mala. En segundo lugar, introdujo el *principio de proporcionalidad*, que afirma que solo se debe iniciar una guerra si la injusticia contra la que está dirigida es mayor que las posibles injusticias que en la guerra misma se comete (p. 75).

Para el filósofo de Aquino una guerra, para ser justa, debía cumplir con tres condiciones: autoridad legítima (es decir, que tiene que ser declarada por alguien que tenga la autoridad para hacerlo), justa causa (intencionalidad) e intención correcta (finalidad). No obstante, admitía que, por ignorancia, una guerra podía parecerle justa a ambas partes en conflicto (pp. 75-76).

Si bien el pensamiento de Tomás de Aquino sobre la guerra presenta una de las visiones más “terrenales” que podemos encontrar entre los pensadores cristianos, y sus contribuciones serán de importancia vital para las reflexiones posteriores que sobre el tema harán muchos pensadores, no debemos perder de vista el hecho de que sus normas impuestas a la razón apuntan teleológicamente, hacia un fin de concepción religiosa. Al pretender unificar los intereses personales con las obligaciones divinas por medio de su concepción de la razón, Tomás de Aquino permitió un enorme avance hacia la concepción de la guerra como instrumento racional y en la abstracción del mismo concepto de racionalidad entendiéndolo en los términos de medios y fines. Sin embargo, por lo menos para fines prácticos, podemos entrever que su planteamiento tendería a someter a la guerra a los fines y concepciones religiosas y esto no abona en la dirección que nos hemos propuesto al inicio de esta tesis.

### La orden de caballería

La tradición de la orden de caballería fue el movimiento rector de las normas de comportamiento durante la guerra que más influyó durante la baja Edad Media: ni la filosofía escolástica de Tomás de Aquino y sus seguidores ni el derecho religioso lograron nunca tener su influencia (p. 77). Su origen se debió al surgimiento de una clase social muy diferenciada alrededor del siglo XIII a causa de importancia táctica que la caballería había ido adquiriendo desde periodos anteriores, hasta que en este periodo terminó de incorporarse a la nobleza europea. Si bien la orden de caballería no era una tradición que se pudiera caracterizar por hacer un estudio crítico y una profunda reflexión sobre el fenómeno social de la guerra, su preocupación era establecer un código (con evidentes y profundas raíces religiosas) que guiara el comportamiento de los caballeros en el transcurso de un conflicto armado.



El primer código de este tipo, la *Ordene de chevalerie*, fue escrito anónimamente alrededor de 1250 y describía en forma detallada el ritual al que se sometían quienes aspiraban a ser caballeros: debían cumplir con una larga serie de ritos entre los cuales figuraban el ser rebautizados y el acudir a escuchar misa todos los días, y además, de ser instruidos en cuatro principios básicos: no caer en juicio erróneo, no traicionar nunca, respetar a todas las mujeres y ayudarlas cuando les fuera posible (p. 78).

Entre los autores pertenecientes a esta tradición, Juan de Salisbury sostenía que la caballería era una orden profesional instituida por dios para la protección del bienestar del hombre, en la cual los caballeros formaban una hermandad de guerreros unidos en la defensa de la Iglesia, el clero y los pobres (p. 78). La primera explicación teológica de los orígenes de la caballería se la debemos a Ramón Lull, quien, afirmaba que la obligación más importante de dicha orden era defender a la Iglesia de los no creyentes. En un segundo nivel, la caballería también debía defender a su gobierno secular, a los débiles, a las mujeres y a los niños; en especial, el caballero debía estar preparado para defender las leyes del rey, proteger los caminos y perseguir a los ladrones. Debía valorar por sobre todo el honor, evitar la falsedad, la traición, la codicia y la holgazanería (p. 79).

Para complementar este código está la obra de Flavius Vegetius Renatus, *Knyghthode and bataile* donde exponía la idea de que la obligación principal de los caballeros era sacrificarse por su rey y eliminar las rebeliones en su contra (p. 80). Sin embargo, al igual que las demás obras, tan solo hablaba sobre generalidades del comportamiento de los caballeros buscando siempre codificarlas de manera que fueran coherentes con las interpretaciones de las escrituras imperantes en su época, pero sin decir mucho sobre la conducta que debían seguir los guerreros en el campo de batalla.

Con base en esta línea, pero incorporando contenidos más teóricos, encontramos a Geoffrey de Charny, quien en *Contra Agustine* añadió al código la idea de que los bienes terrenales eran importantes y que los soldados debían ser recompensados por sus acciones. A diferencia de los demás autores de esta corriente, él se dirigía a todos los soldados, no solo a los caballeros (p. 79). Continuando con las objeciones a la teoría agustiniana, Honoré Bonet, en *L'Arbre des batailles*, rechazó la idea agustiniana de que la guerra exigía una justificación especial: en su obra, dios ordenaba todas las guerras y él le otorgaba la victoria a quien prefiriese. En compensación a esta perspectiva amplió la idea canónica de que ciertos grupos debían ser inmunes a la violencia debido a su función social en tiempos de paz: clérigos, granjeros y comerciantes, así como los grupos demasiado débiles; de no hacerlo, afirmaba, la guerra perdería legitimidad a los ojos de dios (p. 80). Christine de Pisan es la única mujer que encontraremos en esta corriente (y, de hecho, la única en todo este breve recorrido histórico). En su libro *Les faits d'armes et de chivalrie* contradujo la teoría de Bonet al afirmar, junto con Tomás de Aquino y Agustín de Hipona, que dios no ordenaba las guerras, sino que tan solo las permitía bajo ciertas circunstancias. Continuó en parte con la tradición canónica de

la “autoridad legítima” al defender que solo un príncipe soberano, un subordinado o sus aliados, podían declarar la guerra en defensa de la Iglesia. Asimismo, también insistió en la inmunidad de los no combatientes al ampliar el concepto de “aliados” para incluir entre ellos a “mujeres, viudas, huérfanos y todos los que puedan padecer necesidad”, pero anuló la división propuesta por Bonet entre aquellos que eran inmunes por las normas de la ley canónica y aquellos que lo eran por virtud de su debilidad, noción propia de esta tradición (pp. 80-81).

Como resulta evidente, en la tradición de la orden de caballería se pretende (al parecer con poco éxito) normar el comportamiento de los soldados en sus actividades militares “atando” estas mismas a consideraciones de tipo religioso; a pesar de que se sabe que la formación del caballero incluía una importante instrucción táctica, definitivamente esto, no contribuye al proceso de concepción de la guerra como una actividad racional. De igual modo, a pesar de que la finalidad del código de caballería era limitar el comportamiento en la guerra (*ius in bello*), como creo haberlo mostrado, también contribuirá (por lo menos la obra de Bonet) a abrir ciertas puertas a la justificación “excesiva” que encontraremos en los defensores de la guerra santa. Esta tradición, por tanto, no parece abonar nada a nuestra búsqueda.

### La guerra santa

Debido a los conflictos con los musulmanes heredados de la primera cruzada y a la amenaza constante que estos representaban para las colonias cristianas en el Medio Oriente. Bernard de Clairvaux defendió las guerras santas afirmando que los soldados que morían por Cristo no tenían que temer: ya sea que mataran al enemigo o que murieran a sus manos, esto les daba gloria y castigaban con ello al malvado. La guerra se convirtió así en una forma más de ganarse el cielo. Bernardo de Clairvaux fue la pieza clave que, regando su prédica por toda Europa (siguiendo el ejemplo de Urbano en la primera), posibilitó la segunda cruzada y dejó allanado el camino no solo para las subsiguientes, pues la noción de “guerra santa” (y la concepción de ganarse el cielo por medio de ella) se convirtió en un lugar común en todos los conflictos religiosos europeos posteriores (pp. 86-87). Al tener así establecidos (por lo menos en parte) sus fines y determinado su comportamiento por consideraciones religiosas, evidentemente no encontraremos en la doctrina de la guerra santa los elementos que caracterizarán la acepción racional de los conflictos militares.

## La reforma y el Renacimiento

### La escuela española

Francisco de Vitoria (1492/93-1546) fue el primero en pensar a Europa como una sociedad internacional de soberanos iguales gobernados por reglas. Su preocupación por la guerra se dio a consecuencia de sus dudas sobre la legitimidad de la conquista española

de América. Para él la victoria en la guerra sobre los aborígenes americanos no era un argumento a favor de la verdad de la fe cristiana como muchos en su época afirmaban; por esta misma razón, consideraba que no podían ser obligados por la fuerza a creer, ya que dadas estas circunstancias, ellos tan solo se veían obligados a simular que creían. Rechazó también el que hubiera en los pecados de los indios motivos justificables para la guerra, así como la supuesta libre elección de los indios de ser gobernados por los españoles y la idea de que el Nuevo Mundo era un obsequio divino de dios (pp. 93-94).

En esta misma tónica, también que la Iglesia o el imperio tuvieran el derecho a iniciar la guerra cuando así lo creyeran conveniente, que tales guerras fueran justas y el argumento que pretendía demostrar que los no creyentes tenían menos derechos que los creyentes. En su obra, la guerra solo era lícita cuando ya se habían agotado todos los otros medios de persuasión y estos habían fallado o cuando se había violado un derecho de una de las partes (Alluntis, 1967: 699). Por esta razón en todo momento sostuvo que los españoles no tenían derecho a la guerra en América (ya que no habían cumplido con su parte de tratar de convencer primero pacíficamente a los indios sin afectar sus propiedades); en contraste, los indios sí tenían legítimo derecho a defenderse. Además, opinaba que era falso que los Estados tuvieran carta blanca para iniciar una guerra y descartó tres posibles causas de guerras justas que se encontraban presentes en las tradiciones previas: las diferencias religiosas, las pretensiones de jurisdicción universal y las ambiciones personales de los soberanos. La guerra solo era lícita si el mal por ella provocada era menor que el bien que buscaba generar (Bellamy, 2009: 94-95; Alluntis, 1967: 699).

Para Vitoria la guerra será un asunto cuasi judicial al cual se puede recurrir solo en los casos en que no hubiera una judicatura que resolviera las disputas. De acuerdo con su pensamiento, las causas justas tienen cualidades objetivas y subjetivas: objetivamente la guerra solo puede ser justa para una de las partes, pero subjetivamente lo puede ser para ambas. Cómo en los casos difíciles solo dios podría saber quién tenía la justicia objetiva de su lado, “el error invencible” es una excusa válida en todos los casos. Por ello los soberanos debían ser muy cuidadosos en sus decisiones sobre la guerra, ya que existía la posibilidad de que el enemigo tuviera la razón, y aplicar el máximo control en la conducción de la misma (Bellamy, 2009: 95-96).

La creencia del soberano en su justicia no es, por tanto, motivo suficiente para una guerra, sino que este debería hacer una amplia consulta con hombres sabios y virtuosos antes de tomar tal decisión. Sin embargo, en el caso de un súbdito el asunto era diferente, ya que aunque este tuviera duda sobre las causas de una guerra, debía confiar en su soberano y acudir a ella. Aunque Vitoria consideraba que los inocentes no podían ser un blanco deliberado, en su concepción se permitía que fueran muertos de modo accidental en ciertas circunstancias, pero, siempre que fuera posible, debían permanecer inmunes, incluso en los casos preemptivos (pp. 97-99).

La idea de fondo que subyace al pensamiento de Vitoria es que la guerra debe ser usada, por la humanidad, como un instrumento de castigo a las naciones que son culpables de injusticia de la misma forma que ocurre dentro de un Estado con sus ciudadanos. Una vez que la victoria sea alcanzada, entonces, por justicia, es deber de la nación vencedora el ejercer sus derechos sobre la nación vencida con moderación y caridad cristiana (Alluntis, 1967: 699).

Continuando con el trabajo de Vitoria, Luis de Molina (1535-1600) le añadió, en *De justitia et jure*, el contenido “probabilístico” a la doctrina de este sobre el tratamiento de los casos en que sea dudoso quién tiene la justicia de su lado. Afirmaba que tanto súbditos como soberanos debían preguntarse antes de decidir si ir o no a la guerra, si era “probable” que tuvieran una justa razón para hacerlo (Bellamy, 2009: 99).

Francisco Suárez (1548-1617) continuó con las ideas de Vitoria y Molina. Estaba de acuerdo con ambos en el punto que afirmaba que el soberano debía hacer una amplia consulta antes de iniciar una guerra, pero respaldando el “probabilismo” de Molina. Combinó, al igual que Vitoria, una regla de inmunidad de los no combatientes con una doctrina del doble efecto tomista que permitía la muerte no intencional de inocentes. Asimismo, aceptó su idea de que un individuo podía negarse a luchar si estaba convencido de que la guerra era injusta (pp. 99-100). Defendió abiertamente al Estado como una forma natural de asociación (cuya última fuente de poder provenía de dios), consecuencia de la idea aristotélica de la sociabilidad natural del hombre, en contra de las ideas que afirmaban su establecimiento de manera artificial a través de un contrato. Sostenía la idea de que la ley humana debía estar basada en una mezcla de la ley natural (o divina) y las mejores expresiones que podíamos encontrar de ella dentro de la filosofía política. Suárez aceptaba la soberanía individual de los gobernantes europeos y veía con gran escepticismo la posibilidad de alcanzar un Estado mundial. En términos generales, opinaba que la guerra no era intrínsecamente mala, ya que tanto las guerras justas como las defensivas eran permisibles dentro de una ley humana bien constituida (Mourant, 1967: 284-285).

Los pensadores de la escuela española hicieron enormes progresos en la doctrina del derecho internacional y reflexionaron a profundidad sobre aspectos de justicia dentro de los conflictos armados. Si bien su visión cuenta con tintes modernos muy marcados, no deja de ser heredera del escolasticismo. Esto lo podemos ver claramente si analizamos tan solo un poco en las causas últimas de sus concepciones de “justicia” y “ley”. Es así que, sin quitarle ningún mérito a su obra, puede observarse que el “fantasma” de la teleología tomista sigue determinando aspectos importantes de la conducción de la guerra, como las restricciones y el establecimiento de la justicia (o su ausencia) dentro de ella. Sin embargo, hay que admitir que rescataron aspectos importantes para nuestro fin, tales como la moderación con los enemigos, y añadieron componentes vitales para nuestro rompecabezas: en primer lugar, volvieron más neutra la decisión sobre la

guerra al quitar de ella las diferencias religiosas como justificantes y, en segundo lugar y más importante, concibieron a la guerra como un último recurso del cual solo se debe hacer uso después de una larga consulta y una larga reflexión. Más adelante veremos la importancia de este punto.

### El realismo

Aunque por lo general, y como veremos, es a Karl von Clausewitz a quien suele considerársele como el primer postulante explícito de una doctrina que establece la estrecha relación existente entre la guerra y la política, al parecer fue Maquiavelo el primero en vislumbrar dicha relación de forma nítida (Carrera citado en Maquiavelo, 1995: XXXIII-XXXIV). El momento histórico en el cual Maquiavelo escribió sus obras se encontraba marcado tanto por una enorme división en Italia (lo cual la hacía presa fácil de sus vecinos más poderosos) como por una constante serie de guerras europeas que hacían ver a la paz como una simple quimera. Así lo indica él mismo al afirmar, sobre la guerra, que los romanos “Sabían que ésta no se evita; y que si la diferimos es siempre con provecho ajeno” (1998: 24). Como puede notarse en sus obras, desde la perspectiva realista de Maquiavelo, los ideales pacifistas son un enorme error en el cual el soberano debe evitar caer a toda costa:

Hay un príncipe en nuestra era que no predica más que paz, ni habla más que de la buena fe, y que, al observar él una y otra, se hubiera visto quitar más de una vez sus dominios y estimación (p. 100).

En Maquiavelo podemos encontrar por lo menos dos doctrinas en oposición al pacifismo. La primera se refiere a la inevitabilidad de la guerra, que es vista como algo ineludible, es decir, como una situación que tarde o temprano ha de ocurrir. La segunda doctrina se refiere a la “función” que la guerra cumple, a los aspectos positivos que, desde su punto de vista, se desprenden de las guerras. En ambos casos tomó como modelo principal al sistema romano y por ello intentó rescatar su antigua y abandonada “ciencia de la guerra”.

Sobre la primera doctrina, Maquiavelo parte del supuesto platónico (que como podemos ver por la historia no es tan imaginario ni paranoico como pudiera parecernos a primera vista) de que siempre hay un enemigo, por lo menos en potencia, y que por ello debemos estar siempre prevenidos. No es suficiente con las virtudes de un reino, sino que es menester defenderlo:

...todo cuanto se establece en una sociedad para el bien común de los hombres, todas las instituciones que regulan la vida en el temor de Dios y de la ley resultarían vanas si no se dispusiera mecanismos que las defendiesen... El mejor de los regímenes, sin protección

militar, correría la misma suerte que aguardaría a las estancias de un soberbio y real palacio que, aún resplandecientes de oro y pedrería, carecieran de techo y no tuvieran nada que las resguardase de la lluvia (Maquiavelo, 1995: 6).

No es casualidad la comparación que Maquiavelo hace en este fragmento entre la guerra y la lluvia, ya que, como hemos mencionado, para él la una es tan inevitable como la otra. Esto lo podemos aprender del estudio de la historia, ya que en esta disciplina (más que en las deducciones y en las buenas intenciones de los filósofos) se puede conocer la forma correcta de dirigir un gobierno al encontrar los patrones existentes en ella que puedan ser empleados como “consejos” para el gobernante:

Hay tanta distancia entre el saber cómo viven los hombres y saber cómo deberían vivir ellos, que el que, para gobernarlos, abandona el estudio de lo que se hace para estudiar lo que sería más conveniente hacerse aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarle de ella; supuesto un príncipe que en todo quiere hacer profesión de ser bueno, cuando en el hecho está rodeado de gentes que no lo son, no puede menos de caminar hacia su ruina. Es, pues, necesario que un príncipe que desea mantenerse aprenda a poder no ser bueno, y a servirse o no servirse de esta facultad según que las circunstancias lo exijan (Maquiavelo, 1998: 86).

Tanto en este fragmento como en otros de sus obras, es posible ver el supuesto antropológico negativo de Maquiavelo: “los hombres son siempre malos, a no ser que los precisen a ser buenos” (p. 133). En este mismo sentido, al hablar en el capítulo XVIII de *El príncipe* sobre la conveniencia de que el soberano rompa sus promesas, se lee lo siguiente:

Obsérvese bien que si todos los hombres fueran buenos este precepto sería malísimo; pero como ellos son malos y no observarían su fe con respecto a ti si se presentara la ocasión de ello, no estás obligado ya a guardarles la tuya cuando te es como forzado a ello (pp. 97-98).

Es importante notar el poder de la suposición de hostilidad por parte de ese “otro cualquiera” que determina la toma de decisiones dentro de la teoría política del filósofo florentino. Sobre este punto cabe aclarar que él no defiende un actuar malévolos por origen, sino por necesidad. El soberano deberá actuar bien mientras pueda, pero deberá estar listo para hacer el mal cuando las circunstancias así lo requieran en busca de un bien superior, a saber, la conservación del Estado. Es por ello que se hace menester que el soberano se encuentre siempre con las armas preparadas y listo para defenderlo; aún más, Maquiavelo afirma que “Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento

ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y disciplina de los ejércitos” (p. 82), ya que sin un ejército bien preparado “no hay cosa alguna segura” (1995, p. 36):

Si bien reconoce que las armas no son el único modo de defenderse, ya que también existen las leyes, reconoce que estas últimas “a menudo” no bastan y es por ello necesario hacer uso de las primeras (1998: 97): “Por eso, todos los profetas armados tuvieron acierto, y se desgraciaron cuantos estaban desarmados” (p. 38). Como puede verse, dentro del pensamiento maquiavélico la importancia del aspecto militar es total, ya que de sus consecuencias depende casi por completo la supervivencia no solo del (o los) gobernantes (pp. 63-64), sino del Estado mismo (siempre y cuando este pretenda ser independiente y soberano). Pero Maquiavelo va más allá todavía. En su concepción del Estado el papel del aspecto militar es prácticamente el que determina la correcta o incorrecta organización del mismo:

Los principales fundamentos de que son capaces todos los estados... son las buenas leyes y armas; y porque las leyes no pueden ser malas en donde son buenas las armas, hablaré de las armas echando a un lado las leyes (p. 70).

En lo que a la segunda doctrina contra el pacifismo se refiere, Maquiavelo, en *Del arte de la guerra*, hará un gran énfasis en las virtudes guerreras y el provecho que recibe una república o un reino (los únicos que deberían ejercer el oficio de las armas) de una adecuada organización militar más allá del aspecto defensivo. Aunque para él la guerra era algo negativo por naturaleza y solo se debía desatar una cuando hubiera necesidad, consideraba que de ella se desprendían consecuencias positivas. Afirmaba que “La gente ha sido más valerosa donde ha habido más estados que favorecieran, por necesidad o por concretos intereses, la manifestación de su valor” (1995: 76), así pues creía que las guerras eran “fábricas” de grandes hombres y, por lo tanto, mientras más Estados se encontraran combatiendo por el poder, más hombres de este tipo surgirían. En su opinión, tal había sido el caso de Europa que

estuvo salpicada de repúblicas y reinos que, por el temor que se profesaban mutuamente, se veían obligados a mantener en vigor sus instituciones militares y a honrar a los que en ellas sobresalían (p. 76).

Sin embargo, para el autor florentino esta práctica estaba mermando en su época debido a dos factores decisivos: 1) la disminución de los Estados europeos y, principalmente, 2) la influencia moralista del cristianismo:

...si éstos desaparecen [los Estados] irán disminuyendo aquellos [los grandes hombres], al faltar la causa que los produce... porque se tarda tiempo en rehacer un sistema des-

truido; y... las costumbres actuales, basadas en la religión cristiana, no imponen esa necesidad de defenderse que antiguamente existía. En aquellos tiempos... los vencidos quedaban sumidos en la más profunda de las miserias. Amedrentados por ese temor, los hombres cultivaban las disciplinas castrenses y honraban a quienes sobresalían en ellas. Pero hoy ese miedo ha desaparecido. Pocas veces se mata a los vencidos, y a ninguno se le tiene mucho tiempo prisionero, liberándosele con facilidad. Las ciudades no son arrasadas aunque hayan protagonizado mil rebeliones. Y se respetan los bienes de cada uno, de modo que el mayor mal que se puede temer es el pago de un tributo. Por eso los hombres no quieren someterse a la disciplina militar ni sufrirla en aras de evitar un peligro que ya apenas temen (p. 77).

Hay otro aspecto de la guerra importante para Maquiavelo. Hemos dicho que él consideraba que el gobernante (o los gobernantes) solo debían iniciar una guerra si esta era necesaria: “Una guerra es legítima por el solo hecho de ser necesaria, y las guerras son actos de humanidad cuando no hay esperanzas más que en ellas” (p. 143); es más, en *Del arte de la guerra* (p. 23) afirmó que el soberano, para cumplir adecuadamente con su deber, debía “amar la paz y saber hacer la guerra” (de hecho consideraba que quienes participaban en la guerra eran quienes más aman la paz). Cabe aclarar que lo que Maquiavelo concibe por “necesidad” es algo muy distinto a lo que podemos encontrar en autores anteriores a él. No pretendo en este breve comentario hacer un estudio exhaustivo de ello. Tan solo diré que dicho concepto tiene la misma finalidad que el resto de su pensamiento: la defensa del Estado, tanto en lo externo (al igual que los autores previos), como en lo interno:

Un príncipe tiene dos cosas que temer, es a saber: primero, en lo interior de su estado, alguna rebelión por parte de sus súbditos; segundo, por afuera, un ataque por parte de alguna potencia vecina. Se precaverá contra este segundo temor con buenas armas y, sobre todo, con buenas alianzas, que él conseguirá siempre si él tiene buenas armas. Pues bien, cuando las cosas exteriores están aseguradas lo están también las interiores, a no ser que las haya turbado alguna conjuración (1998: 102).

Es en este punto que el pensamiento de Maquiavelo sobre la guerra da un salto. La guerra se convierte en algo necesario para asegurar la permanencia del gobernante en su lugar. Así lo afirma cuando dice que “Un príncipe no debe temer, pues, la infamia ajena a la crueldad cuando necesita de ella para tener unidos a sus gobernados e impedirles faltar a la fe que le deben” (p. 92). Dicho en otras palabras: la existencia de un enemigo ayuda a la cohesión interna del Estado, de manera que si no hay tal, al príncipe le convendría hacerse de uno:



...un príncipe sabio debe, siempre que le es posible, proporcionarse con arte algún enemigo a fin que atacándolo y reprimiéndole resulte un aumento de grandeza para él mismo (p. 119).

Posiblemente podría llegar a hablarse de legitimidad en una guerra defensiva o en aquella en la que están en juego aspectos vitales para un pueblo, pero ¿cuál sería la legitimidad de una guerra provocada “artificialmente”? Al parecer para Maquiavelo esto obedecería a una finalidad superior: el orden interno que, para él, también es una necesidad vital que se justifica como *razón de Estado*.

Vemos entonces que ambos órdenes, tanto el interno como el externo al Estado, se retroalimentan dentro de la teoría política de Maquiavelo: el orden interno se mantiene cuando existe un orden externo; y lo mismo ocurre a la inversa, ya que la fortaleza interna sirve para resistir cualquier ataque del exterior. En pocas palabras, todo aquello que mejore la reputación del gobernante, tenderá a asegurarlo en su puesto (p. 124).

Así nos damos cuenta de que la supuesta “naturalidad” de los enemigos no es tan absoluta como parecía, ya que, de una forma u otra y por lo menos en algunos casos, el enemigo es generado para obtener otro tipo de beneficios que se esperan de su simple existencia. Además, una vez “creado” el enemigo, Maquiavelo recomienda alimentar el odio y el desprecio hacia él para que así, el ejército y el pueblo por igual (que en su pensamiento tienden a identificarse), peleen con redoblados esfuerzos en su contra (1995: 121-122; 1998: 65 y 148).

En el pensamiento maquiavélico la guerra es un arte que los antiguos habían desarrollado pero que sus contemporáneos habían, en gran parte, olvidado. Si esto es del todo cierto o no, no es competencia del presente trabajo. La concepción instrumental que tuvo de la guerra en muchos puntos será continuada por Clausewitz y, por eso, podemos encontrar en él un importante antecedente, posiblemente el mayor, del pensamiento del general prusiano. Sin embargo, si bien en Maquiavelo no encontramos la pretensión de elaborar una teoría (al menos explícita) sobre el origen de la guerra, su pensamiento no está aún del todo libre de esta problemática. Esto es evidente en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en los cuales afirma que existen dos formas fundamentales de guerra: las guerras redituables y las que ocurren como consecuencia de la sobrepoblación (2008: 213-214). Esta distinción es de suma importancia en lo que al punto que nos interesa se refiere, pues, mientras que las primeras se deben sobre todo a la ambición de los príncipes o de las repúblicas, las segundas (que tienden a ser mucho más crueles y aterradoras) son una especie de purga de la naturaleza (Philonenko, 2003: 18).

Esto no significa que una guerra deba pertenecer completamente a una de estas dos formas fundamentales sino que, en la interpretación de Philonenko, la “guerra política” y la “guerra natural”, serían los límites extremos entre los cuales se ubican las guerras

particulares (p. 20). Siguiendo esta interpretación, toda guerra tendría por lo menos un poco de ambas. De ahí que, a diferencia del pensamiento de Clausewitz, en el de Maquiavelo no podemos afirmar que la guerra siempre obedezca a un fin político. De hecho, en los *Discursos* afirma que los hombres van gustosos a la guerra por fines poco (o nada) racionales, tales como el simple deseo de novedades (2008: 380). De esto podemos concluir, junto con Philonenko, que:

En este sentido el jefe militar, el guerrero, no es la causa directa de la guerra. Solo en ocasiones. La verdadera causa es ese deseo irracional que impulsa al hombre (p. 21).

Es entonces que debemos hacer una aclaración sobre el presupuesto antropológico negativo que antes habíamos identificado en su pensamiento. Los hombres son malvados, sí, pero más bien en el sentido de ser superficiales que en el de ser perversos. Al ser por naturaleza inconstante e irrazonable “El hombre está siempre preparado desde el fondo de su ser para la *aventura*” (p. 22). De manera que al no ser, para el filósofo florentino, las decisiones particulares de los gobernantes las verdaderas causas de la guerra sino los impulsos de los hombres, tampoco puede considerársela (al menos no en su causa) como algo racional. Sobre si pudiera como algo racional desde otra perspectiva, que su causa es un problema muy complejo que no nos compete en este escrito ya que, como Philonenko bien lo hace notar:

el problema metafísico de la obra de Maquiavelo puede ser formulado de la siguiente forma: determinar la posibilidad o la imposibilidad de una existencia razonable y sensata en la naturaleza humana. El significado de la guerra se encuentra en esta pregunta: ¿Por qué el hombre no es sensato? (p. 22).

Francis Bacon ridiculizaba a los filósofos y a los abogados que pretendían hablar de política, ya que opinaba que solo aquellos que hubieran tenido una amplia experiencia directa en ese campo, como él, tenían el derecho y la capacidad de hablar al respecto (Peltonen, 1996: 283); de la misma forma, decía que los políticos no debían actuar como estudiosos (*scholars*) sino que debían ver todo desde una perspectiva práctica (p. 287).

Aunque no en todas sus obras se puede afirmar que defendiera la monarquía como la mejor forma de gobierno, solía considerar que esta se encontraba basada en cuatro tipos de “sumisiones” que explicaban las formas en que ellas mismas fueron fundadas; a estas “sumisiones” las veía como “naturales” y, por tanto, “más antiguas que la ley”: el patriarcado, la admiración de la virtud, la conducta en la guerra y la conquista (p. 288). De lo antes dicho, podemos prever claramente que en Bacon no encontraremos a un pensador pacifista.

Tanto en *El avance del conocimiento* (1605) como en *De argumentis* (1623) recomienda el empleo de los métodos de Maquiavelo. Al igual que él, Bacon afirmaba que la historia era la materia prima con la cual se construía el conocimiento verdadero. Para él, los libros de historia eran muy útiles porque servían para instruirse en asuntos morales, militares y políticos. De hecho, en su *Parasceve ad historiam naturalem et experimentalem* (1620), aunque solo discute sobre historia natural, Bacon enlista como “historias del hombre” cosas tales como “historia del placer y del dolor”, “historia de las afecciones”, “historia de las facultades intelectuales” e “historia del arte de la guerra” (p. 292).

Sin embargo, aunque así se construyera correctamente el conocimiento sobre estos apartados de la realidad, Bacon consideraba que era imposible construir ciencias sobre ellos, ya que señalaba que en su estudio no había parte teórica alguna ni búsqueda de causas. La consecuencia de esto es que, sobre tales asuntos, lo máximo que se puede obtener son “sabidurías” (p. 294).

Bacon divide el conocimiento civil en tres diferentes disciplinas: “la sabiduría de la conversación” (que trata de nuestro comportamiento en nuestras interacciones sociales), “la sabiduría de la negociación” (principalmente dedicada a la fabricación de la fortuna) y “la sabiduría del gobierno” (p. 296). En su opinión, mientras que las dos primeras pueden ser estudiadas libremente, al tratar asuntos de tan grande importancia y de consecuencias tan desastrosas, la tercera sabiduría no debe ser estudiada de forma abierta y por cualquiera, sino con discreción y solo por aquellos que la ejerzan (pp. 292-293).

Sin duda, Bacon fue un defensor de la *razón de Estado*. De hecho consideraba que nuestros juicios sobre la grandeza cívica debían estar siempre basados en ella. En este punto seguirá a Maquiavelo y su doctrina de valerse de las virtudes morales solo cuando esto represente una ventaja para el Estado, y aprender a hacerlas a un lado cuando las circunstancias así lo ameriten:

Por otra parte, admitió la necesidad ocasional de anular la moral convencional, afirmando que “un justo miedo” era “una causa justa de una guerra preventiva” (XIV, 476-7). Tan solo había “un verdadero y apropiado compromiso de fe” en las negociaciones y tratados de los príncipes, y esta era “no una deidad celestial” sino “la necesidad” (VI, 706-7). Era una regla de “prudencia de estado [prudencia civilis]” “desconfiar, y adoptar la visión menos favorable de los asuntos humanos” (IV, 91; III, 302). Bacon señaló una vez en el parlamento que “nosotros no vivimos en la República de Platón, salvo en los tiempos en que los abusos llevan la delantera” (XII, 52). (pp. 302-303)

Argumentaba que las características más importantes de un Estado grande eran la virtud marcial y la disciplina de su población (p. 303). Es en el primero de estos puntos, de evidente inspiración maquiavélica, lo que lo distancia del trabajo de otros pensadores contemporáneos a él:

la grandeza cívica, argumentó con distintivas resonancias lipsianas, consistía “en el valor y la disposición militar de casta del pueblo: y que ... hagan profesión de las armas (VII, 48). “Pero sobre todo”, escribió, “por el imperio y la grandeza, importa más, que una nación profese las armas como su principal honor, estudio y ocupación” (VI, 449). (p. 303).

Muy por encima del valor que autores como Lipsius y Botero le daban a otros factores tales como el armamento o la economía, Bacon creía, siguiendo también en este punto a Maquiavelo, que lo que importaba era la actitud que la población mantuviera hacia la guerra, ya que esto era para él lo que constituía la verdadera virtud marcial:

“Pueblos amurallados, arsenales y armerías guardados, hermosas carreras de caballos, carros de elefantes de guerra, municiones, artillería y semejantes”; Bacon escribió, “todo esto no es más que una oveja con piel de león, a diferencia de la casta y la disposición de la gente a ser valiente y belicosa” (VI, 445), (pp. 303-304),

En todo esto se puede ver con facilidad que Bacon esperaba que el ejército se compusiera de ciudadanos, por los mismos motivos que Maquiavelo (el peligro de usar mercenarios y lo costoso de mantener soldados profesionales), pero también por el hecho de que había que darle cierta salida a las pasiones de aquellos a los que les gustaba la guerra, ya que de estos, afirmaba, amaban el peligro más que el trabajo. Por este motivo, y siguiendo un poco el modelo espartano, consideraba que había que dejarles los trabajos manuales a los extranjeros, para que así los ciudadanos pudieran dedicarse al ejercicio de las armas. De esta forma, se podría contar con todas las ventajas de un ejército profesional, pero sin tener las desventajas de los soldados profesionales (p. 306).

Bacon desarrolló, pues, toda una teoría de la *grandezza*, de corte marcadamente maquiavélico, que hacía énfasis, entre otras cosas, en la importancia de la guerra. Sin embargo, si bien la influencia del pensamiento maquiavélico le proveyó de la noción instrumental de la guerra, Bacon dio un considerable paso atrás al considerar que el concepto de defensa del Estado debía ser ampliado para que en él cupiera el de la defensa de la “religión correcta” (Bellamy, 2009: 117).

No hay duda de la enorme importancia que tuvieron los pensadores realistas en la evolución de la concepción de la guerra como un instrumento al servicio de la política. Asimismo, sus enormes contribuciones a la formación de un método de investigación sobre estos asuntos fueron determinantes. Estas dos grandes contribuciones las veremos bien reflejadas en el trabajo de Clausewitz.

### El legalismo

Si bien la corriente legalista aceptó algunos puntos del pensamiento realista (como el del valor intrínseco de los Estados), no estará de acuerdo con su visión de la política in-

ternacional. Los Estados, desde su visión, conformaban una sociedad internacional con leyes y normas que regulaban sus relaciones, tal y como lo habían concebido los pensadores de la escuela española. Pero si bien aceptaron esta idea de los neo-escolásticos, no coincidirán con todas sus ideas. Por ejemplo, Balthazar Ayala aceptó la doctrina de Vitoria pero eliminó la distinción entre justicia objetiva y subjetiva. Al desaparecer tal distinción, el problema del “error invencible” de Vitoria se radicaliza: puesto que en la mayoría de las guerras los ejércitos se enfrentaban a enemigos justos, estas debían ser limitadas. De igual forma, Ayala insistía en que los acuerdos de posguerra debían ser considerados como acuerdos políticos, no judiciales. Desde su perspectiva, la guerra sería justa solo si había sido autorizada por un soberano y si los beligerantes se condujeron con justicia en ella (pp. 104-105).

El autor de mayor influencia perteneciente a esta corriente será Alberico Gentili. Al igual que Ayala, rechazó la idea realista de darle carta blanca a los soberanos para hacer la guerra. En su obra *De jure belli* se opuso a que los soberanos podían iniciar una guerra justa cuando lo consideraran necesario o apropiado. Según él, tales decisiones debían estar bajo el escrutinio del derecho internacional ya que, aunque los príncipes estuvieran por encima del derecho positivo, estaban por debajo del derecho natural e internacional. Dicho derecho internacional era, como en los autores de la escuela española, un derecho volitivo basado tanto en la ley escrita como en la costumbre. Siguiendo a los españoles, Gentili aceptaba la idea de que ninguna guerra era justa a menos que fuera necesaria, es decir, a menos que ya se hubieran explorado todas las posibles vías de resolución del conflicto y no se hubiera conseguido llegar a un arbitraje (pp. 105-106).

Según él, existen tres tipos de guerra defensiva y tres tipos de guerra ofensiva permitidos. En el primer caso tenemos la defensa necesaria, la “defensa conveniente” (que es cuando un enemigo aún no ataca pero se está preparando para hacerlo y hay buenos fundamentos para creerlo) y la defensa del honor; en el segundo caso estarían las guerras que se hacen por necesidad, por conveniencia y por el honor. Aceptaba la posibilidad de la guerra santa pero le preocupaba el abuso que se podía hacer de esta noción (pp. 106-107).

Gentili estaba de acuerdo con Ayala en que una guerra podía ser objetivamente justa para ambas partes, y de hecho insistió en que era muy poco probable que una sola de las partes pudiera tener el monopolio de la justicia. Debido a esto (y a otros motivos), todo Estado tenía el derecho a defenderse, incluso aquellos que habían cometido alguna injuria en contra de otros. Afirmó que todas las estrategias que contribuyeran a alcanzar el objetivo de la guerra eran legítimas, pero no era correcto matar a los prisioneros, ya que ellos solo habían cumplido con su deber. Aunque aceptaba cierta inmunidad de los no combatientes, también opinaba que, en ciertas circunstancias, como el cumplir con tareas reservadas a los hombres o incitar a la fornicación, las mujeres podían ser asesinadas justamente. Proporcionó más de diez instancias en las que matar no combatientes era un asunto legítimo; la más importante de ellas era la de reciprocidad: un Estado

no estaba obligado a respetar a los no combatientes del enemigo si ellos no hacían lo propio (pp. 107-108).

Es claro que en los pensadores legalistas no se presenta explícitamente como problema el origen de la guerra; no pretenden por ello que el comportamiento dentro de la misma se encuentre determinado por factores irracionales. No obstante, tampoco conciben a la guerra como un acto puro o principalmente racional. Podría decirse, sin temor a equivocarse, que este problema aún no aparecía en su horizonte. No obstante, aunque su concepción de la primacía de la ley natural en los asuntos de política internacional parece tratar de distanciarse de los presupuestos religiosos, no deja de presuponer la idea de una serie de “reglas” a las cuales debe orientarse el comportamiento entre los Estados. El postular una serie de normas externas a la simple decisión estratégica muestra cómo aún no hemos alcanzado la concepción de la guerra que nos hemos propuesto. Sin embargo su labor de continuar con los trabajos de la escuela española será invaluable para esta línea que estamos siguiendo.

### El humanismo

John Colet fue el primer humanista en obtener reconocimiento por su clara oposición a las guerras de su tiempo. Su obra dio inicio cuando, después de hacer una reinterpretación de la Biblia, descubrió que la mayor parte de las doctrinas sobre la guerra, que se suponían inspiradas en ella, en realidad no encontraban sustento dentro de la misma, sino que eran el producto de la incesante interpretación y reinterpretación de los trabajos de la escolástica. Afirmó haber encontrado dentro del texto sagrado muy poco que apoyase la idea de que el mal era un medio conveniente, justo y cristiano para superar al mal.

Fue así que defendió la idea de que no es mediante la guerra como se vence a la guerra, sino mediante la paz, la tolerancia y la confianza en dios. En consecuencia, se opuso enérgicamente a la visión de la Iglesia de que el participar en una guerra santa era un medio de alcanzar la gloria y, en oposición a la doctrina de Agustín de Hipona, señaló que era muy poco probable que un soldado matara a otro con un sentimiento de amor cristiano como él exigía (pp. 109-110).

Tomás Moro en su *Utopía* consideraba a la guerra como una cosa “claramente bestial”, no obstante que reconoce que “ninguna especie de bestias la practica tan asiduamente como el hombre”. A pesar de esto, veía como una necesidad el prepararse para ella siempre y cuando esta solo se efectuara con fines defensivos, ya fueran en territorio propio o en el de sus aliados, o para liberar a otros pueblos del yugo de la esclavitud o vengarles una injusticia. Sin embargo, a los habitantes de su *Utopía* no les permitía hacer la guerra para vengar una injuria recibida, a menos que en ella haya habido violencia de por medio (1991: 105). Empero, ya una vez en la guerra, las normas impuestas a este pueblo imaginario por Moro hacen que ellos prefieran

combatir con la astucia más que con métodos cruentos, ya que tales acciones, aunque conduzcan a la victoria, las consideraban indignas de un hombre, el que tenía como imperativo moral el actuar de una forma propia a su esencia, misma que se encuentra en el actuar racional (pp. 105-106).

Dicho en pocas palabras, el esquema que nos muestra de la guerra Tomás Moro en su *Utopía* es el de una actividad regulada por los principios humanistas que tratan de evitar cualquier daño innecesario y que buscan recurrir a la guerra solo cuando esta no puede ser evitada: la guerra es concebida dentro de su pensamiento como un último medio de obtener los fines justos.

Si bien podríamos caracterizar su visión de la guerra como “instrumentalista” sin mayor problema, debido a que en ella no ve otra cosa que un instrumento, desagradable por cierto, al que se recurre para imponer el orden dictado por la justicia (como puede verse claramente en la descripción del uso que hacen los “utopienses” de los “zapoletas” (pp. 108-109), y si bien no pretende defender ninguna teoría sobre su origen que la haga considerar como algo inevitable o immanente al hombre o a la sociedad, queda muy claro el hecho de que toda su visión de la misma se encuentra determinada por preceptos estrictamente morales.

En su *Antipolemus*, Erasmo de Rotterdam afirma que la guerra es una locura (*folly*). Su argumento se estructura de la siguiente manera: primero hace una caracterización del hombre del cual afirma que, a diferencia de los demás animales, no fue dotado por la naturaleza de ningún arma natural ni de medio de defensa alguno, de lo cual infiere que el hombre no fue hecho por ella para la guerra, sino para el amor y la amistad (1795: 432-435); en contraste con esto, en un segundo momento, Erasmo procede a hacer una descripción de los horrores de la guerra (pp. 435-450) y, en un tercer momento, los pone en contraste para mostrar cómo no concuerdan el uno con la otra.

Sumado a esto, hace una comparación entre la guerra y la paz (pp. 450-457) para terminar de mostrar lo absurda que es la guerra desde su perspectiva, ya que en ella, uno tiene que “matar sin piedad, o morir sin compasión” (p. 456). Es más, en su pensamiento, es de la guerra de donde proceden todos los males (p. 437):

La paz es, de hecho, a la vez la madre y la nodriza de todo lo que es bueno para el hombre: La guerra, de súbito, y de un golpe, aplasta, extingue, abole, todo lo que es alegre, todo lo que es feliz y hermoso, y vierte un torrente completo de desastres en la vida de los mortales (p. 451).

La pregunta que entonces se plantea es la siguiente: si el hombre está “hecho” para la paz y la paz es infinitamente mejor que la guerra, ¿cómo surgió la guerra? La respuesta de Erasmo es muy ingeniosa: originalmente los hombres eran seres pacíficos e indefensos pero, al ser atacados a veces por bestias de los bosques, tuvieron que defenderse de

ellas y fue así que el hombre emprendió una guerra por vez primera. Esto convirtió a estos primeros guerreros en héroes y sus sucesores quisieron emularlos. Después apareció la caza como actividad con fines alimenticios, para satisfacer la “tiranía del paladar”, y entonces comenzó a dirigirse la violencia incluso contra animales inofensivos. Ya en un estadio posterior, el “enojo sugirió” que los hombres podían atacar a otros hombres y destruir su vida como lo hacían con las bestias salvajes; esto se cubrió entonces con la apariencia de la justicia y pronto fue considerado como un honor, lo cual llevó a que posteriormente lo hicieran los grupos de hombres que antes tan solo eran espectadores. Sin embargo, Erasmo opinaba que no fue sino hasta fechas cercanas a la época en que escribió sus obras cuando se perdió el espíritu de “contienda de valor” que la guerra había tenido y se convirtió abiertamente en una matanza con fines de lucro (pp. 443-447). A raíz de esto se hace la siguiente pregunta: “De hecho, ¿qué es la guerra sino asesinato y robo, cometido por muchos en contra de muchos?” (p. 447).

Muy a pesar de los deseos del filósofo de Rotterdam, parece que nadie comparte su punto de vista ni expresa desprecio por la guerra (p. 488), sino que al contrario: esta es elogiada y venerada como actividad lícita y heroica. La postura de Erasmo es tan dura en este libro que se opone tanto a la doctrina de la guerra santa (p. 448) como a la de la guerra justa (p. 450) y se extraña y se lamenta de la “ceguera” de la naturaleza humana que no le permite ver con claridad las atrocidades cometidas por esta actividad que constituye “de todos los males humanos, el peor y el más sucio” (p. 454).

Además de la condena moral que Erasmo hace contra la guerra, también clama prudencia. Afirma que en la guerra siempre hay más costos que beneficios, más daño que bien (pp. 478-479); que el costo de una guerra siempre es mucho mayor que el de una paz, cualquiera que sea la forma que esta tenga:

En las infinitamente más peligrosas preocupaciones de la guerra, que los estadistas descendientes imiten este ejemplo de discreción. Que no vean simplemente el objeto que desean obtener, sino qué gran pérdida de cosas buenas, en cuantos y qué tan grandes peligros y en qué amenazantes calamidades están seguros de incurrir al tratar de obtenerlo; y si descubren, tras sostener la balanza con una mano firme y cuidadosamente sopesar las ventajas con las desventajas, que la paz, incluso con algunas circunstancias de injusticia, es mejor que una guerra justa, ¿por qué deberían elegir el arriesgarse a morir en batalla? ¿Quién sino un loco, pescaría un vil pez con un anzuelo de oro? (p. 480).

Se desprende entonces que, puesto que la paz es de todas las cosas la mejor mientras que la guerra es la peor, solo una mente enferma podría elegir a la segunda por encima de la primera (p. 455); de manera que “el hombre que participa en la guerra por elección, cuando puede evitarlo; ese hombre, quienquiera que sea, es un hombre impío” (p. 453).



Lo que más preocupaba a Erasmo no era el hecho de que hubiera guerras y que estas se pelearan por fines tan mundanos y por medios tan inhumanos, sino el que las peores de entre ellas fueran llevadas a cabo por y entre cristianos. De manera que ahora surge la pregunta de cómo es que esto ha ocurrido entre hermanos que afirman seguir una religión basada en los principios de la paz universal. En opinión de Erasmo esto se debió a la corrupción del pensamiento cristiano original como consecuencia de la influencia, primero, de los autores griegos (principalmente Aristóteles) y, después, de las leyes y tradiciones romanas, que los cristianos imitaron y luego superaron en locura (pp. 462-469).

Es una verdad para ser lamentada más que para ser negada, que si cualquiera examina el asunto fielmente y con cuidado, encontrará que casi todas las guerras de los cristianos se han originado ya sea en la locura o en la maldad (p. 488).

Erasmo afirmaba que hay tres cualidades sin las cuales ningún hombre se merece el apelativo de “cristiano”: la inocencia, la paciencia y la caridad; ellas tres hacen imposible que un verdadero cristiano participe en una guerra (p. 493), ya que quienes realmente lo sean deben combatir a los verdaderos y más viles enemigos de la Iglesia que son “el desordenado amor por el dinero, el odio, la ambición y el miedo a la muerte” (p. 470) y, según él, solo una vez que tales enemigos sean extirpados, la paz podrá ser establecida firmemente, ya que “esta es la única guerra que tiende a producir una paz real y duradera” (p. 470).

Vemos entonces el por qué para Erasmo la guerra es considerada como una locura. Sin embargo, su postura parte de ciertos presupuestos que pueden ser muy cuestionables. El primero de ellos lo podríamos llamar el “presupuesto antropológico-religioso”: puesto que Erasmo necesariamente tiene que aceptar que el hombre fue creado a imagen y semejanza de dios (p. 442), también tiene que aceptar que el hombre es originalmente “bueno” y, por lo tanto, lo “malo” en él no puede provenir de la razón (que es lo que lo diferencia de las bestias) sino de una falla en ella. Solo así puede explicarse el que en una primera instancia afirme que las bestias sí fueron equipadas para el combate (pp. 432-433), aunque de diversos modos, y que no lo practiquen a la usanza de los humanos (p. 440). ¿Cómo puede afirmar coherentemente que los hombres “degeneran en bestias” (p. 441) en la guerra cuando al mismo tiempo afirma que las bestias no hacen guerras? ¿Cómo puede ser la guerra algo exclusivo de los seres humanos y, al mismo tiempo, algo no propio de ellos?

Un segundo presupuesto no menos problemático lo encontramos cuando afirma que la guerra no es redituable. A este lo llamaré el “presupuesto de la no-rentabilidad de la guerra”. Como puede verse es de suma importancia, ya que, si lo rechazamos, entonces la guerra ya no parecería ser una completa locura como la pinta Erasmo. De hecho,

es posible que él mismo no siempre pensara de esta manera, ya que, si bien consideraba en este libro que el deber de un príncipe cristiano era evitar las guerras, en otros afirmó que los príncipes tenían derechos inviolables y que podían justamente hacer la guerra para reivindicarlos (Bellamy, 2009: 111). De lo anterior se desprendería entonces que hay guerras que no son una locura. Como es evidente, los textos de Erasmo resultan contradictorios en este punto y otros puntos: por ejemplo, en algunos defiende la guerra contra los turcos, mientras que en este la rechaza al considerar que ellos también son humanos (1795: 483).

De igual manera, al exigir que se haga todo lo posible por evitar una guerra y afirmar que esta es siempre una locura para ambas partes, parecería presuponerse que la guerra también siempre es opcional y que quienes la pelean lo hacen por voluntad y elección propia. A esto lo llamaré el “presupuesto de la participación voluntaria en la guerra”. Al parecer se tendría que aceptar esto o conceder que hay guerras que no son una locura, por lo menos aquellas que no dependen de la voluntad de por lo menos uno de los participantes, a saber, las defensivas. Así parece sugerirlo cuando pide que, si después de haber intentado todos los medios posibles una guerra no puede ser evitada, esta se conduzca de manera que se derrame la menor cantidad de sangre posible (p. 493).

El calificativo de “locura” que Erasmo le da a la guerra depende por completo de que se acepten estos tres presupuestos identificados en su pensamiento. Si ponemos en duda al menos uno de ellos, independientemente de las contradicciones que encontramos en sus obras, entonces tal calificativo parece perder sentido. No obstante, Erasmo que es el primer pensador que hizo la acusación, coherente o no, de que la guerra era irracional.

### El resurgimiento de la guerra santa

Desde finales del siglo XVI y hasta aproximadamente 1660 la doctrina de la guerra santa experimentó un gran resurgimiento y, con ella, los ideales proclives al pacifismo fueron sepultados. Las disputas religiosas que llevaron tanto a la guerra civil inglesa como a la guerra de los treinta años crearon un dogmatismo tal sobre las guerras que cualquier intento por cuestionarlas era acallado de inmediato por el ambiente inquisitorial que se respiraba entonces. La consecuencia directa de esta polarización fue el abandono de las reglas tradicionales que trataban de regular el comportamiento de la guerra y la poca fecundidad en lo que al tratamiento filosófico de la guerra se refiere.

Stephen Gosson fue uno de los defensores más fervientes de la doctrina de la guerra santa. Sostenía que cuando no había dudas sobre el tema de la causa justa, entonces todos los medios necesarios para lograr la victoria eran lícitos: artimañas, subterfugios, todo tipo de tácticas, quemar, devastar, arruinar, socavar, agredir, golpear y la sangre. Afirmó que dios no solo permitía las guerras justas, sino que las ordenaba. Por su parte, Heinrich Bullinger fue uno de los teóricos fundamentales de la guerra santa, ya que sostenía que esta se justificaba en el caso de la autodefensa, para castigar a los condenados

por dios y para corregir el error religioso. Para él, la más elevada de todas las causas era la protección de la verdadera fe religiosa (Bellamy, 2009: 116-117).

Innecesario tal vez resulte mencionar que entre los defensores de la guerra santa en este periodo, al igual que en el pensamiento de Bernard de Clairvaux, no encontraremos las características que buscamos para la reflexión filosófica sobre la guerra.

## La Ilustración

### El realismo ilustrado

Hobbes parte de un supuesto antropológico negativo, puesto que para él es válida la afirmación *homo homini lupus* [el hombre es un lobo para el hombre]; sin Estado o sin sociedad constituida, o sin un poder común, el hombre se halla en un estado de “guerra de todos contra todos” (Hobbes, 2006: 275). En la naturaleza del hombre hay tres causas principales de discordia: la competencia (para lograr un beneficio), la desconfianza (para lograr seguridad) y la gloria (para ganar reputación). La naturaleza ha hecho iguales a los hombres, pero de esta igualdad procede la desconfianza y de esta última surge la guerra entre ellos (pp. 100-101):

Por consiguiente, todo aquello que es consustancial a un tiempo de guerra, durante el cual cada hombre es enemigo de los demás, es natural también en el tiempo en que los hombres viven sin otra seguridad que la que su propia fuerza y su propia invención pueden proporcionarles. En una situación semejante no existe oportunidad para la industria, ya que su fruto es incierto; por consiguiente no hay cultivo de la tierra, ni navegación, ni uso de los artículos que pueden ser importados por mar, ni construcciones confortables, ni instrumentos para mover y remover las cosas que requieren mucha fuerza, ni conocimiento de la faz de la tierra, ni cómputo del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad; y lo que es peor de todo, existe continuo temor y peligro de muerte violenta; y la vida del hombre es solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve (p. 103).

Para Hobbes esta no es una hipótesis histórica como en algunas ocasiones han tratado de mostrarlo algunos malos lectores de su obra, de hecho él mismo lo explica de manera explícita de la siguiente forma:

Acaso puede pensarse que nunca existió un tiempo o condición en que se diera una guerra semejante, y, en efecto, yo creo que nunca ocurrió generalmente así, en el mundo entero... De cualquier modo que sea, puede percibirse cuál será el género de vida cuando no exista un poder común que temer, pues el régimen de vida de los hombres que antes vivían bajo un gobierno pacífico, suele degenerar en una guerra civil (pp. 103-104).

Esta es la situación en que se encuentra Inglaterra en la época de las guerras bajo y contra los Estuardo, y así es como cabría imaginar lo que sucedería si desapareciera el Estado en cualquier época determinada. Dicha situación se opone por completo a la racionalidad. Es la “locura” (*folly*) consecuencia de la ambición y de la estupidez de algunos hombres:

“Injusticia” y “locura”. Las palabras han sido elegidas con cuidado. Por una parte, la guerra civil es no solo una catástrofe, sino también la suprema injusticia, porque supone la quiebra completa de la legalidad vigente, única fuente de la justicia. Por otra parte, es también un síntoma inequívoco de locura, de irracionalidad colectiva, porque notoriamente es uno de los males mayores y, sin embargo, los hombres que la provocan no pueden sino perseguir el bien... Si quisiéramos reducir a alguna fórmula el diagnóstico de Hobbes, podríamos decir que la guerra civil inglesa (y, por extensión, toda guerra civil) fue el resultado de una fatal combinación de ambición y estupidez, cálculo e insensatez, ocasionada por la ignorancia de los principios de la filosofía política (Rodilla, estudio preliminar a Hobbes, 1992: XXVIII).

Sin embargo, Hobbes afirma que en tal estado todo hombre tendría, por derecho natural, la libertad de hacer todo cuanto la razón le indicara como necesario para alcanzar el fin de la supervivencia. Actuar de esta forma en el estado de naturaleza es racional. Pero, ¿no hay una contradicción en afirmar por un lado la irracionalidad que conduce hacia la guerra civil y, por el otro, el afirmar, lo racional del comportamiento egoísta en el estado de naturaleza? En realidad no. En el estado de naturaleza la injusticia como tal no existe, ya que, sin una ley que violar, esta no puede darse:

En la guerra, la fuerza y el fraude son las dos virtudes cardinales. Justicia e injusticia no son facultades ni del cuerpo ni del espíritu...Son, aquellas, cualidades que se refieren al hombre en sociedad, no en estado solitario...Todo ello puede afirmarse de esa miserable condición en que el hombre se encuentra por parte de la simple naturaleza, si bien tiene una cierta posibilidad de superar ese estado, en parte por sus pasiones, en parte por su razón (2006: 104).

En el estado de naturaleza no hay restricciones. Esto genera que todo esté permitido y que cualquier cosa que redunde en beneficio propio directo, por necesidad, sea racional. Empero el hombre no deja de tener fuerzas que lo impulsan hacia la paz. Dos pasiones, el temor a la muerte y el deseo de una vida confortable, conforman un costado de dichas fuerzas; el otro, más importante tanto para Hobbes como para la presente tesis, será conformado por la razón:

La razón sugiere adecuadas normas de paz, a las cuales pueden llegar los hombres por mutuo consenso. Estas normas son las que, por otra parte, se llaman leyes de naturaleza (p. 105).

Y una ley de la naturaleza es:

un precepto o norma general, establecida por la razón, en virtud de la cual se prohíbe a un hombre hacer lo que puede destruir su vida o privarle de los medios de conservarla; o bien, omitir aquello mediante lo cual piensa que pueda quedar su vida mejor preservada (p. 106).

Al ser racional el ser humano, la razón le impulsa a salir de este estado y a observar las leyes naturales. Las tres primeras de estas son de gran importancia: 1) el hombre ha de buscar la paz por todos los medios posibles; 2) el hombre ha de saber renunciar a sus derechos sobre todo, y a parte de su misma libertad, de acuerdo con la norma de oro tradicional de no hacer a los demás lo que no quieras que te hagan a ti (p. 107); y 3) los hombres han de cumplir los pactos establecidos (p. 118). Pero estas leyes (y otras hasta sumar un total de 19 que se deducen de estas primeras) resultan imposibles de cumplir si no se establece la fuerza coercitiva de un tercero, del Estado, que obligue a mantener los pactos. Un contrato es definido como “La mutua transferencia de derechos” (p. 109). Un pacto se establece a un tiempo futuro mediante una promesa. El mejor de los contratos es aquel en que se ceden los propios derechos en compensación a la cesión que la otra parte hace igualmente de los suyos, a favor de un tercero (que es consecuencia directa de la renuncia de todos), así se establece el *Leviatán*. Y aunque se consideraba racional el acto egoísta en el estado de naturaleza, en este punto será diferente. Dicho de otro modo: lo que parece racional desde el punto de vista individual (como, por ejemplo, romper unilateralmente un contrato para sacar ventaja de ello) resulta ser irracional desde un punto de vista colectivo, ya que, de acuerdo con Hobbes, se obtienen mayores ventajas del no hacerlo. Cuando el *Leviatán* ya ha sido establecido, es irracional tratar de volver al estado de guerra por actos propios, ya que esto va en contra, incluso, del egoísmo (cuando este es racional):

...según Hobbes los peligros para el orden social no proceden del egoísmo de los seres humanos, que a fin de cuentas no es sino la tendencia natural de cada cual a perseguir su propio bien, sino de su imperfecta racionalidad, que hace que sus acciones terminen yendo contra sus intereses... Por eso la única garantía de una paz civil duradera radica, en último término, en la enseñanza pública de los principios de la ciencia moral y política (Rodilla citado en Habber, 1992: XXXV).

Pero cuando dicha enseñanza falta, al igual que lo vemos en el pensamiento socrático-platónico, es natural que los hombres yerren en el camino que conduce hacia una vida justa y pacífica; esto es lo que Hobbes pretende mostrar en el *Behemoth*:

Yo me proponía hacer solo el relato de la injusticia, insolencia e hipocresía de ellos; por tanto, para el desarrollo de la guerra os remito a la historia de la misma escrita con detalle en inglés. Solo tiraré del hilo necesario para ofrecer un cuadro completo de la bellaquería, y aún de la locura, que voy a observar en sus respectivas acciones (1992: 155).

Es así que, en síntesis, nos encontramos ante la siguiente lección: la guerra es evidentemente algo malo. Lo racional en el hombre lo impele a buscar lo bueno para él y a evitar lo malo. Cuando el hombre no tiene otra alternativa, es decir, cuando la guerra no puede ser evitada, debe, como medida de la racionalidad inherente a él, buscar su mayor beneficio sin importar los demás. Sin embargo, puesto que la guerra es un mal, cuando es posible, hay que evitarla. El medio para hacerlo es la constitución del *Leviatán* por medio del pacto. Así, por interés racional, el hombre cede la mayoría de sus derechos en virtud de su propia conservación. La irracionalidad surge cuando alguien trata de apartarse de esta vía. Pero esto no ocurre porque dicha persona busque el mal, sino por la ignorancia que padece. Hobbes lo explica así en *De Corpore*.

La utilidad de la filosofía moral y política ha de estimarse no tanto por los beneficios que extraemos de conocerla, cuanto por las calamidades que se derivan para nosotros de ignorarla. Ahora bien, todas las calamidades que pueden ser evitadas mediante la industria humana proceden de la guerra, y muy en especial de la guerra civil, pues de ahí derivan las matanzas, la soledad y la penuria de todo. Pero la causa de todas estas cosas no es que los hombres las quieran, pues no hay voluntad sino de lo bueno, al menos de lo bueno aparente; y los hombres no ignoran que esas cosas son malas, pues ¿quién hay que no se dé cuenta de que la muerte violenta y la pobreza son cosas malas y penosas? Así pues, la causa de la guerra civil es que se ignoran las causas de la guerra y de la paz, y que son poquísimos los que aprendieron cuales son aquellos deberes suyos mediante los que la paz crece y se conserva, es decir, la verdadera regla de vida. Ahora bien, el conocimiento de esa regla es la filosofía moral... Así pues, dado que las guerras civiles y por consiguiente todas las mayores calamidades proceden de la ignorancia de estos deberes, esto es, de la ignorancia de la ciencia moral, tenemos razón para atribuir a su conocimiento los beneficios contrarios (citado en Rodilla, 1192, pp. XXII-XXIII).

Hay que hacer notar que lo dicho hasta aquí se refiere a las relaciones entre individuos (o de grupos no muy grandes de ellos) al interior del Estado. Al exterior del mismo la historia es muy diferente: al no haber ninguna fuerza coactiva interestatal, los Estados

están condenados a yacer en un permanente *estado de naturaleza* entre ellos. Es decir que, al parecer de Hobbes (debido a la imposibilidad de crear un *Leviatán* mundial), siempre habrá guerras entre los Estados: la soberanía de cada uno de ellos hace imposible la concepción de una “soberanía suprema” que regule las relaciones entre ellos y sea garante de la justicia.

Así que, puesto que no puede haber ley alguna que garantice las relaciones entre los Estados, la preparación militar es el único medio para maximizar sus posibilidades de supervivencia al aumentar su poder. En la concepción política del filósofo inglés el único medio de evitar la anarquía general propia de las guerras civiles es el preservar a los Estados soberanos, ya que para él es inútil y absurdo tratar de limitar la guerra, pues presupone la existencia de lazos morales y legales que no existen entre ellos.

Al ver que dentro de la teoría hobbesiana la guerra surge por impulsos propios de los hombres y como resultado de la interacción entre estos y, al mismo tiempo, que la paz es un constructo racional que trata de evitar tales situaciones, podemos afirmar tajantemente que la guerra, desde esta perspectiva, no es producto de la racionalidad. Sin embargo, en la obra de Hobbes encontramos grandes contribuciones para nuestro propósito, mismas que serán evidenciadas en el siguiente capítulo: en una primera instancia, la noción de la oposición entre los enemigos cuando no hay una tercera parte que garantice sus acuerdos; en una segunda, la distinción que hace entre aquellos actos que pueden resultar racionales desde un punto de vista individual y que, sin embargo, son considerados como irracionales desde un punto de vista colectivo.

### El legalismo ilustrado

Hugo Grotius es considerado como el principal exponente del legalismo de este periodo. Si bien junto con Emmerich Vattel fueron los dos autores que mayor influencia tuvieron en el establecimiento del derecho de guerra hasta el siglo XX, el trabajo de Grotius tuvo además el mérito de ser pionero en esta línea del estudio de la guerra.

En su principal obra al respecto, *De jure belli et pacis*, afirmó que la guerra no era intrínsecamente correcta o incorrecta, sino que esto dependía del uso que de ella se hiciera: si se le usaba correctamente, podía ser un instrumento que, empleado por seres racionales, podía ayudar a preservar la sociedad (Bellamy, 2009: 120-121). A diferencia de Hobbes, aseguraba que sí existía un derecho entre los Estados, pero que este no se encontraba establecido en los acuerdos escritos, sino en la costumbre arraigada en ellos por los siglos de historia compartida. Desde su perspectiva el derecho internacional abarca dos elementos o dos tipos de leyes: la natural y la humana, siendo la primera la que determinaba lo que era justo, mientras que la segunda lo que era legal.

Al derecho natural se entenderá como la razón aplicada a la comprensión de la voluntad de dios; mientras que el derecho humano encontrará por completo su origen en la razón humana. Desde su perspectiva, la ley natural tan solo prohíbe los actos que son

claramente repugnantes y destructivos para la sociedad, siempre y cuando en estos no haya ambigüedad alguna. Como resulta evidente hasta aquí, existía la clara posibilidad de que la ley humana y la natural entraran en contradicción: a pesar de que la ley humana era un reflejo de la ley natural, esta podía permitir cosas que la otra considerara ilegales o, incluso, ser más estricta que ella. Pero había claros límites a estas contradicciones, pues según Grotius, la ley humana no puede ordenar lo que la ley natural prohíbe o prohibir lo que la ley natural ordena; pero la ley humana si puede permitir cosas que la ley natural prohíbe y puede ordenar lo que la ley natural permite (pp. 121-122).

Como puede entreverse, la guerra, al no ser ni intrínsecamente mala ni buena será permitida por la ley natural sin importar que las leyes humanas la ordenen o la prohíban. No obstante, dentro del alcance de estas últimas, y en esto seguía claramente las propuestas de Vitoria y Gentili, existía a su parecer una única causa justa para iniciar una guerra: haber recibido una injuria en un contexto en el cual los tribunales no fueran de ayuda.

Consideraba que en un conflicto armado solo una de las dos partes puede estar en lo correcto desde una perspectiva moral. Sin embargo, aceptaba que la ignorancia humana podía ocultar tal verdad y hacerle creer a ambos que la justicia se encontraba de su lado. De ahí que dentro de su teoría el *ius ad bellum* pierda importancia y su lugar sea ocupado por el *ius in bello*: aunque siguen siendo importantes, los determinantes de la justicia para ir a la guerra ceden terreno ante aquellos que regulan el comportamiento dentro de esta (p. 126). En consecuencia, afirmó que si bien no era ilegal asesinar a inocentes en el territorio enemigo (porque no había ley alguna que lo prohibiera), esto si era abiertamente injusto, ya que contravenía los principios de la caridad cristiana. Sobre este punto, siguió las doctrinas de Tomás de Aquino, del derecho canónico y de la tradición de la caballería (p. 127).

**El derecho natural.** Samuel Pufendorf estableció, al igual que Grotius, una distinción entre el derecho civil o positivo y el derecho natural. Al igual que Hobbes, afirmaba que los soberanos se encontraban en un estado de naturaleza dentro del cual reinaba el segundo, ya que el primero estaba totalmente ausente debido a la falta de un soberano global. Sin embargo, en su concepción, el derecho natural no consiste únicamente en la tendencia biológica a la autopreservación, sino que tiene su fundamento en la “razón correcta”, motivo por el cual cuenta con un componente moral. Debido a lo anterior, rechazó los tratados y las costumbres que intentaban controlar la conducta en la guerra ya que los consideraba como repugnantes a la naturaleza; de hecho, llegó a afirmar en *El derecho de la guerra* que “una persona que confía en un tratado que otros no tienen interés en respetar es un tonto” (p. 129).

Además, consideraba que estaban permitidas las guerras cuyo objetivo fuera el lograr la paz. De hecho opinaba que la guerra solo se justificaba cuando era posible que



de ello se obtuviera un bien superior que el mal que podía provocarse. Por ello, aceptaba como causas justas de una guerra un daño previo sufrido, la satisfacción de derechos, la reparación de injurias y el garantizar la paz futura. De hecho llegó a aceptar, bajo ciertas circunstancias específicas, que el temor genuino de alguna amenaza inminente también podía considerarse como causa justa de una guerra (p. 129).

Si bien Pufendorf consideraba que un ejército que luchara por una causa justa tenía el derecho de aplicar los medios que considerara apropiados, al mismo tiempo defendía la existencia de una “ley humanitaria”, la cual dictaba que, cuando fuera posible, el daño infringido al enemigo debía ser proporcional a lo que establecería un tribunal civil para castigar sus delitos. Como puede verse, en su planteamiento, la protección de los no combatientes queda supeditada a las necesidades militares (p. 130). En pocas palabras, la visión que Pufendorf tiene de la guerra (y de la política en general) parte desde la perspectiva hobbesiana del estado de naturaleza humana que conduce a la “guerra de todos contra todos” y trata de unirla con la doctrina de Grotius que busca regular el *ius in bello* (Wolf, 1967: 158).

Por su parte, Christian Wolf afirmaba que los soberanos habitaban una “sociedad mundial” basada en un contrato original y en un cuerpo de leyes dentro del cual incluyó lo que denominaba como “derecho volitivo” (o humano), mismo que se encontraba por encima del “derecho necesario” (o natural) que era el que gobernaba al estado de naturaleza. Por ejemplo, en una guerra, el derecho necesario afirmaba que solo una de las partes puede ser justa, mientras que desde la perspectiva del derecho volitivo ambos podían tener la justicia (Bellamy, 2009: 130). Además incluía otros dos tipos: el “derecho de los tratados” y el “derecho consuetudinario”.

Wolf también seguirá los planteamientos de Hobbes en lo que al estado de naturaleza se refiere y la distinción grociana entre derecho humano y derecho natural, estableciendo como primer precepto de este segundo el que tanto los individuos como las naciones tienen el derecho a la autopreservación y a la búsqueda de su propia perfección; y que esto implicaba la “obligación imperfecta” de ayudar a los demás (es decir, que todo Estado tenía el derecho de solicitarla pero los demás Estados no tenían la obligación de proporcionarla cuando esta fuera en contra de su preservación y de su propio perfeccionamiento).

Como puede verse, la principal contribución de Pufendorf y Wolf consistió en la elaboración del esquema naturalista que intentaba resolver los problemas que habían heredado de la propuesta de Grotius, pero no consiguieron apartarse mucho de su postura.

**El derecho positivo.** Si bien en el pensamiento de Emmerich Vattel seguía presente la noción del derecho natural, se le dio mayor importancia a las costumbres y los tratados entre los Estados. Vattel fue el representante más significativo de esta corriente legalista del derecho positivo gracias a su obra *El derecho de gentes* (1758). Como hemos mencionado,

él fue, junto con Grotius, uno de los pensadores que más influyeron en el derecho de guerra hasta el siglo XX. Su sistema de derecho internacional se basaba en la idea de que las naciones eran libres, independientes e iguales en su naturaleza. Tomó de Wolff la idea de que había cuatro tipos de derecho: El “derecho necesario” o “natural”, el “derecho voluntario” (interpretación práctica del primero), el “derecho de los tratados” y el “derecho consuetudinario”. Añadió a esta idea el que los tres últimos conformaban lo que él denominó como el “derecho positivo de las naciones” (pp. 131-132).

Consideraba que si bien los Estados eran libres y soberanos, la ley los hacía mutuamente responsables, aunque los soberanos tenían el derecho inherente a iniciar una guerra. Afirmaba así mismo el que las guerras, tanto ofensivas como defensivas, eran legítimas en potencia. Lo que determinaba si lo eran o no era un criterio clave: el haber sufrido un perjuicio o encontrarse ante uno inminente. Reiteraba la doctrina clásica de la guerra justa al afirmar que había tres causas justas para una guerra: el reclamo de bienes de propiedad legal, castigar a un agresor o infractor y la autodefensa. Para ser justa, la guerra debía tener los “motivos apropiados”: oportunidad, conveniencia y prudencia (p. 133).

Siguió también la doctrina de Wolf de que una guerra podía ser justa para ambas partes. Desde su perspectiva, todos los ciudadanos del territorio enemigo son enemigos en potencia, pero no por eso los consideró como blancos legítimos de la violencia. Para ello propuso dos formas de salvaguarda: 1) los individuos que no ofrecieran resistencia o los clérigos que se encontraban apartados de las armas debían ser inmunes a la violencia y 2) el uso de la fuerza debía limitarse al logro de los objetivos militares y no a causar un daño innecesario (pp. 133-134). Asimismo rechazó tajantemente tanto la idea de una comunidad mundial universal basada en la cristiandad o en la racionalidad, como la de una sociedad de soberanos iguales vinculados por la obediencia voluntaria a ciertas reglas por ellos establecidas.

Cornelius van Bynkershoek sostenía, al igual que Vattel, que el *ius gentium* no era otra cosa que el derecho ejercido por personas de libre albedrío por un acuerdo tácito. Consideraba que había pocas limitaciones que se pudieran enfrentar al desarrollo de un conflicto armado. Los soberanos, dentro de su pensamiento, gozaban de un derecho ilimitado para iniciar una guerra (ya que no había derecho consuetudinario que lo prohibiera) y, una vez iniciada esta, entonces cualquier tipo de fuerza era legal. Para él, los límites a la conducta en la guerra los establecía la caridad, no las leyes (p. 135).

Si bien una de las consecuencias de la corriente legalista ilustrada fue el hecho de que hubo un desplazamiento hacia los elementos procesales desde *ius ad bellum* a expensas de los elementos esenciales, incrementando en este proceso la importancia del *ius in bello*, encontramos un gran progreso en su obra hacia el camino que nos hemos trazado para seguir en este recorrido histórico. Como puede verse en sus interpretaciones de la ley natural (principalmente de los naturalistas), aunque hay una tendencia cada vez más

marcada en ese sentido, no encontramos en ellos una versión secular de la misma. Esto, sumado al hecho de que sus teorías se enfocan principalmente en el *ius in bello* y que este se encuentra basado íntegramente en el derecho natural, tiene como consecuencia que el comportamiento dentro de la guerra quede establecido, por lo menos en parte, por normas o consideraciones externas a la mera determinación racional de los objetivos. A pesar de que en sus teorías no encontramos un intento por explicar el origen de la guerra, la interpretación que hacen de la misma sigue dependiendo en varios puntos de una visión religiosa (principalmente tomista), que determina lo que está permitido y no, así como por una concepción hobbesiana del estado de naturaleza. Es por esto que tampoco en su pensamiento podemos encontrar la separación de la guerra de una causa inmanente que la provoca o determina.

### El reformismo

En 1713, el abate de Saint-Pierre publicara su *Proyecto de paz perpetua para Europa*, donde propondrá la creación de una liga de naciones europeas comprometidas con la paz que renuncien a parte de su soberanía a cambio de alcanzar tan grande objetivo que, él considera, a todos beneficia (Rousseau, 1852: 614-615).

Siguiendo una clara línea hobbesiana (y, por muy paradójico que parezca, anti-hobbesiana al mismo tiempo), afirma que para alcanzar la paz es indispensable que se “una a los pueblos por enlaces similares a aquellos que unen a los individuos” (p. 606) y los someten por igual a la autoridad de las leyes. Su proyecto se limita a Europa porque es solo ahí donde “la naturaleza” ha creado las condiciones necesarias para que tal proyecto sea posible (p. 609), ya que, desde su perspectiva, hay tres lazos que los unen: el político, el civil (ambos como consecuencia de la institución del *ius gentium* romano) y el religioso (p. 607). Pero ahora es tiempo, afirma, de que la razón concluya el trabajo iniciado por “la fortuna” (p. 611).

Para poder alcanzar tal fin, el abate propone cinco artículos a los cuales se debían comprometer todos los Estados contratantes para garantizar el éxito de la empresa (pp. 612-613). Por no ser lo que nos interesa en este momento, no profundizaré en ellos, baste con establecer que la aceptación de los mismos constituye la mencionada cesión voluntaria de parte de la soberanía de los gobernantes y su sumisión ante la confederación. Ante esto, Saint-Pierre, que considera que sería un insulto al lector el tratar de persuadirlo de que el estado de paz es preferible al de guerra, trata de responder a las dos siguientes preguntas: ¿sería suficiente con el establecimiento de tal confederación para dotar a Europa de una paz sólida y perpetua? Y ¿es del interés de los soberanos el establecer esta confederación y alcanzar una paz constante a este precio? (p. 613).

En lo que a la primera pregunta se refiere, Saint-Pierre muestra cómo, al estar conformada la confederación por todos los estados europeos y, contar esta con la suficiente fuerza coactiva para reprimir cualquier atentado en su contra, los Estados pierden todo

incentivo para hacer la guerra de forma unilateral. De igual modo, al ser esta fuerza coactiva la garante de la obediencia de las leyes al interior de la confederación, se pierde también la necesidad de la guerra: los conflictos entre Estados ahora podrán resolverse legalmente. Finalmente, al vivir en un medio que cuente con leyes garantizadas, tampoco los Estados deberán temer el ser atacados por algún otro y, por ende, no habrá la necesidad de las guerras por temor o preemptivas (pp. 613-616).

En cuanto a la segunda pregunta, a Saint-Pierre le parece obvio que en un estado de cosas como el descrito todos resultan beneficiados, tanto en sus intereses particulares como en los generales. Entre ellos, los principales interesados deberían ser los soberanos, ya que, según él, sus intereses están subordinados al de su reputación. Al obtener el bien para sus súbditos, al no tener ya nada que temer de sus vecinos, al poder comerciar y enriquecerse libremente, al no padecer ya todas las carencias y males que la guerra trae consigo, su reputación parece estar asegurada y nadie extrañara a la guerra (p. 614-617). Considera el abate que todo esto es tan evidente, que

Si, a pesar de todo esto, este proyecto sigue sin ser ejecutado, no es porque sea quimérico; es porque los hombres son insensatos, y es una especie de locura ser sabio en medio de locos (p. 619).

Como queda establecido, la concepción del abate de Saint-Pierre intentó extender la propuesta hobbesiana a las relaciones interestatales. En el fondo, lo que buscaba era la implantación de un *Leviatán* europeo. Si bien no parte explícitamente de la visión antropológica hobbesiana, por lo menos sí renuncia a partir desde una visión opuesta (p. 619). Sin embargo, resulta muy evidente que considera a la guerra como una “locura” producto de la falta de racionalidad entre los hombres, los cuales le permiten a “la naturaleza” que regule sus relaciones interestatales.

Aunque originalmente se sentirá muy atraído por la propuesta de Saint-Pierre, tanto que se convirtió en uno de sus más grandes defensores (Gallie, 1985: 44-45), Rousseau se tornará después en uno de sus más duros críticos. En su obra titulada *Juicio sobre la paz perpetua*, aunque afirma sentirse identificado con el ideal de terminar con las guerras y da muestras de mantener una profunda inspiración por su personalidad moral, criticará duramente los procedimientos del abate:

Acordemos que, en todos los proyectos de este hombre honesto, él vio perfectamente bien el efecto de las cosas una vez que fueran establecidas, pero juzgó como un niño los medios de establecerlas (1852, p. 622).

Y es que Saint-Pierre no se conformó con solo escribir un libro, sino que trató de convencer a los soberanos europeos de llevarlo a la práctica. El resultado, según lo

describe Rousseau, fue convertirse en objeto de burlas de dichos soberanos y de muchos escritores (p. 621). En su opinión, el error del abate fue no entender la diferencia que hay entre el interés real y el aparente (p. 620): mientras que los soberanos defienden en tanto que interés aparente el bienestar de sus súbditos, su interés real es el dinero y el poder:

El príncipe hará siempre circulares estos proyectos; quiere comandar para enriquecerse, y enriquecerse para comandar; sacrificará, vuelta a vuelta, el uno y el otro para adquirir aquel de los dos que le plazca: pero esto no es más que con el fin de lograr poseer los dos en conjunto finalmente, en vez de perseguirlos por separado; porque, para ser el amo de los hombres y de las cosas, debe tener a la vez el imperio y el dinero (p. 621).

Sin embargo, afirma Rousseau, esto no significa que tal proyecto sea una quimera. De hecho, afirma que esa fue la pretensión de Enrique IV, pero por medios muy diferentes y mucho más efectivos y violentos (p. 622). Pero el hecho de que tal proyecto no sea una quimera, no significa que tal intento sea deseable. Para Rousseau el costo simplemente sería muy elevado y el éxito muy dudoso:

Sin duda, la paz perpetua es al presente un proyecto completamente absurdo; solo si nos uniéramos a un Enrique IV o a un Sully, la paz perpetua se volvería un proyecto razonable; mejor dicho: admirémonos de un plan así de bello, pero consolémonos al no verlo ejecutarse, ya que no puede realizarse más que por medios violentos y mortales para la humanidad. (p. 624).

Puesto que las ligas federativas no se establecen más que por las revoluciones, hace la pregunta de si tal liga europea es deseable o temible: existe la posibilidad, afirma, de que haga más daño de un solo golpe que el que podría prevenir durante siglos (p. 624).

No hay que perder de vista que para Rousseau la guerra no puede ser algo positivo desde ninguna perspectiva. Tomando en cuenta su punto de inicio, la bondad natural del hombre, es imposible que en su planteamiento podamos encontrar defensa alguna de los recursos bélicos. En el estado de naturaleza (que al igual que en Hobbes no es un estado histórico) el hombre era libre, deseoso solo de conservar la vida satisfaciendo sus necesidades naturales: sin necesitar el trabajo para vivir, ni un hogar, sin lenguaje, pero sin guerras y sin necesidad alguna de los demás, aunque también sin deseo alguno de hacer daño (Rousseau, 2003: II). La gran ventaja de este estado irracional (debido a la falta de lenguaje) era la presencia de la igualdad moral o política, no de la natural. El tiempo y el desarrollo mismo de la naturaleza humana (y, ante todo, la misma perfectibilidad del hombre, verdadero pecado original del género humano e inevitable “fuente de todas sus desdichas”) han llevado gradualmente al hombre a la necesidad de establecer vínculos sociales, saliendo del estado natural “por algún funesto azar” (*funeste*

*hasard*) (Lepan, 1999: 31-42). El establecimiento de la propiedad privada es el momento en que se rompe el encanto del estado natural: introducida la propiedad, se introduce la desigualdad moral y la sociedad, mediante el contrato social que con sus leyes sanciona y perpetúa la propiedad privada y la división entre ricos y pobres.

Puesto que sin lugar a dudas la guerra es una consecuencia negativa del establecimiento de la sociedad y, como vimos, las guerras se realizan por los intereses particulares y egoístas de los soberanos, en el pensamiento del filósofo suizo no es posible considerar justa a guerra alguna, ni siquiera en el hipotético caso de que prometiera acabar con todas las guerras.

El asunto de la racionalidad o no de la guerra por momentos pareciera ser un tanto ambiguo en Rousseau. Por un lado, afirmaba que la razón exigía la desaparición de las guerras; este fue el inicio de su defensa del proyecto de paz del abate de Saint-Pierre (Gallie, 1985: 44), mientras que, por otro lado, y como es sabido, a diferencia de la gran mayoría de los filósofos ilustrados, para él la palabra “razón” no era garante de progreso. Al ser su preocupación de carácter moral y no considerar que el bien se encuentre dentro del alcance de tal facultad (es decir, que la bondad es innata en el hombre y que el hombre en estado de naturaleza era bueno e irracional), pareciera sugerir lo contrario: la guerra, junto con todas las demás calamidades de la sociedad, son producto, al menos en parte, de la razón.

Sin embargo, esto parecería forzar demasiado al pensamiento rousseauiano. Baste con afirmar que, en su obra, la razón no conduce necesariamente hacia ningún verdadero progreso, ya que esta no es causa de moralidad: el proyecto de paz perpetua puede ser razonable desde cierta perspectiva y bajo ciertas condicionantes, pero si bien pudiera parecer que está justificado de manera ética como un fin, nunca lo estará en realidad debido a la inmoralidad de los medios que permitirían alcanzarlo efectivamente. Todo parece indicar que Rousseau mismo se dio cuenta de toda esta problemática y que este fue el motivo de que abandonara el proyecto de acabar con las guerras al considerarlo como algo insoluble.

La cima de los proyectos de paz durante la Ilustración fue alcanzada, sin duda, por el filósofo alemán Immanuel Kant en su breve panfleto *Sobre la paz perpetua*. En él tratará de rescatar el proyecto de Saint-Pierre pero sin caer en las críticas hechas por Rousseau ni en la visión “tolerante” de la guerra de Vattel. Kant concordaba con Saint-Pierre en dos puntos principales: 1) en la apreciación de que la guerra era un mal intolerable en contra del cual había que tomar medidas urgentes y 2) en que la única medida que podía alcanzar (o por lo menos conducir hacia) este fin era el establecimiento de una federación europea fuerte que pusiera fin a las guerras entre sus miembros (pp. 46-47). De igual forma, concordaba con Vattel en dos puntos: 1) que la guerra era inherentemente opuesta al derecho, ya que “el derecho... no puede ser decidido mediante la guerra” (Kant, 2002: 60) y 2) en que la batalla en contra de la guerra sería larga, lenta y ardua

(Gallie, 1985: 47). Sin embargo, rechazaba tanto la postura de Vattel de que todos los Estados tienen el derecho de hacer la guerra para proteger sus intereses, como la que afirmaba que es imposible acabar con las guerras y que lo máximo que podemos hacer en ese sentido es buscar moderarlas y limitarlas.

Si bien Kant no era tan ingenuo como para creer que se podía encontrar un mecanismo que permitiera asegurar el éxito en esta empresa de terminar con las guerras, sí consideraba que era una condición necesaria para generar un progreso al respecto el postular a la paz perpetua como una meta digna del esfuerzo de todos. No obstante, en opinión de Gallie, Kant no era un pacifista, sino un legalizador, un defensor de la instauración de leyes a futuro, progresivas, dentro de las relaciones internacionales (p. 48).

En su propuesta de paz perpetua, Kant presenta seis artículos preliminares (2002: 43-50), tres artículos definitivos (pp. 51-67) y dos suplementos (pp. 67-79). No profundizaré en ellos por no ser lo que pretendo en este punto, mas será suficiente con decir que, en opinión del autor de Königsberg, si los Estados se comprometían a obedecerlos, aunque no se terminarían las guerras de inmediato (como era el intento del abate de Saint-Pierre) ni se notaría un cambio instantáneo, por lo menos se situarían las naciones en el camino que conduce hacia una paulatina disminución de las guerras, tanto en frecuencia como en intensidad. De hecho, no queda del todo claro que Kant realmente creyera que tal estado de paz era asequible. Todo apunta a que la paz perpetua cumple dentro de su sistema la función de un ideal regulativo cuya finalidad es la constante superación político-moral de la humanidad (Santiago, 2004: 225).

Ahora bien, como es sabido, Kant consideraba la moral como un dictado de la razón, de manera que el imperativo de terminar con las guerras debería necesariamente tomarse como un mandato racional. En oposición a este dictado, Kant comparte el supuesto antropológico negativo hobbesiano (2002: 59) que desemboca en el estado de naturaleza determinado por una “guerra de todos contra todos” y ante el cual es menester construir la paz (p. 51). Es así que se presenta lo que él llama la “insociable sociabilidad”:

Movido por el ansia de honores, poder o bienes, trata de conquistar una posición entre sus congéneres, a los que no puede soportar, pero de los cuales tampoco puede prescindir. Y así se dan los primeros pasos serios entre la rudeza y la cultura, que consiste propiamente en el valor social del hombre (Kant, 1979: 44).

Es justo a través de esta naturaleza ambigua del hombre que este tiene que ir aprendiendo, ensayando y equivocándose para así progresar a través de la historia. Al igual que ocurre con los demás preceptos morales kantianos, el hombre deberá actuar de buena fe esperando que incluso sus fracasos le puedan después resultar útiles gracias a su capacidad de aprender (Gallie, 1985: 49-50).

Sin embargo, y a pesar de que Kant consideraba a la guerra como el mayor de todos los males e, incluso, como la fuente de estos y de la corrupción moral, la toleraba bajo ciertas circunstancias muy particulares. En primera instancia, reconocía como deber el que todo ciudadano estuviera listo para defender a su país de una invasión extranjera (p. 50). En segunda, Kant aceptó la existencia de ciertos “enemigos injustos” en la *Metafísica de las costumbres* y, con ellos, la posibilidad de la existencia de ciertas *guerras justas*, que serían las que se llevaran a cabo en contra de todo aquel “Estado infractor que pone en riesgo el proceso de pacificación en el cual están inmersas las demás naciones” (Santiago, 2004: 239).

Es así que vemos en Kant un enorme avance rumbo a la idea directriz de toda esta exposición y que culminará con la proclamación explícita, por parte de Clausewitz, de la racionalidad de la guerra: la separación entre la naturaleza de la guerra y su función (p. 231). No en vano, Gallie hace notar la gran influencia metodológica kantiana que podemos encontrar dentro de la obra del general prusiano. Kant ve claramente que una cosa es la naturaleza propia de la guerra que la hace algo despreciable y digna de ser combatido, y otra es la función que ella cumple dentro del proceso histórico humano. Una no se opone a la otra: el proclamar su función no significa dejar de combatirla, de la misma manera que el combatirla no significa el negar su función. La guerra es ciertamente un error, pero la naturaleza humana es tal, que solo de los errores podemos aprender.

## Karl von Clausewitz

A pesar de que muchos autores de los más importantes dentro de la historia de la filosofía (e incluso algunos a los que no fácilmente se les podría dar el apelativo de “filósofos”) habían abordado de un modo u otro la guerra, su estudio no había aparecido en Occidente<sup>1</sup> en un sentido teórico estricto sino hasta que Clausewitz, que en 1816, comenzara a escribir su máxima obra titulada *De la guerra*. Dicho escrito quedó inconcluso<sup>2</sup> y fue publicado posteriormente a su muerte acaecida en 1831, junto con Hegel, durante la gran epidemia de cólera (Gallie, 1985: 83). A pesar de esto, la contribución

---

<sup>1</sup> Cabe señalar que, en Oriente, tal estudio era considerado toda una tradición desde que Sun Tzu escribiera su genial obra *El arte de la guerra*, realizada, según los últimos estudios de los sinólogos, alrededor del siglo IV antes de nuestra era (*Vid.* tesis doctoral de Samuel B. Griffith que aparece como estudio introductorio en Tzu, Sun: *El arte de la guerra*, SDN, México, s. d.). También considero digno mencionar el hecho de que, a pesar de estar separados por cerca de 2 300 años, existen notables coincidencias entre algunas de las conclusiones y premisas que se encuentran en ambos autores. Sin embargo, hay que reconocer que también hay diferencias considerables.

<sup>2</sup> Según algunas cartas escritas por el mismo Clausewitz (Gallie, 1985) únicamente el primero de los ocho libros de *De la guerra* se encontraba completamente terminado y revisado.



del general Karl von Clausewitz al estudio del desarrollo de los conflictos militares es tan grande, que ha sido considerado no solo como el primer *filósofo de la guerra*, sino que, en la opinión de Gallie, también será el último.

Sin lugar a dudas, la aportación más interesante de su pensamiento, en términos generales, se encuentra incluida dentro de la noción de *función de la guerra*. Clausewitz no se preocupa por tratar de dar una explicación al origen de la enemistad entre los hombres como Hobbes, Rousseau u otros, ni intenta dotarla de un fin teleológico como Tucídides o Tomás de Aquino; tampoco intenta encontrar un método para regular o acabar con las guerras como los legalistas, los humanistas o los reformistas. Lo que a él le interesa es tratar de explicar cuáles son los principios generales sobre los que opera efectivamente un conflicto armado.

En opinión de Raymond Aron (2009: 27), la contribución específica más importante de la obra de Clausewitz fue la noción de la *guerra absoluta* (también nombrada como noción “abstracta”, “ideal” o “filosófica” de la guerra y que, según Gallie, cumple la función de un ideal regulativo de inspiración kantiana). Según Clausewitz, entre los oponentes se forma una “acción recíproca” ya que sus intereses son diametralmente opuestos, es decir, su relación se encuentra marcada por una *polaridad* que determina que lo que beneficia a uno necesariamente perjudica al otro:

la guerra es un acto de fuerza, y no hay límite para la aplicación de dicha fuerza. Cada adversario fuerza la mano del otro y esto redundará en acciones recíprocas *teóricamente ilimitadas*. Esta es la primera acción recíproca que se nos presenta y el primer extremo (1999: 11).

Hago énfasis en “teóricamente ilimitadas” porque dentro del pensamiento de Clausewitz existe una enorme oposición directa entre lo que es la teoría y lo que es la práctica de la guerra. Por un lado, la teoría militar siempre debe ser una consecuencia de la práctica, pero comprendiendo que jamás se llegará a crear una teoría absoluta, sino que esta deberá mantenerse en un constante cambio de acuerdo con lo que la otra le está informando de manera constante. Por el otro, también es importante señalar que al referirse a esta “primera acción recíproca”, Clausewitz aclara que esta jamás se puede dar en la práctica de una forma tan extrema como se expresa en la teoría: “en los preparativos para la guerra el mundo real ha ocupado ya el lugar de la idea abstracta, y una medida real el lugar de un extremo hipotético” (p. 16). Precisamente este extremo hipotético es a lo que Clausewitz denominó la *guerra absoluta*, que implica la utilización de todos los recursos de los beligerantes y la decisión de los Estados de ir hasta el final en el conflicto. La *guerra absoluta* nunca será real porque el Estado nunca será reducido a ser un simple luchador. Como Aron muy bien lo indica el Estado “Debe canalizar las pasiones populares y, en la medida de lo posible, someter a la inteligencia el juego o la audacia del jefe militar” (p. 29).

Es a través de esta distinción que Clausewitz introducirá otra que será decisiva para lo que pretendo mostrar en la presente tesis: la distinción entre *táctica* y *estrategia*. Según el general prusiano, en la guerra “Existe solamente un medio: el combate” (p. 32), y este es diferenciado en la guerra en unidades denominadas *encuentros*, las cuales son el único medio dentro de la guerra:

En la guerra, el encuentro es la única actividad efectiva; en el encuentro, la destrucción de las fuerzas enemigas que se nos oponen es el medio para el logro del fin... la destrucción de las fuerzas del enemigo es la piedra fundamental de toda acción bélica... En la guerra la decisión por las armas es en todas las operaciones grandes y pequeñas, lo que el pago al contado en las transacciones comerciales. Por más remotas que sean estas relaciones, por más que las liquidaciones rara vez se produzcan, al final deben realizarse (pp. 34-35).

Pero si bien es el combate efectivo lo único que vale dentro de la guerra, no hay que perder de vista que dentro del pensamiento de Clausewitz esta no es autónoma. La guerra se conforma de encuentros individuales, pero son dos cosas completamente diferentes el dirigir uno de estos encuentros y el orquestar toda la guerra en su conjunto. Es así que nos dice Clausewitz que

Surgen aquí dos actividades diferentes: *preparar y conducir individualmente* estos encuentros aislados y *combinarlos unos con otros* para alcanzar el objetivo de la guerra. La primera es llamada *táctica*, la segunda, *estrategia* (1999: 66).

De manera que la *táctica* enseña a usar a las fuerzas armadas en los encuentros y la *estrategia* el uso de los encuentros para alcanzar los fines de la guerra. Sin embargo, esta segunda no se limita a la conducción de los ejércitos, sino que, al buscar los fines generales de la guerra, incluirá una visión general de los intereses del Estado.

Clausewitz se oponía a la concepción tradicional que defendían algunos teóricos contemporáneos que dictaba que durante la guerra su comando les correspondía por completo a los militares, hasta que el jefe de Estado decidiera terminar con ella. Su oposición se fundamentaba en varias razones, pero la principal (que es la que nos importa) es que los intereses militares son parciales, mientras que los políticos, representados por el jefe de Estado, ven por la totalidad de los intereses del mismo. Es por ello que la noción de “victoria” le corresponde a la *táctica*, no a la *estrategia* (2009: 28). Como Aron lo hace evidente, es precisamente la distinción entre lo *táctico* y lo *estratégico* lo que permite instaurar la noción de *guerra absoluta*, ya que esta guerra imposible sería una guerra puramente *táctica* (p. 29). Es así que nos encontramos con la concepción de la guerra como un medio:

La victoria militar no es un fin, sino un medio... Nunca fue belicista ni pacifista, expresiones del siglo XX que no tenían sentido durante el período histórico que vivió Clausewitz. No era que en esos tiempos no hubiera pensadores que soñaran con la paz universal: siempre los hubo. Clausewitz no se planteaba la cuestión. Les dejaba a los filósofos que decidieran si la ampliación de la guerra mediante el armamento del pueblo significaba un bien o un mal para la humanidad. Trataba a la guerra como un fenómeno social comparable con el comercio y, más aún, con la política, que no difería de la guerra sino por el empleo dominante de la violencia (p. 33).

Clausewitz concibió tanto a la decisión *táctica* como a la *estratégica* como actos racionales por esencia, ya que el “arte de la guerra, como todo arte, se piensa según la relación medio-fin” (p. 48). De manera que esta interpretación según la racionalidad final contiene, en opinión de Aron, una filosofía implícita o por lo menos la opción de un método filosófico. Es por ello que sitúa a Clausewitz entre los fundadores de la sociología de la acción o entre los que presintieron los marcos formales de una praxeología racional o de la teoría de juegos (p. 48):

La ampliación del campo propio de la teoría iba acompañada por una distinción entre la teoría y la doctrina; en oposición a H. von Bülow e incluso a Jomini, la teoría estratégica se presentaba ante todo como un estudio racional de las guerras, racional por el rigor de los conceptos, racional también por recurrir incesantemente a la experiencia (p. 31).

Es así que vemos cómo Clausewitz añade el factor determinante que estábamos buscando a la concepción de la guerra: la guerra es racional. De acuerdo con su pensamiento: “La guerra es...un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario” (1999: 9), y la voluntad de un pueblo se encuentra determinada por su unidad política que conforma al Estado. En otras palabras, el factor político es el determinante dentro de cualquier conflicto armado:

La guerra... es un acto político... La guerra es...una pulsación regular de violencia... puede durar lo suficiente como para estar sujeta a la voluntad de una inteligencia directora... La política, por lo tanto, intervendrá en la acción total de la guerra y ejercerá una influencia continua sobre ella, hasta donde lo permita la naturaleza de las fuerzas explosivas que contiene (p. 23).

Para Clausewitz la guerra no es tan solo un acto político, sino un instrumento político, uno de los medios de la política, “una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios” (p. 24), y como medio, no puede ser considerado de forma independiente de su objetivo. En otras palabras, la guerra se encuentra determinada

por la racionalidad de la política, la cual le otorga sus objetivos, mismos que esta trata de cumplir haciendo uso de sus propios medios: “La política pertenece al entendimiento y a ese entendimiento pertenece la conducta de la guerra” (Aron, 2009: 54-55).

Como puede verse, esta concepción de la guerra como un instrumento político subordinado a sus finalidades no da cabida a una filosofía militarista, ya que tal subordinación se mantiene incluso en tiempos de guerra: “La política mira más allá de la guerra, más allá de la victoria; no solamente adecúa el fin al medio: *representa todos los intereses de la sociedad por entero*” (p. 55). De manera que solo el jefe de Estado tiene una visión global de esto, por lo que a él le corresponde mantener las relaciones políticas con el enemigo incluso durante la guerra, ya que las operaciones militares solo consiguen el fin político cuando el enemigo consiente en firmar la paz (p. 57). Lo que impedía que en Maquiavelo pudiéramos hablar de esta concepción de la guerra era su afirmación, en los *Discursos*, de que el soberano no era en realidad la causa de la guerra, sino que él tan solo permitía que las pasiones populares se liberaran; este problema no lo encontramos en la obra de Clausewitz, ya que hay en ella “un sistema político concebido de esa manera, la política (*policy*)-entendimiento representa muy a menudo un principio moderador. ¿Está al servicio de las pasiones populares? Ya no” (p. 59).

Es así que, al estar determinada por la política, la guerra tomará la forma que esta le indique. Sin embargo, no significa, desde ninguna perspectiva, que Clausewitz fuera un “formalista” (o idealista) de la guerra que creyera que esta es un ejercicio completamente racional, plano, dentro del cual no intervienen otro tipo de fuerzas:

De esta manera se advierte que cuán lejos estaríamos de la verdad si concibiéramos la guerra entre pueblos civilizados como un acto puramente racional de los gobiernos, que nos pareciera liberado cada vez más de cualquier pasión, de manera que a fin de cuentas el peso físico de las fuerzas armadas ni siquiera fuera necesario, ya que bastaría con relaciones teóricas entre ellas, como si fuera una especie de álgebra de la acción... Si la guerra es un acto de violencia, la sensibilidad también le pertenece necesariamente. Aunque la guerra no se deduzca de ésta, reacciona sin embargo más o menos con ella, y ese más o menos no depende del grado de civilización, sino de la importancia y la duración de los intereses enemigos (*De la guerra*, I, 1 citado en Aron, 2009: 53).

La idea de Clausewitz de que la guerra es un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario lleva implícita la noción de que este también tiene una voluntad, motivo por el que se debe recurrir a la fuerza. Puesto que difícilmente enemigo alguno aceptará, sin presentar siquiera oposición, la imposición de nuestra voluntad, es menester que se presente una “resistencia” de su parte. El combate entonces aparecerá para tratar de vencer esa resistencia e imponernos sobre él: “Si la guerra es un acto de fuerza, las emociones están necesariamente involucradas en ella” (Clausewitz, 1999: 11):

Entre los salvajes prevalecen las intenciones de origen emocional; entre los pueblos civilizados las inspiradas por la inteligencia. Pero esta diferencia no reside en la naturaleza intrínseca del salvajismo o de la civilización sino en las circunstancias que los rodean, sus instituciones, etc.... hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse con pasión en odio recíproco (p. 10).

Clausewitz afirmaba que en ocasiones era difícil mantener el imperio de la razón por encima de las pasiones y los sentimientos despertados por el combate, ya que estos se excitaban tanto que solo podían ser controlados con dificultad por la política; de hecho afirmaba que en ocasiones el odio recíproco entre dos pueblos podía ser tan grande que una causa insignificante podía desencadenar una “explosión positiva” (1999: 16). No obstante, reconocía que estos casos eran la excepción (Aron, 2009: 53-54).

Sin embargo, hay que hacer hincapié en que para él, sin importar la crudeza de una guerra concreta, siempre existirá el dominio político que se encargará de “frenar” el avance de las hostilidades hacia la *guerra absoluta*. Precisamente es el componente político uno de los principales integrantes de lo que Clausewitz denominará la *fricción*. En la guerra existe una distinción entre el propósito militar (que solo busca derrotar al enemigo) y el objetivo político (el cual es muy cambiante según las circunstancias). Dependiendo del tipo de guerra que se esté peleando, estos dos aspectos tenderán a identificarse o se alejarán el uno del otro:

Cuanto más interesada se halle en la destrucción del enemigo, tanto más coincidirán el propósito militar y el objetivo político, y la guerra aparecerá más como una guerra puramente militar y menos como una guerra política (Clausewitz, 1999: 24).

Dicho de otra forma, mientras mayor encarnizamiento en contra del enemigo exista, más se dejarán de lado los intereses políticos. Es por eso que la “fricción es la única concepción que de un modo bastante general corresponde a lo que distingue la guerra real de la guerra sobre el papel” (p. 59). Dicha *fricción* se encuentra compuesta por todos aquellos factores que impiden que la *guerra absoluta* sea una realidad dentro de la teoría del filósofo prusiano, tales como los mencionados intereses políticos, los factores naturales (distancias, climas, etc.), las limitaciones dentro de la cadena de mando (es decir, los problemas de obediencia y comunicación que, aunque se tratan de eliminar con el entrenamiento militar, en mayor o menor medida persisten), etc. Después de todo, afirma, la “acción en la guerra es movimiento en un medio resistente” (p. 60).

Según Aron (2009: 54), la totalidad de la teoría de Clausewitz sobre la guerra se encuentra contenida en la concepción de esta como una “trinidad”, compuesta por el odio, la enemistad y la “violencia primitiva”, así como por el azar y las probabilidades y el carácter de subordinación que la convierte en un instrumento político. Añade que

el primer aspecto le compete al pueblo, el segundo al jefe militar y al ejército, mientras que el tercero será de la incumbencia del gobierno (pp. 25-26).

Si bien Clausewitz hace un gran énfasis en la importancia del azar dentro de la guerra y no cree que las simples facultades racionales de un individuo sean suficientes para convertirlo en un buen dirigente, como hemos visto, entiende como componente inseparable de la misma la participación racional de la dirigencia política como su proveedora de fines y moderadora. Sin embargo, como Aron bien lo apunta, la limitación de la guerra solo es posible por el consentimiento de ambos antagonistas, ya que el cumplimiento de los deseos de uno siempre depende del otro (2009: 51). De ahí la importancia de la negociación política y de la separación entre *táctica* y *estrategia* pero, sobre todo, del sometimiento de la primera a los dictados de la segunda. En opinión de Clausewitz, ese fue el gran error de Napoleón (pp. 66-67): si bien como jefe militar su actuación en la campaña de Rusia fue irreprochable, falló como jefe de Estado al elegirla; dicho de otra manera, se comportó como líder militar cuando debía comportarse como líder político.

## CAPÍTULO II

### La visión formal de los conflictos internacionales

Vemos por lo tanto que, desde el principio, la facultad absoluta o teórica como se llama, no encuentra en parte alguna base segura en los cálculos del arte de la guerra. Desde el comienzo existe un juego de posibilidades y de probabilidades, de buena y de mala suerte, que aparece en todos los hilos, grandes o pequeños de su trama y hace que de todas las ramas de la actividad humana, sea la guerra la que más se asemeje a un juego de naipes.

Karl von Clausewitz. *De la guerra*

El conocer al otro y conocerse uno mismo, significa que no haya pérdidas en cien batallas. No conocer al otro y conocerse uno mismo, significa victoria por derrota. No conocer al otro y no conocerse uno mismo, significa que cada batalla será una derrota segura.

Sun Tzu. *El arte de la guerra*

Como mencionamos en el capítulo anterior, algunos de los pensadores revisados (en especial Clausewitz) contribuyeron con sus obras al desarrollo de conceptos cada vez más abstractos dentro de sus respectivas visiones de la guerra. En gran medida, algunas de estas contribuciones, junto con muchas otras provenientes de otros campos de estudio, posibilitaron que durante el siglo XX se desarrollaran teorías que permitieron hacer un análisis formal no solo de los conflictos internacionales como la guerra, sino de diferentes tipos de tomas de decisiones.

El presente capítulo pretende, en una primera instancia, hacer una breve explicación de una de esas teorías para, posteriormente, proceder a explicar cómo se puede entender el concepto de racionalidad dentro de ella para, después de mostrar que es posible, proceder a establecer la forma en la cual se estudian los conflictos internacionales desde esta teoría.

## La visión formal de las decisiones

### La teoría de la decisión

La teoría de la decisión es un área de estudio que se ocupa de analizar cómo elige una persona aquella acción que, de entre un conjunto de acciones posibles, le conduce al mejor resultado dadas sus preferencias. Es en esencia un área interdisciplinaria, relacionada con una multitud de ciencias y disciplinas para las cuales ha demostrado ser muy útil y de las que ha recibido importantes contribuciones. En opinión de Baron (2005) su idea básica es que se puedan entender las elecciones que adoptan los agentes, asumiendo que se comportan racionalmente como individuos. Más adelante dedicaremos un apartado completo al concepto de “racionalidad”. Por el momento baste con decir que a dicha teoría le concierne estudiar la forma del comportamiento y los fenómenos psíquicos de aquellos que toman las decisiones (ya sean estos reales o ficticios), así como las condiciones por las que estas deben ser tomadas o consideradas óptimas.

Desde su perspectiva originaria, la teoría de la decisión no se enfoca en considerar la naturaleza de las preferencias de los individuos ni tampoco en por qué las tienen; lo único que le importa es que dichas preferencias satisfagan ciertos criterios básicos de consistencia lógica, entre los que cabe destacar por su importancia los siguientes:

- Transitividad: para todo X, Y y Z, si X es preferida estrictamente a Y, Y es preferida estrictamente a Z, entonces X será preferida a Z.
- Exhaustividad: para todo X y todo Y, o bien X es preferida a Y, o Y es preferida a X, o el individuo es indiferente a ellas.
- Asimetría: si X es preferida estrictamente a Y, Y no es preferida estrictamente a X,
- Simetría de las diferencias: para todo X e Y, si X es indiferente a Y, Y es indiferente a X.

Sin embargo, como ha sido mostrado por varios (Elster, 1994), en nuestras prácticas cotidianas es muy frecuente que rompamos dichos criterios. Esto ha llevado a que muchos autores critiquen ciertos presupuestos originarios de la teoría, en especial, el problema de la racionalidad sobre el que volveremos más adelante. Esto ha tendido a generar una escisión dentro de la teoría en dos ramas: la teoría de la decisión normativa (o prescriptiva) y la teoría de la decisión descriptiva. Esto lo podemos ver claramente cuando, dentro de la definición de la teoría, al tratar de explicar su finalidad, se haga necesaria la aclaración de que esta consiste en “explicar cómo toman o cómo deberían tomar decisiones los individuos y los grupos” (Resnik, 1998: 19).

No obstante, Resnik considera que tal distinción es artificial, ya que al decidir (o al estudiar una toma de decisiones, como en mi caso) solemos hacer uso de ambos aspectos. Opina que el problema de algunos filósofos, es que conciben seres idealmente



racionales y prescriben de acuerdo con este criterio; otra cosa sería si observaran la labor desarrollada por los trabajos realizados por los científicos sociales:

Esto se debe a que los lógicos, matemáticos y filósofos asumen normalmente que los agentes idealmente racionales pueden adquirir, guardar y procesar cantidades de información ilimitadas, que nunca comenten errores lógicos o matemáticos y que conocen todas las consecuencias lógicas de sus creencias (p. 20).

Dejando por el momento esta problemática, es importante señalar que la teoría de la decisión no ofrece criterios universales ni pretende imponer en realidad un criterio que establezca ciertos fines a perseguir como “preferibles” a otros, ya que la “teoría de la decisión individual no establece ninguna distinción –ni moral ni racional– entre fines como suicidarse, ser un sádico, ganar un millón de dólares o ser un misionero” (p. 23). Como puede entreverse (y como veremos más adelante), esta teoría no solo ofrece aplicaciones a los problemas filosóficos tradicionales, sino que contiene además sus propios problemas filosóficos.

Entrando ya un poco en tema, en la teoría de la decisión vemos que toda decisión implica la elección entre dos o más opciones que producen cada una, uno o varios resultados. Todas ellas implican tres componentes: actos, estados y resultados, donde los últimos son relativos a la combinación de los dos primeros (p. 25). Los estados deben ser mutuamente excluyentes y exhaustivos para poder realmente ser considerados como tales (p. 28).

Un punto importante sobre el cual debemos hacer énfasis es en que hay que distinguir entre decisiones correctas y decisiones racionales. Una decisión correcta es aquella que consigue el objetivo que se había planteado, aunque no se haya hecho de forma racional, mientras que una decisión racional no necesariamente alcanzará sus objetivos (p. 35). Más adelante, en este capítulo, veremos la importancia de esta relación.

Dentro de la teoría, y en nuestra vida en general, podemos ver que nos enfrentamos a tres tipos diferentes de decisiones: 1) decisiones bajo certeza, que es cuando podemos estar seguros de los resultados que producirán nuestros actos; 2) decisiones bajo riesgo, que ocurren cuando se pueden asignar probabilidades a todos los resultados de cada acto; y 3) decisiones bajo ignorancia (o incertidumbre), que se dan cuando no tiene sentido asignar probabilidades a los resultados producidos por los actos (pp. 36-37). A esta lista algunos autores suelen añadir un cuarto tipo de decisión: 4) las decisiones por inferencia estadística, que ocurren cuando se da una combinación entre las decisiones bajo ignorancia y bajo riesgo, a la luz de la evidencia experimental (Luce y Raiffa, 1985: 13).

Entre las decisiones bajo ignorancia nos encontramos con cuatro reglas de decisión: 1) la regla *maximín*, en la cual se buscan maximizar las utilidades mínimas; 2) la regla *minimax*, en la cual se buscan minimizar las máximas pérdidas; 3) la regla *pesimismo*

*optimismo*, que es en que se busca la media entre las máximas ganancias y las peores pérdidas, y se elige el acto con mayor índice de ganancias; y por último, 4) el llamado *principio de razón insuficiente*, en el cual se tratan todos los estados de resultados posibles intermedios entre los dos máximos extremos como igualmente probables y se intenta maximizar la utilidad esperada eligiendo según las probabilidades de que se obtenga un resultado positivo o uno negativo (Resnik, 1998: 56-73).

Es importante hacer aquí un par de consideraciones. Primero, se debe tomar en cuenta que, aunque las distintas reglas se consideran elecciones racionales por igual, en muchos casos aconsejan tomar decisiones muy distintas. Segundo, no hay método alguno que permita preferir una regla a otra: todas tienen buenos argumentos a favor y en contra y nunca se está del todo claro cuál de ellas es preferible. Estos dos puntos han sido sumamente importantes y han generado grandes discusiones, cómo el famoso debate Rawls-Harsanyi sobre el problema de la decisión bajo el “velo de la ignorancia”.

En este punto es necesario hacer otra distinción: cuando hablamos de decisiones es distinto cuando se trata de individuos que cuando se trata de decisiones realizadas por grupos (Joyce, 2005: 655). Cuando nos referimos a un individuo, no necesariamente estamos hablando de un sujeto único, sino de una decisión que, aunque tomada por un grupo, no deja de ser por esto unitaria; mientras que en una decisión de grupo, cada uno de los participantes juzga de un modo distinto (Resnik, 1998: 22). Es sobre esta distinción que surge la teoría de juegos. Si bien los juegos son situaciones en que la toma de decisiones incluye siempre a más de un individuo (decisiones en que cada individuo elige una acción determinada con el ánimo de promover sus propios fines), en dicha teoría se hacen decisiones individuales que parecen decisiones de grupo. Sin embargo, no lo son porque no se hace ningún esfuerzo por desarrollar ninguna línea de conducta que se aplique a todos los participantes. No deja de ser difícil distinguir si una decisión es individual o de grupo, si es un grupo decidiendo o si sus integrantes se encuentran inmersos en un juego.

### La teoría de juegos

Aunque en una serie de artículos publicados entre 1920 y 1930 el matemático estadounidense de origen húngaro John von Neumann estableció la estructura matemática de todos los desarrollos teóricos posteriores, en un sentido estricto la teoría de juegos se inicia con la publicación del libro *Theory of games and economic behavior* [Teoría de juegos y conducta económica] (1944) por parte del mismo Von Neumann y del economista Oskar Morgenstern. Es así que, puesto que desde sus inicios ha estado ligada al desarrollo de diversas ciencias empíricas (la economía principalmente, y poco después al desarrollo de estrategias militares), se le incluye en el apartado de las matemáticas aplicadas. Rapoport lo explica de la siguiente manera:

La teoría de juegos es a los juegos de estrategia lo que la teoría de la probabilidad es a los juegos de azar. Y justo como la teoría de la probabilidad trasciende por mucho su papel como la base lógica del apostar racionalmente, así la teoría de juegos trasciende su apariencia original como la base lógica de los juegos de salón (1966, p. 13).

Dicha teoría puede considerarse, pues, como aquel apartado de la teoría de la decisión que estudia las estrategias de actuación y decisión que siguen diversas personas en una situación de competitividad y conflicto, utilizando el modelo de un *juego*<sup>1</sup> sometido a reglas, en el supuesto de que cada jugador ignora las decisiones que toma el otro. Dicho en otras palabras, estudia los problemas de decisión multipersonales (Gibbons, 1992: IX), y sirve para comprender la interacción que se produce en la adopción de dichas decisiones, consideradas como *racionales*,<sup>2</sup> entre individuos con intereses opuestos y que juzgan sobre los resultados teniendo en cuenta su utilidad o provecho propio y la probabilidad de que ocurran en diversos ámbitos. Más adelante, en el próximo apartado, regresaremos al asunto de las decisiones racionales y la problemática que tal caracterización enfrenta; por el momento, nos conformaremos con mencionar que tal supuesto ha sido duramente criticado por diversos autores desde la segunda mitad del siglo XX y esto ha tenido como consecuencia el que este supuesto, que surgió como una concepción idealizada que tenía el único fin de simplificar los cálculos matemáticos, se haya tendido a abandonar en beneficio de concepciones más “realistas” de la racionalidad humana construidas con base en las investigaciones empíricas.

Volviendo al texto citado, Von Neumann y Morgenstern investigaron en él dos planteamientos distintos de la teoría de juegos. El primero de ellos es el planteamiento *estratégico* o *no cooperativo*.<sup>3</sup> Este planteamiento requiere especificar a detalle lo que los jugadores pueden y no pueden hacer durante el juego y, después, buscar cada jugador

---

<sup>1</sup> La interacción entre jugadores racionales, mutuamente conscientes, donde las decisiones de un jugador impacta en las ganancias (*payoffs*) de los demás. Un juego es descrito por sus jugadores las estrategias de cada jugador, y las ganancias de cada resultado (*outcome*). (Shor, 2005, “Game”).

<sup>2</sup> La racionalidad es una de las más comunes asunciones en la teoría de juegos. En esta forma suave, la racionalidad implica que cada jugador está motivado por maximizar su propia ganancia (*payoff*). En un sentido estricto, esto implica que cada jugador siempre maximiza sus utilidades, de este modo es posible calcular perfectamente el resultado probabilístico de cada acción (Shor, 2005, “Rationality”).

<sup>3</sup> Es aquel en el cual los jugadores son incapaces de hacer contratos “forzosos” más allá de aquellos que estén específicamente modelados en el juego. Por lo tanto, no está definido como un juego en el cual los jugadores no cooperan, sino como juegos en los cuales cualquier cooperación debe ser “auto-forzosa” (Shor, 2005, “Non-Cooperative Game”).

una *estrategia*<sup>4</sup> *óptima*. Lo que es mejor para un jugador depende de lo que los otros jugadores piensan hacer, y esto a su vez también depende de lo que ellos piensan que el primer jugador hará. Von Neumann y Morgenstern resolvieron este problema en el caso particular de juegos con dos jugadores cuyos intereses son diametralmente opuestos. A estos juegos se les llama *estrictamente competitivos* o *de suma cero*, porque cualquier *ganancia*<sup>5</sup> para un jugador siempre se equilibra exactamente por una pérdida correspondiente para el otro.

En la segunda parte del libro desarrollaron el planteamiento *coalicional* o *cooperativo*,<sup>6</sup> en el que buscaron describir la conducta óptima en juegos con muchos jugadores. Puesto que este es un problema más difícil, no es de sorprender que sus resultados fueran mucho menos precisos que los alcanzados en el caso anterior. En particular, Von Neumann y Morgenstern abandonaron todo intento de especificar estrategias óptimas para jugadores individuales. En lugar de ello se propusieron clasificar los modelos de formación de coaliciones que son consistentes con conductas racionales. La *negociación*, en cuanto a tal, no jugaban papel alguno en esta teoría. De hecho, hicieron suyo el punto de vista que había predominado entre los economistas al menos desde la época de Edgeworth, según el cual los problemas de negociación entre dos personas son inherentemente indeterminados.

A principio de los años cincuenta, en una serie de artículos muy famosa, el matemático John Nash rompió esta barrera que Von Neumann y Morgenstern se habían autoimpuesto. En el frente no cooperativo, estos parecen haber pensado que en estrategias la idea de *equilibrio*<sup>7</sup> (introducida por Cournot en 1832) no era en sí misma una noción adecuada para construir sobre ella una teoría (de aquí que se restringieran a juegos de suma cero). Sin embargo, la formulación general de Nash de la idea de equilibrio hizo ver claramente que una restricción así es innecesaria. Hoy día, la noción de *equilibrio de*

---

<sup>4</sup> Se define como un conjunto de movimientos o acciones que un jugador seguirá en un juego dado. Una estrategia debe ser completa, definiendo una acción en cada contingencia, incluyendo aquellas que pudieran no ser alcanzadas en un equilibrio (Shor, 2005, "Strategy").

<sup>5</sup> En un juego, las ganancias son números que representan la motivación de los jugadores. Pueden representar beneficio, cantidad, "utilidad" u otras medidas continuas, o pueden simplemente graduar el nivel de "deseabilidad" de los resultados (Outcome) (Shor, 2005, "Payoff").

<sup>6</sup> Es aquel en el cual los jugadores pueden hacer contratos "forzosos". Por lo cual, no se definen cómo juegos en los que efectivamente cooperan, sino como juegos en los cuales cualquier cooperación es forzada por una parte externa (Shor, 2005: "Cooperative game").

<sup>7</sup> Un equilibrio (o equilibrio de Nash), es un conjunto de estrategias, una para cada jugador, tal que ningún jugador tiene incentivo alguno para cambiar sus acciones unilateralmente. Los jugadores están en equilibrio si un cambio de estrategia por parte de cualquiera de ellos lo llevaría a ganar menos que si se mantiene con su actual estrategia (Shor, 2005: "Equilibrium").

*Nash* no es otra cosa que cuando la elección estratégica de cada jugador es la respuesta óptima a las elecciones estratégicas de los otros jugadores. Si esto ocurre de forma que todos los jugadores reciban las mayores ganancias disponibles para dicho juego, entonces se le denomina como *óptimo de Pareto*.

Sin embargo, los equilibrios también pueden conducir a resultados *subóptimos*: el *dilema del prisionero* es un ejemplo paradigmático de *dilema social*. Fue inventado por los matemáticos Merrill Flood y Melvin Dresher en 1950 con la intención de demostrarle a Nash, que el equilibrio que hoy lleva su nombre no predecía de forma correcta el comportamiento humano. Por medio de experimentos demostraron que los jugadores resultaban ser capaces de coordinarse y evitar las, a veces perversas, consecuencias de dicho equilibrio. El también matemático Albert Tucker inventó la historia de los presos cuando vio la matriz a la que habían llegado Flood y Dresher. Dicha historia reza de la siguiente forma:

Dos presos que no pueden comunicarse entre sí deben decidir si confiesan o no su delito. Si ambos confiesan la pena queda reducida a un año para ambos por colaborar con la justicia; pero si uno confiesa y el otro no, este segundo se libra de la cárcel y el peso de la ley cae sobre quien confiesa, que va tres años a la cárcel al asumir toda la culpa. Existen pruebas suficientes para condenar un par de años a los dos si ninguno confiesa (Aguilar, 2008: 206).

La matriz del dilema quedaría como sigue:

	Confesar	No confesar
Confesar	un año, 1 año	tres años, 0 años
No confesar	0 años, tres años	dos años, 2 años

Puesto que lo que más les interesa a los presos es quedar libres, ambos optarán por no confesar. Visto desde el punto de vista individual, esta es la decisión más racional, por lo cual se trata de una *estrategia dominante*:<sup>8</sup> no importa lo que haga el oponente, “no confesar” es la *mejor respuesta*<sup>9</sup> de cada jugador. Pero esto no quiere decir que dicha estrategia sea un *óptimo de Pareto*.<sup>10</sup> Además, como ambos eligen “no confesar” ambos

<sup>8</sup> Una estrategia es dominante si es estrictamente la *mejor respuesta* a cualquier estrategia que otros jugadores puedan elegir. Es la mejor respuesta, hagan lo que hagan los demás (Aguilar, 2008: 209).

<sup>9</sup> La mejor respuesta de un jugador a las estrategias de otros es aquella que le proporciona el mejor pago (Aguilar, 2008: 217).

<sup>10</sup> Llamada así por Vilfredo Pareto, es una medida de eficiencia. El resultado de un juego es un óptimo de Pareto si no hay otro resultado que haga quedar a cada jugador igual de bien o por lo menos

obtienen un *resultado*<sup>11</sup> *subóptimo*.<sup>12</sup> Claramente podemos ver como el equilibrio de Nash en ocasiones llega a consecuencias perversas: la racionalidad individual conduce a un resultado que, visto desde el punto de vista colectivo, es irracional. La forma general del dilema del prisionero es la siguiente:

	Confesar	No confesar
Confesar	A, a	B, c
No confesar	C, b	D, d

Donde el orden de preferencias del jugador de la fila es:  $C > A > D > B$ , y el del jugador de la columna:  $c > a > d > b$ . Aunque claramente lo más conveniente para ambos, actuando en conjunto, sería confesar (A, a), debido a la desconfianza en el oponente, ambos elegirán no confesar (D, d). Como lo señala Elster (1994: 163), se elige una opción por temor a ser el único que no lo hace. Como veremos, esto será de vital importancia en nuestros análisis.

### La racionalidad

¿Qué significa decir que una decisión es racional? Como ya hemos adelantado, el problema de la consideración tradicional de la racionalidad completa empleada en la versión clásica de la teoría de juegos radica en lo poco verídica que es dicha consideración cuando la comparamos con la forma en la que realmente decidimos los seres humanos. Esto ha llevado a que versiones alternativas de racionalidad surjan en la segunda mitad del siglo XX y a que sigan tratándose dichos problemas en las primeras décadas del XXI.

En la búsqueda por alternativas menos idealizadas, las versiones descriptivas de la racionalidad han ido obteniendo mucha mayor atención en las últimas décadas. La pregunta central sobre la racionalidad ha tendido a abandonar el nicho prescriptivo y a buscar cada vez con más insistencia al descriptivo, de ahí que la pregunta ya no se formule en términos de “¿cómo debe ser un acto para ser considerado racional?”, sino más bien de “¿cómo es un acto que es considerado racional?”

---

a un jugador con mejores ganancias (Shor, 2005: “Pareto optimal”). La estrategia  $S_1$  es un óptimo de Pareto si y solo si no existe una estrategia alternativa  $S_2$  tal que al menos un jugador prefiera  $S_2$  a  $S_1$  y nadie prefiera  $S_1$  a  $S_2$  (Aguilar, 2008: 217).

<sup>11</sup> Es el resultado que se obtiene de una combinación específica de las estrategias de los jugadores. Cada combinación de estrategias (una para cada jugador) es un resultado del juego. Uno de los propósitos principales de la teoría de juegos es determinar qué resultados son estables en el sentido de ser equilibrios de Nash (Shor, 2005: “Outcome”).

<sup>12</sup> La realización deliberada de una solución no cooperativa que es Pareto-inferior a algún otro conjunto de resultados obtenible por elecciones individuales de la estrategia. (Elster, 1994: 162).

En el presente apartado no pretendo dar una caracterización definitiva de lo que la racionalidad es, ya que, entre otras causas, tal labor está fuera de mi alcance debido a la abundantísima literatura publicada al respecto y a la importancia que la investigación empírica (fuera también de mi alcance) tiene en estos menesteres. Tan solo pretendo, para fines prácticos, dar una caracterización mínima, básica, no de lo que la racionalidad es en sí, sino de las mínimas características de ella que parecen haber alcanzado un nivel suficiente según los investigadores que la trabajan como para poder ser considerados en la argumentación general de este escrito. Una vez aclarado esto, entremos en materia.

¿A que nos referimos cuando nos preguntamos si un acto determinado es o no racional? Una respuesta trivial y poco informativa podría ser esta: nosotros juzgamos un acto como racional, cuando consideramos que el agente en cuestión que lo realizó tenía buenas razones para ello. ¿Pero qué queremos decir cuando usamos la expresión “tener buenas razones”? Supongamos el siguiente caso: un individuo X realiza una acción determinada Y, misma que es considerada como “racional”. Esto implica que este sujeto pudo haber elegido otras acciones que no recibirían tal título. Por ejemplo: el acto de un individuo que maneja en estado de ebriedad difícilmente sería considerado como “racional” (o al menos como plenamente racional); mientras que, en cambio, si en vez de hacerlo le confiara su transporte a otro individuo que sí estuviera en condiciones de manejar, a este segundo caso lo consideraríamos más fácilmente como un acto “racional”. ¿Por qué?

Ciertamente el resultado potencial de ambos actos parece ser muy distinto, pero esto ¿en qué forma determina la racionalidad o irracionalidad de los mismos? En el primer acto podemos prever una mayor probabilidad de un resultado negativo (un accidente automovilístico) que en el segundo, pero, para poder considerar que por esto mismo el otro acto es “preferible”, debemos añadir una premisa aparentemente obvia a este entimema: el individuo no quiere las consecuencias negativas o, por lo menos, prefiere las que no lo son. Esta premisa, aunque en apariencia obvia, no es en absoluto irrelevante, ya que añade un factor determinante al juicio sobre la racionalidad o no de un acto determinado: los fines del agente actuante.

En el ejemplo dado, a menos que se trate de un suicida, es evidente que el sujeto preferiría no tener un accidente automovilístico debido a todas las consecuencias negativas que de él se podrían desprender (y debido a que suponemos que él no desea dichas consecuencias). Si esto es cierto, podemos ver con claridad que si el sujeto decide manejar en estado de ebriedad, entonces está eligiendo una acción que no solo no lo conducirá necesariamente hacia el fin que desea (llegar sano y salvo a su casa), sino que incrementa de forma considerable las posibilidades de obtener un resultado opuesto. De manera que podemos entrever que el problema de la racionalidad deberá estar muy relacionado con el de la relación entre medios y fines: el sujeto está eligiendo un medio claramente inconsistente con su fin.

Como puede verse, para poder hacer un juicio correcto sobre la racionalidad o no de un acto, necesitamos entonces conocer dos cosas en relación con el agente actuante: 1) sus fines y 2) el efecto (por lo menos probable) de los medios elegidos para alcanzarlos. Como David Schmitz bien apunta (1995: 7), de esto se deriva una conclusión normativa: si el sujeto quiere alcanzar un fin Z, entonces debe elegir los medios que presumiblemente lo conduzcan hacia él, digamos Y. Entonces decimos que X tiene razones para elegir Y en vez de otras opciones: él cree que Y (y no las otras opciones) lo conducirá a Z.

Sin embargo, como el mismo Schmitz apunta, al parecer esta no es la única fuente de la cual surgen las razones para actuar, sino que existen otro tipo de consideraciones que parecieran chocar con aquellas establecidas de la forma medios-fines. Su argumentación se enfoca en demostrar que también pueden resultar racionales elecciones que aparentemente, en vez de obedecer a esta lógica, establecen fines en sí mismos como en el caso de los imperativos morales. No obstante, llegó a la conclusión de que dichas decisiones, a pesar de que logran trascender la racionalidad instrumental, también pueden ser explicadas en términos de premisas normativas vistas a la luz de la eficiencia medios-fines.

Siguiendo con nuestro ejemplo del conductor en estado de ebriedad, parecería una cuestión del sentido común el juzgar que es irracional conducir en ese estado debido a las posibles consecuencias, pero ¿y qué tal que él quiere tales consecuencias? ¿Qué tal que él prefiere morir antes que permitirle a otro que maneje su automóvil? En este punto es importante hacer una distinción: si bien el tener un fin nos da por sí mismo razones para actuar, esto no significa que dicho fin en sí mismo sea racional. Si los fines elegidos son o no racionales es otro asunto. Lo importante por el momento es que quede claramente establecido que el tener un fin, sin importar cómo lo hayamos adquirido, nos da razones para actuar de un determinado modo.

Entonces, ¿a qué nos referimos cuando llamamos a una decisión “racional”? En opinión de Allan Gibbard (1990: 6-7), el llamar a algo “racional” es simplemente el aprobarlo, el expresar nuestra aceptación por las normas que lo permiten. Sin embargo, Schmitz demuestra que tal concepción es insuficiente, ya que resulta posible el usar una norma como base para aceptar una acción sin en realidad aceptar la norma misma; dicho de otra forma: podemos considerar una acción como “racional” sin necesariamente aprobarla (en un sentido fuerte) con ello. Por ejemplo, yo podría decir que el exterminio de judíos en los campos de concentración nazis fue una acción racional porque se trataba de un medio efectivo de alcanzar un fin (la aniquilación, en la medida de lo posible, del pueblo judío), pero eso no significa en absoluto que yo apruebe tal acción o que esté de acuerdo con tal fin (o que lo considere racional).

De la misma manera, puedo aceptar una norma sin con ello llamarla “racional”. Es por ello que, si bien Schmitz acepta que Gibbard tiene razón en cierto sentido –ya que el llamar a algo “racional” es, en cierto sentido muy particular y no en general, una for-



ma de aprobarlo— no se puede afirmar que el aprobar y el llamar a algo “racional” sean coextensivos. Cuando llamamos a una decisión “racional”, en parte estamos expresando esta aprobación (que a veces puede ser muy débil, como en el caso de los nazis, donde tan solo se expresa esa “aprobación” en relación con sus fines), pero también, en parte, estamos describiendo dicha decisión. La pregunta de fondo es si tal elección es correcta o no: cuando nos preguntamos si una elección es o no racional, por lo general no nos preguntamos por el significado del término “racional”, no nos preguntamos si el llamarla racional significa aceptarla (eso lo presuponemos), la pregunta es si tal aceptación *respalda* nuestra confianza en ella.

La idea de Schmitz es que el llamar a algo “racional” no es simplemente el aprobarlo, sino el creer que tenemos buenas razones para hacerlo, es decir, el creer que ese algo *respalda* nuestra aprobación. Como mencionábamos en el ejemplo de los nazis, llamamos “racional” a su decisión de aniquilar a cientos de judíos por el hecho de que consideramos que tal elección servía a sus fines. Hasta aquí, entonces, podemos ver que contamos con tres criterios para llamar a una decisión “racional”: 1) la aprobamos, 2) tenemos razones para aprobarla y 3) tenemos la razón de aprobarla porque creemos que servirá a los fines de quien toma la decisión (p. 12).

Pero aquí se plantea otra cuestión: las decisiones de todo agente se encuentran basadas en lo que él cree. En opinión de Schmitz, la elección racional (por lo menos en un sentido práctico) consiste en tomar decisiones con base en lo que uno cree, de manera que el ser racional se encontraría relacionado íntimamente con el buscar medios efectivos para nuestros fines, dadas nuestras creencias (p. 13). Pero si el problema de raíz se encuentra en si nuestras creencias son racionales o no, entonces pareciera que la eficacia de nuestros medios elegidos con base en un fin no sería nuestro *respaldo* de la confianza que depositamos en una acción cuando le atribuimos el calificativo de “racional”. Sobre esta línea se conducen los argumentos de Nicholson (1992) quien aboga por una expansión del concepto de teoría de juegos en este sentido.

Pero este no es necesariamente el caso, ya que nuestras creencias también dependen, en parte, de nuestras elecciones previas (como, por ejemplo, cuando tratamos de justificarlas a los ojos de los demás). De ahí que sea tan importante ocuparse de la racionalidad misma del sistema por medio del cual se forman nuestras creencias a través de las mismas elecciones. Schmitz lo explica de la siguiente manera:

la racionalidad práctica procede de cualquier creencia que una persona tiene, y así la racionalidad epistémica de las creencias como entradas en las elecciones es un asunto periférico aquí. De cualquier forma, no necesitamos distinguir entre creencias (como entradas en las elecciones) y cambios en las creencias (como salidas de las decisiones). La racionalidad epistémica de nuestras creencias como salidas de nuestras elecciones es una preocupación central (p. 14).

De aquí se desprenden dos de los principales puntos que pretendo tratar en el presente escrito: 1) la modificación de las creencias de los agentes, conforme avanzan las discusiones y, sobre todo, aparece nueva información a considerar; y 2) la influencia que las elecciones previas (no necesariamente de quienes toman la decisión) tienen en la estructura de creencias de un agente y cómo esto influye en sus elecciones posteriores.

Entonces, en resumen, una elección es racional si sirve a los fines del agente, asumiendo que él es consciente de cómo esto sirve a sus fines y realiza su elección con base en dicha conciencia. La eficacia medios-fines será entonces una *condición de apoyo* para la elección racional que se considerará como suficiente en ausencia de evidencia que se le oponga (p. 15). Dicho en otras palabras, la evidencia de que una elección servirá a los fines de quien la realiza garantiza nuestra aprobación (al considerarla “racional”) en ausencia de evidencia que indique lo contrario.

Pero aún queda otro asunto por tratar. Schmitz nos llama a distinguir entre lo que sería tener garantizada una aprobación en un sentido objetivo y lo que sería tenerla en un sentido subjetivo (p.16). Nosotros podemos secundar una elección porque consideramos que, con base en la información con que cuenta el agente que elige, todo indica que será un medio efectivo para alcanzar sus fines. Pero, ¿y si estamos equivocados? ¿Si el agente no alcanza sus fines, podemos seguir diciendo que su elección de los medios fue racional? Sí. Es racional si la estrategia que elija se encuentra subjetivamente justificada, aunque hay que aclarar un punto: esto no significa que el resultado objetivo sea superfluo y que podamos prescindir de él. No, los resultados objetivos nos proveen de estándares para juzgar adecuadamente las elecciones sin los cuales no tendrían sentido las justificaciones subjetivas. En opinión de Schmitz, no está implicada en esto una distinción entre racionalidad subjetiva y racionalidad objetiva, sino una distinción entre la justificación subjetiva que podemos tener al elegir determinados medios y el éxito objetivo que podemos tener al alcanzar nuestros fines (p. 18).

De ahí que cuando Elster habla de la *teoría de la elección racional*, no entiende por esta una teoría que nos dice concretamente qué elegir, sino que tan solo nos indica que un acto es racional cuando se encuentra muy bien calculado y es coherente con los deseos que buscamos alcanzar. Como ya dijimos, la *acción racional* busca satisfacer los deseos basados en creencias de un agente; esto significa para él: 1) hallar la mejor acción para creencias y deseos dados, 2) formar la creencia mejor fundada para una prueba dada y 3) acumular la cantidad atinada de pruebas para deseos dados y creencias previas (1999: 13).

No obstante, otro error del cual nos advierte Schmitz es el de tomar los fines como inmutables (o, por lo mismo, creer que algunos de ellos son objetivamente preferibles a otros sin tomar en cuenta las preferencias del agente). En el transcurso de una decisión sobre medios, es posible que nuestros fines se vean alterados. De hecho, es posible incluso que no dispongamos de medios de entre los cuales elegir hasta que hayamos

tomado algunas decisiones. Es así que nos urge a adoptar una concepción *dinámica* de la racionalidad en vez de una estática, ya que, en cierto sentido, “crecemos” dentro de nuestras elecciones (1995: 19).

Por la misma razón que no podemos considerar a un fin como objetivamente mejor que otro, tampoco podemos considerar que una estrategia pueda ser equiparada con “ser racional”. Una estrategia consiste en algún comportamiento que adoptamos con miras a un fin y, puesto que no podemos saber de antemano si tal estrategia tendrá éxito o no, ya que es un asunto contingente que solo se develará cuando tengamos un resultado objetivo, no podemos considerar que una estrategia determinada represente el modelo de la racionalidad. Por ello Schmidtz rechaza la visión tradicional (principalmente defendida por Harsanyi) de equiparar la racionalidad con la *maximización de la utilidad esperada*: esta simplemente es una estrategia que puede o no alcanzar los fines pretendidos. De hecho afirma, junto con Elster (1999), que hay ocasiones en las que elegir tal estrategia sería irracional.

Aunque típicamente se considera el ser racional como el sopesar los costos y los beneficios de un acto, esta actividad en sí misma implica costos y beneficios y, en ocasiones, nos podemos enfrentar a decisiones en las cuales no vale la pena pagar tales costos. De manera que, si bien podemos afirmar que la elección racional esencialmente consiste en un razonamiento de la forma medios-fines, buscando elegir medios efectivos para nuestros fines, tenemos que aceptar que hay límites pasando los cuales, por más paradójico que parezca, sería irracional ser racional, ya que hacer tal sería contraproducente para nuestros fines mismos. Este es uno de los puntos de Elster en *Ulysses and the Sirens* (1977), cuando muestra cómo podemos encontrar situaciones en las cuales es racional el limitar nuestro propio actuar racional e, incluso, nuestra misma libertad de elección.

Sin embargo, tratamos de ser racionales porque, por lo general, esto sirve a nuestros fines. Siempre tenemos razones para buscar medios efectivos para nuestros fines, aunque no siempre tengamos razón en emplear el razonamiento fines-medios en sí mismo, puesto que hacerlo no nos garantiza por completo que nos permitirá alcanzar nuestros fines. De esto se desprende que la racionalidad no siempre nos aconsejará ser estratégicos o calculadores o temperantes.

No obstante, si bien no podemos equiparar una estrategia determinada con “la racionalidad”, sí podemos decir algunas palabras sobre los dos tipos principales de estrategias que podemos encontrar en las diversas concepciones de la teoría de juegos. Hemos dicho, en muy pocas palabras y de una forma simple, que la racionalidad tiene que ver con elegir los medios apropiados para alcanzar un fin. Para realizar dicha elección se pueden seguir dos estrategias considerablemente diferentes: 1) la *optimización*, que consiste en elegir el mejor medio para alcanzar nuestro fin; y 2) la *satisfacción*, en la cual se elige al primer medio que se considera lo suficientemente bueno como para permitirnos alcanzar dicho fin (Byron, 1998).

Esta distinción es fundamental, ya que si bien la *optimización* presupone que el agente conoce todas las opciones y tiene todas las capacidades, los conocimientos y el tiempo para juzgarlas correctamente (a menos que las opciones posibles representen un conjunto muy pequeño), la *satisfacción* –propuesta originalmente por Simon (1955)–, no le exige tanto. De ahí que en este texto preferiremos la segunda (por lo menos en el nivel individual) por implicar una noción de *agente racional* menos idealizada que la primera y porque, si no lo hiciera, entonces los agentes ordinariamente racionales tendrían que invertir por lo general tanto tiempo y esfuerzo en cada decisión que, como mencionamos, tal procedimiento resultaría ser irracional. Hay que tomar en cuenta que es precisamente de esta distinción entre los tipos de racionalidad que presuponen ambas estrategias que surge la distinción entre la *racionalidad completa* y lo que suele denominarse la *bounded rationality* propuesta por Simon.

Siguiendo a Elster (1983), Schmitz distingue dos tipos de optimización: la *local* y la *global*. La segunda es la que nos importa, pues aunque ciertos intereses locales pueden chocar entre sí, nunca podrán hacerlo con nuestros intereses globales. Estos segundos se encontrarían compuestos por nuestras finalidades últimas en un sentido de totalidad. Por ejemplo: uno puede tener el interés local de titularse en un posgrado, pero no puede perseguir ese interés hasta el extremo de que termine arruinando su vida (o, al menos, de dañarla considerablemente o de descuidar otros aspectos que pudieran representar un interés superior). Así, en el fondo, lo que hacemos al elegir la estrategia de la *satisfacción* por encima de la estrategia de la *optimización*, es el *satisfacer* en el nivel *local* para poder *optimizar* en el nivel *global*, ya que conformarnos con simplemente *satisfacer* en este segundo aspecto sería absurdo.

En condiciones normales, nos dice Schmitz, para poder decidir empleamos una combinación de heurísticas, tales como: 1) seccionamos nuestras actividades para reducir su alcance en cualquier problema particular de *optimización* hasta el punto en que nuestro conocimiento limitado se vuelve suficiente para identificar una solución óptima; 2) aceptamos límites auto-impuestos por la misma razón que lo hacemos para evitar que las actividades particulares se impongan a aquellas que son más importantes; y 3) satisfacemos, lo cual tiene el efecto de cerrar las secciones tan pronto como han servido al propósito por el cual fueron creadas (p. 53).

Sin embargo, aquí nos vemos forzados a plantear una nueva pregunta: ¿es suficiente con esto? Tomando en cuenta que nuestra intención en el próximo capítulo es analizar la toma de decisiones durante la crisis de los misiles cubanos: ¿es suficiente con tomar una decisión *satisfactoria* en un asunto que, de tomar la decisión incorrecta, podría acabar con la especie humana y con la vida en el planeta? La misma formulación de la pregunta nos indica la respuesta: evidentemente no. Un asunto de tal magnitud difícilmente podría considerarse como un interés local. De hecho es todo un reto a la imaginación el encontrar un interés más global que este.

Como Simon bien lo hace ver, hay límites para la mente humana. Nuestra mente, al no ser capaz de comprender la totalidad de los fenómenos que nos rodean, crea su propia versión simplificada del mundo. Esto nos permite desempeñarnos de forma exitosa la mayoría de las veces, pero hay ocasiones en las cuales nos puede guiar a resultados desastrosos. Richards Heuer lo explica de la siguiente manera:

Este proceso podría ser visualizado como percibir el mundo a través de unos lentes o una pantalla que canalizan y enfocan y, de este modo, pueden distorsionar las imágenes que son vistas. Para adquirir la imagen más clara posible de China, por ejemplo, los analistas necesitan algo más que información sobre China. También necesitan comprender sus propios lentes al través de los cuales pasa esta información. Estos lentes son conocidos de muchas formas –modelos mentales, mentalidades, sesgos o asunciones analíticas (Heuer, 1999: 4).

El problema, en pocas palabras, podría resumirse de la siguiente manera: nos enfrentamos ante una decisión de una gran importancia y, lo que decidamos, dependerá en gran medida de la interpretación que hagamos de los hechos a los que nos toque hacer frente. Pero lo que percibimos se encuentra “contaminado” por nuestras “experiencias pasadas, educación, valores culturales, requisitos de rol, y normas organizacionales, así como por las características de la información recibida” (p. 4). Esto es lo que demostró Allison en su clásico libro: *The essence of decision* (1971), al mostrar cómo tres alternativas asunciones sobre la forma en la que los gobiernos trabajan (el modelo del actor racional, el modelo del proceso organizacional y el modelo de la burocracia política) terminan conduciendo a tres diferentes conclusiones.

En un caso como el que pretendemos analizar, como resulta evidente, es indispensable el buscar la manera de superar (en la medida de lo posible) dichas limitaciones. Al ser imposible escaparse a este fenómeno, el problema radica en encontrar la manera en que “la mente se mantenga abierta a interpretaciones alternativas dentro de un mundo que cambia rápidamente” (p. 5).

No pretendo resolver en forma definitiva el problema del por qué se tomó la decisión de llevar a cabo el bloqueo, tan solo quiero mostrar, con base en las afirmaciones hechas por los propios actores, cuáles eran sus visiones sobre el problema –en particular, Kennedy– hasta llegar al momento en el cual solo quedaron dos opciones, contrastarlas y defender la tesis de que, durante las discusiones, se llevó a cabo un procedimiento adecuado (de acuerdo con ciertas limitaciones) que permitió un proceso aceptablemente racional que, por lo menos en gran medida, logró evitar el desastre. Dicho en pocas palabras, mi criterio de evaluación no será el analizar si tal o cual participante actuó de forma racional dentro de las discusiones en miras a la búsqueda de la solución óptima; no, en esa perspectiva individual debería considerarse el criterio de *satisfacción* en vez del de *optimización*, lo que pretendo es revisar si la dinámica misma de las discusiones

podría ser considerada como una dinámica correcta según los parámetros de Heuer, y si la decisión de Kennedy de establecerla de ese modo sería apreciada entonces como una decisión racional.

### ¿Puede ser estudiada una crisis internacional desde la perspectiva de racionalidad de la teoría de juegos?

Por su propia naturaleza las crisis internacionales representan una desviación del patrón de comportamiento ordinario internacional. Son excepciones y en parte por eso se presentan serios problemas a los presupuestos de racionalidad. Uno de los más significativos es el que, durante una crisis (que es cuando más se necesita de ella), en ocasiones no se encuentre tan fácilmente la *decisión racional*.

Según Nicholson (1992: 121), una crisis implica cinco factores. Los tres primeros son las características que la definen, mientras que los dos restantes, si bien son contingentes, se encuentran siempre presentes:

1. La crisis trata de asuntos muy importantes (como la guerra y la paz).
2. Hay un grado anormal de incertidumbre acerca del resultado de la crisis (con una significativa posibilidad de un resultado desastroso).
3. La crisis ocurre durante un periodo de tiempo relativamente corto.
4. Hay un flujo anormalmente grande de información dentro del sistema.
5. Los que toman las decisiones trabajan bajo un elevado grado de presión (mucho más elevado de lo ordinario).

Por lo general la solución deseada por los participantes es la pacífica, la que permita el regreso al *status quo ante*. El desastre es algo anormal por definición: la normalidad implica posibilidades moderadas de pequeñas pérdidas, mientras que una crisis implica altas posibilidades de obtener grandes pérdidas.

Como vimos en el apartado anterior, para Elster la *teoría de la decisión racional* nos indica que la *acción racional* busca satisfacer los deseos basados en creencias de un agente que busca: 1) hallar la mejor acción para creencias y deseos dados, 2) formar la creencia mejor fundada para una prueba dada y 3) acumular la cantidad atinada de pruebas para deseos dados y creencias previas, esto no siempre resulta posible debido a las características propias de una crisis, las cuales nos muestran que la toma de decisiones en esos momentos es realmente diferente.

Independientemente de esto, existen otras dificultades. Una de las más importantes es la de que el grupo encargado de dar solución a una crisis suele ser un grupo reducido que tiende a la homogeneidad (Brecher, Wikenfeld y Moser, 1988). A pesar de que esto suele ser conveniente desde el punto de vista de la característica 3, puede generar problemas si tomamos en cuenta lo importante que es el no tener una visión

demasiado unilateral ante problemas de la complejidad inherente a una situación como esta (representada en parte por las características 1, 2 y 4). Por lo general, lo idóneo es encontrar un balance apropiado entre ambos puntos.

Por si fuera poco, en lo que al punto 5 se refiere, Nicholson (1992: 127-133) muestra que, si bien parece haber una especie de “selección indirecta de tomadores de decisiones efectivos” dentro de la política (debido a que aquel que no es capaz de manejar el estrés no suele llegar muy alto en el escalafón), no hay ninguna garantía de que dicha capacidad se mantenga de forma constante o de que la exposición constante al estrés no cause severas consecuencias físicas y psicológicas a los “tomadores de decisiones”.

A lo anterior habría que sumar aún otro fenómeno que suele estar muy relacionado con la homogeneización de los grupos pequeños que toman decisiones: lo que Irving Janis (1982) denomina *groupthink*. De acuerdo con Janis, hay ciertos factores que afectan la racionalidad de las decisiones que se toman dentro de un grupo, principalmente la búsqueda de aprobación por parte de los colegas que desemboca en una búsqueda precoz de lograr un acuerdo, la cual incrementa los riesgos de tomar una decisión incorrecta. Johnson (2004) encontró un comportamiento similar en los grupos, pero él lo atribuyó a una especie de instinto de “exceso de confianza” programado filogenéticamente en nosotros por la evolución.

Sobre el asunto de los instintos se podría reabrir otro frente de batalla en contra de la concepción de racionalidad en los conflictos militares: el de la “naturaleza mala” del hombre. Han sido muchos los estudiosos que durante la segunda mitad siglo XX y lo que va del XXI han defendido la existencia de cargas instintivas que conducen a los hombres hacia la violencia de unos contra otros (Wright, 2005; Ghiglieri, 2005). Como Gat (2006: 6) lo muestra, hay numerosas pruebas a favor de esta afirmación que encontramos principalmente en tres tipos de estudios: 1) el estudio empírico de la agresión animal y la comparación con el hombre (Goodall, 1986; Bygott, 1973; Itani, 1982; De Waal, 1996; Wrangham y Peterson, 1977); 2) la evidencia empírica de luchas y agresiones entre los cazadores-recolectores (Kelley, 1995; Keeley, 1996); y 3) una explicación desde la perspectiva general de la teoría de la evolución.

Entonces, en definitiva, ¿puede ser estudiada la crisis de los misiles cubanos desde la perspectiva de racionalidad de la teoría de juegos? Sí. La crisis de los misiles cubanos, a pesar de cumplir con las características mencionadas, fue una crisis que por la forma en que se manejó creó un modelo de estudio para las crisis internacionales. Si bien sería erróneo afirmar que las decisiones tomadas por completo de acuerdo con la *teoría de la elección racional*, su manejo fue considerablemente más racional que el de las crisis precedentes (tómese, por ejemplo, la crisis de Bahía de Cochinos).

Con todo, la toma de decisiones dentro de esta crisis ha sido considerada como un éxito, y se debe al parecer a la influencia que Kennedy tuvo del libro de Barbara Tuchman: *The guns of August*, puesto que ayudó a que no se cayera en los peligros de

la respuesta rápida ni en los del *groupthink* (Nicholson: 136). Kennedy promovió desde un inicio la discusión dentro del grupo para provocar la aparición de un abanico de alternativas más amplio y así tomar una mejor decisión. Gracias a ello logró, en gran medida, evitar las inmediatas respuestas emocionales a favor de un proceso más tranquilo y racional.

Ahora bien, como lo plantean Crozier y Friedberg (1977), existieron muchos factores externos a cualquier tipo de racionalidad que influyeron poderosamente en los resultados obtenidos al final de la crisis de los misiles cubanos. Como lo he dejado ver, no es mi intención aquí el afirmar algo tan absurdo como que las decisiones dentro de ella fueron completamente racionales, sin la influencia de otros factores; pero también es importante mencionar que gran parte de los argumentos esgrimidos para oponerse al análisis racional de la crisis, al igual que algunos expuestos por Nicholson en ese mismo sentido, se basan en suposiciones que en algunas ocasiones han sido contradichas por la evidencia posteriormente publicada (May y Zelikow, 1997).

Si bien nos vemos forzados a aceptar que esto representa un problema y complica sobremanera el análisis, podríamos sortear tales dificultades (o por lo menos hacer el análisis posible) eligiendo como modelo de estrategia la *satisfacción* en vez de la *optimización* (como ya hemos dicho que planeamos hacer). Para ello aclaramos que la propuesta de Elster no presupone la segunda y aclarando que debemos tomar en cuenta todas las limitaciones a las que se enfrenta una decisión en dichas circunstancias, tal y como se presupone en las teorías de la *bounded rationality*.

Asimismo, es importante hacer otro señalamiento. El que se acepte que los seres humanos tenemos poderosos instintos que nos empujan en ciertas circunstancias hacia la violencia, no implica que esa sea la causa de las guerras. Como Fry (2007) bien lo apunta, no hay que confundir la violencia individual con lo que en realidad es una guerra. Del mismo modo no hay que caer en el error de creer que nuestros instintos nos determinan por completo como si fuéramos “robots dirigidos por la genética” (Ghiglieri, 2005: 78); o que esto significa que estamos condenados genéticamente hacer la guerra de forma automática y, por ende, irracional. Como Freud se lo explicó a Einstein en su famosa carta *Why War?*, los instintos no son la causa de la guerra, sino los conflictos reales entre grupos que, al no tener una ley internacional aplicable, se resuelven por medio de la violencia; los instintos, a lo sumo, facilitan la disposición de las personas para ir a la guerra (Fromm, 2009: 215).

Sin embargo, además de las objeciones hasta aquí presentadas, hay que mostrar otras, de carácter formal, que también han tenido lugar en las discusiones al respecto. Algunos autores, como Graham Allison en su clásico libro *Essence of decision* (1971), consideran que la crisis de los misiles cubanos, con independencia del problema de la racionalidad, no puede ser explicada de forma satisfactoria en términos de la teoría de juegos. Sobre este punto, Dixit y Skeath (2004: 482) han demostrado que el error



de autores como él es haber intentado explicar la crisis como si se tratara de un *juego de dos personas*, siendo que en realidad es un complejo *juego de muchas personas* con alineamientos en dos grandes coaliciones dentro de las cuales se juegan otros juegos. Otra diferencia entre el estudio de la crisis que presenta Allison en su libro y el que nosotros pretendemos presentar, es que él hace uso de la teoría de juegos desde el presupuesto de un único agente, completamente racional, sin contar con la evidencia directa de las discusiones (que aún no se encontraba disponible).

Si bien lo hasta aquí dicho complica aún más el estudio de la crisis, ya que en ninguno de los dos bandos en disputa se cuenta con una visión única, este es un punto favorable en dirección de crear las condiciones para una efectiva toma de decisiones racional. Sin embargo, también trae consigo otro tipo de complicaciones que de hecho ocurrieron y estuvieron a punto de cambiar el rumbo de los acontecimientos: los errores de información y comunicación en ambas cadenas de mando.

No obstante lo anterior, hay que matizar la respuesta antes dada. La crisis se puede estudiar desde la teoría de juegos pero, como lo hemos dicho y como bien lo señala Allison, difícilmente se podrían encontrar explicaciones útiles desde la visión tradicional de la *racionalidad completa* (a menos que estas sean demasiado generales). Los problemas que enfrenta el análisis, a pesar de las características peculiares que presentó dicha crisis, pondrían en jaque por sí mismos la idea tradicional de *racionalidad completa* de dicha teoría en su versión clásica. Nicholson (p. 138) nos dice que habría tres dificultades que quedan sin solución:

1. Muchos juegos de suma variable no tienen soluciones en ningún sentido normal de la teoría de juegos.
2. En algunas ocasiones, aunque los juegos tengan solución, esta es obviamente inadecuada (como en el dilema del prisionero).
3. El concepto estándar de decisión racional asume una mayor claridad de propósito que la que ocurre en una verdadera toma de decisiones.

No obstante estas limitaciones, reconoce que la teoría de juegos es un aproximamiento muy útil debido a que ayuda a representar diferentes formas de conflictos y es una base útil desde la cual se pueden desarrollar teorías de conflictos más amplios que involucren a seres humanos complejos (p. 139). Además, si de esto, tomamos en cuenta las consideraciones y limitaciones expuestas en el apartado anterior, podemos ver que una explicación descriptiva de la toma de decisiones durante la crisis (o por lo menos una parte de ella) es posible haciendo uso de las herramientas que la teoría de juegos nos ofrece.

Dicho en otros términos, si limitamos el concepto *teoría de juegos* al simple cálculo que presupone la *racionalidad completa*, entonces la teoría no solo pierde fuerza, sino que

se vuelve irrelevante y poco realista. Pero si la entendemos en un sentido mucho más general, de manera que se abandone en cierto sentido el criterio completamente racional de acción y nos introduzcamos al mundo de las creencias racionales como *outputs*, entonces –aunque un juego no tenga solución– la razón seguirá siendo relevante (o, dicho de otra forma, se puede hacer un análisis racional de acciones que de hecho son irracionales) o, por lo menos, podremos arrojar luz que nos permita entender un poco más el proceso mediante el cual se tomó la decisión de llevar a cabo el bloqueo.

Lo racional en una crisis sería el tratar de evitarla, así como operar tan efectivamente como podamos en ella. La racionalidad nos indicaría que, cuando no hay solución para un juego (como veremos en el juego de la gallina), tenemos que buscar otras alternativas (como, por ejemplo, elegir no jugar el juego). Todo esto implica, como mencionamos, el extender un poco el concepto de *teoría de juegos* y entender la “racionalidad” en un sentido muy particular.

### Conflicto y teoría de juegos

Básicamente, hablando en general, existen tres tipos de juegos: los de habilidad, los de suerte y los de estrategia. La teoría de juegos se ocupa únicamente del tercer tipo. Puesto que en un conflicto intervienen intereses opuestos (aunque no siempre irreconciliables), la teoría de juegos es la idónea para estudiarlos desde un punto de vista *estratégico*.

Según Schelling (1980: 3), podemos estar interesados en estudiar la estrategia del conflicto por al menos tres razones: 1) estamos involucrados nosotros mismos en un conflicto; 2) queremos entender cómo se conducen en realidad los participantes en situaciones conflictivas; y 3) queremos controlar o influenciar el comportamiento de otros dentro de un conflicto. Es la segunda de estas opciones la que le interesa directamente a la tesis que presento.

A diferencia de cuando un conflicto armado ya ha estallado y es una guerra de exterminio, en la mayoría de los conflictos internacionales hay tanto oposiciones como interdependencias. Esto tiene como consecuencia que la inmensa mayoría de los juegos que ellos representan sean *juegos de suma variable* (en oposición a lo que Clausewitz señala que ocurre dentro de un conflicto armado en el cual existe una *polaridad* entre los enemigos y, por lo tanto, un *juego de suma cero*).<sup>13</sup> Si existe aunque sea una posibilidad de prevenir el daño mutuo que representa una guerra (o de conducirla de manera que se minimicen los daños) o de coaccionar a un adversario amenazándolo con la posibilidad

---

<sup>13</sup> Un *juego de suma cero* es un juego donde la suma de los pagos de todos los jugadores es igual a cero para cualquier configuración de sus opciones estratégicas (Dixit y Skeath, 2004: 646). Es decir, que las ganancias de unos se equilibran con las pérdidas de otros. Un *juego de suma variable* (o de suma no-cero) será, entonces, aquel en el que el resultado de la suma entre ganancias y pérdidas sea diferente a cero.

de la guerra, entonces existe la posibilidad de alcanzar un mutuo acomodo dentro del conflicto. La *estrategia* en este sentido se refiere a la *explotación de la fuerza potencial* (Schelling, 1980: 5). La consecuencia de esto es que la mayoría de las situaciones de conflicto son en realidad situaciones de negociación, ya que en ellas suele haber poderosos intereses comunes para alcanzar un resultado que no sea enormemente destructivo para ambas partes.

Haciendo un breve paréntesis, podemos ver con claridad cómo en este punto encontramos una asombrosa coincidencia entre esta visión de la estrategia y la que en el primer capítulo habíamos explicado dentro del pensamiento de Clausewitz: la *táctica*, correspondiente al ámbito militar por medio del principio regulatorio de la *guerra absoluta*, correspondería a un *juego de suma cero* o *estrictamente competitivo*; mientras que la *estrategia*, perteneciente al ámbito de la política, representaría un *juego de suma variable* que, por lo tanto, se encuentra abierto a la *negociación*. Ahora es claro el por qué Aron (1999) lo considera, a pesar de que Clausewitz afirma tajantemente que es imposible hacer un cálculo matemático del fenómeno de la guerra debido a su complejidad y a la visión romántica que tenía del “genio” conductor en ella y del papel fundamental del azar en la incertidumbre), como a uno de los pensadores que entrevistaron los marcos formales de la teoría de juegos.

Continuando la explicación, a partir de los años cincuenta la idea de *disuasión* (*deterrence*) comenzó a despertar un enorme interés y, como consecuencia de ello, tuvo una enorme evolución. Esto se debió sobre todo a lo enormemente costosa (no solo en términos económicos) que resultaría ahora una guerra, a causa del armamento nuclear. Entendida desde la teoría de juegos, la *disuasión* es “un intento por inducir al otro jugador a actuar manteniendo el *status quo*” (Dixit y Skeath, 2004: 314). Esto significa que la *disuasión* se ocupa de la *explotación de la fuerza potencial* y, por lo tanto, en los conflictos internacionales, es un “habilitoso no-uso de las fuerzas militares” (Schelling, 1980: 9).

Para poder aplicar la *disuasión*, es necesario que la situación de conflicto no sea solo de puro antagonismo ni de meros intereses comunes, sino que existan ambos entre las partes en conflicto.<sup>14</sup> Lo que intenta hacer esta estrategia es influenciar las opciones que la otra parte elegirá tratando de influenciar sus expectativas sobre cómo se va a comportar; significa que se le confronta con evidencia que le haga creer que nuestro comportamiento será determinado por el suyo. Esto es lo que se suele llamar *amenaza* (*threat*). La *amenaza* es una acción cometida por un jugador, digamos A, en el escenario de un pre-juego, estableciendo una *regla de respuesta*,<sup>15</sup> esto es, si el jugador B elige una

---

<sup>14</sup> El ejemplo clásico de esto es el de un grupo de enemigos que se encuentran a la deriva en un mismo bote: si se quieren salvar, entonces deben cooperar.

<sup>15</sup> Una regla que especifica cómo se debe actuar en respuesta a varias acciones de los otros jugadores (Dixit y Skeath, 2004: 643).

acción especificada por A, entonces A responderá con una acción especificada que es dañina tanto para B (le da un *pago* menor) como para A.<sup>16</sup>

Como dijimos, la *amenaza* es una *regla de respuesta* y la acción amenazada infringe un costo en ambos –el jugador amenazado y el que hace la amenaza–, de manera que si la amenaza cumple su cometido, evita que esa determinada acción se lleve a cabo. Sin embargo, puede haber errores, es decir, que la amenaza puede no alcanzar su cometido o la acción amenazada puede ocurrir por accidente. Esto último hace que el empleo de esta estrategia sea muy arriesgado y, por lo tanto, que resulte conveniente hacer uso de la más pequeña amenaza posible, pero siempre y cuando esta sea efectiva. Para funcionar, la amenaza debe ser *creíble*<sup>17</sup> (es decir, no ser exagerada) y debe establecer un *límite (deadline)* claro y preciso, de lo contrario el amenazado puede fácilmente moverlo a su conveniencia, retrasar indefinidamente las consecuencias y con ello ganar el juego.

Las acciones tomadas por los jugadores para arreglar las reglas de un juego posterior se conocen como *movimientos estratégicos*. Estos primeros movimientos deben ser *observables*<sup>18</sup> e *irreversibles*<sup>19</sup> para poder ser verdaderos primeros movimientos y, como hemos dicho, deben ser creíbles si quieren alcanzar el efecto deseado: alterar el equilibrio en el *resultado (outcome)* de un juego. El *compromiso*<sup>20</sup> es un primer movimiento incondicional que se usa para obtener una ventaja de primer movimiento cuando esta existe. Los primeros movimientos condicionados, tales como las *amenazas* y las *promesas*, son *reglas de respuesta* diseñadas para *disuadir* las acciones del rival y preservar el *status quo* u obligarlo con sus acciones a alterarlo. Las *amenazas* entrañan la posibilidad del mutuo daño, pero no cuestan nada si funcionan; aquellas que solo crean el riesgo de un mal resultado caen bajo la clasificación: *brinkmanship*.

Específicamente, hemos de entender por *brinkmanship* una amenaza que crea riesgo pero no certeza de un mal resultado mutuo si el otro jugador desafía el deseo especificado sobre cómo él debería actuar; y entonces gradualmente se incrementa este riesgo hasta que uno de los jugadores se rinde o el mal resultado ocurre. Al ser una estrategia más cautelosa que la amenaza ordinaria (debido al incremento gradual del riesgo), esta suele ser la forma en la que se emplea la amenaza en las relaciones internacionales, es

---

<sup>16</sup> Para que esto sea posible, A debe tener la habilidad de ser el segundo en mover en el juego.

<sup>17</sup> Una estrategia es creíble si su continuación en todos los nodos, dentro o fuera del camino del equilibrio, es óptimo para el subjuego que comienza en ese nodo (Dixit y Skeath, 2004: 633).

<sup>18</sup> Una acción es *observable* cuando el otro jugador sabe que la has llevado a cabo antes de él responder con otra acción. Junto con la *irreversibilidad*, es una importante condición para que un juego sea de movimientos secuenciales (Dixit y Skeath, 2004: 640).

<sup>19</sup> Una acción es irreversible cuando no puede ser deshecha por una acción posterior.

<sup>20</sup> Es una acción hecha en el escenario de un prejuego, estableciendo que acción se tomará incondicionalmente en el juego siguiente (Dixit y Skeath, 2004: 313).

decir, como una *amenaza probabilística* (Dixit y Skeath, 2004: 487-496), ya que una amenaza tajante sería no solo muy arriesgada, sino también poco creíble.

En términos generales, toda amenaza es una versión del *juego de la gallina* (*chicken game*).<sup>21</sup> Tal y como lo jugaban los jóvenes en los cincuenta consiste en lo siguiente: se traza una larga línea blanca en una carretera, de forma que dos coches se precipitan el uno contra el otro sin dejar de pisar la línea; el jugador que se asuste primero, “el gallina”, se separará de la línea blanca y perderá la apuesta. Como puede verse, en este juego resulta fatal el que ambos jugadores sean muy arriesgados, ya que si ninguno se desvía de la trayectoria marcada por la línea, el resultado sería desastroso. Un ejemplo de matriz del juego de la gallina sería el siguiente:

	Cooperar	No cooperar
Cooperar	0, 0	-1, 3
No cooperar	3, -1	-5, -5

A los dos jugadores les beneficia que sea el otro quien cargue con los costos de la cooperación, razón por la cual tratan de mantenerse firmes y no acobardarse (no cooperar) hasta conseguir que sea el otro quien unilateralmente coopere. Como se ha dicho, si ninguno se acobarda (coopera) el resultado colectivo será desastroso. No hay *estrategias dominantes*, ya que el juego cuenta con dos *equilibrios de Nash* de *estrategias puras*<sup>22</sup> – (3, -1) y (-1, 3)– y un equilibrio de *estrategias mixtas*<sup>23</sup> (elegir cooperar la mitad de las veces y la otra no hacerlo). La forma general del juego es la siguiente:

	Cooperar	No cooperar
Cooperar	A, w	B, x
No cooperar	C, y	D, z

<sup>21</sup> Bertrand Russell, en 1959, comparó la actitud de los dirigentes soviéticos y estadounidenses con este juego y así le dio origen dentro de la teoría de juegos (Poundstone, 1992: 292-320).

<sup>22</sup> Una estrategia pura define una acción o movimiento específico que un jugador deberá seguir en cada posible situación alcanzable en un juego. Tales movimientos no deben ser al azar o acercarse a una distribución (Shor, 2005, “Pure strategy”).

<sup>23</sup> Es una estrategia consistente en movimientos posibles y en distribución de probabilidades que corresponde a indicar con qué frecuencia ha de ser jugado cada movimiento. Un jugador solo deberá usar una estrategia mixta cuando le resulten indiferentes las estrategias puras disponibles, y cuando mantener adivinando al oponente resulte deseable (es decir, cuando el oponente pueda beneficiarse al saber el próximo movimiento) (Shor, 2005, “Mixed strategy”).

Donde el orden de las preferencias del jugador de fila es:  $C > A > B > D$ , y el del jugador de columna es:  $x > w > y > z$ . A pesar de que la opción (D, z) es la peor para los dos, si ambos se empeñan en ganar (obtener C y x, respectivamente) esa será la solución del juego.

La estrategia *brinkmanship* es definida como un *juego de la gallina en tiempo real*, es decir, como un juego en el cual la opción de “desviarse” no se hace de una vez y para siempre, sino donde la decisión se tiene que estar haciendo a cada momento, y mientras que el tiempo transcurre y ninguno de los “conductores” se “desvía”, el riesgo del impacto se incrementa gradualmente.

Como lo importante en esta estrategia es lograr que el adversario se rinda, la credibilidad de las amenazas es de vital importancia. La credibilidad debe ser establecida para cualquier movimiento estratégico. Hay una cantidad de principios generales que deben considerarse al tratar de hacer los movimientos creíbles y una cantidad de recursos específicos que pueden ser usados para adquirir credibilidad. Por lo general trabajan al reducir uno mismo su propia libertad futura de elección (por ejemplo, al hacer compromisos públicos) o al alterar los propios pagos para acciones futuras. Los recursos específicos de este tipo incluyen el establecimiento de una *reputación*, usar el trabajo en equipo, demostrar una aparente irracionalidad,<sup>24</sup> *quemar puentes* (es decir, quitarse uno mismo la libertad de rendirse), hacer contratos, etc. El problema principal radica en que el rival puede hacer lo mismo.

En conclusión: hemos visto en este capítulo en qué consiste la teoría de juegos, qué tipos de conceptos maneja y cómo puede ser empleada para el análisis de conflictos internacionales. Hemos hecho particular énfasis en el concepto de racionalidad no solo porque este es el concepto que más ha sido puesto en entredicho en dicha teoría y, por lo tanto, el que mayores problemas presenta, sino porque este concepto será determinante en el análisis que nos proponemos realizar en el próximo capítulo.

Evidentemente, toda explicación sobre una teoría tan compleja como esta siempre será insuficiente. Lo que me propuse al elaborar este capítulo tan solo consistía en explicar los conceptos más básicos sobre ella que serán indispensables para la comprensión de la argumentación que de aquí se sigue. Toda profundización extra dentro de sus conceptos o métodos, aunque valiosa, excede las intenciones y los fines de este estudio.

---

<sup>24</sup> Usualmente llamada *irracionalidad racional* (*rational irrationality*), consiste en adoptar una estrategia que no es óptima después del hecho, pero sirve al propósito estratégico de dotar de credibilidad a una amenaza o a una promesa (Dixit y Skeath, 2004: 335). También se le conoce como la *estrategia del loco*.

## CAPÍTULO III

### La crisis de los misiles cubanos

Tómense un tiempo entonces en la formación de su decisión, ya que el asunto es de gran importancia; y no se dejen persuadir por las opiniones y quejas de otros tal que traigan problemas sobre ustedes, más bien tengan en cuenta la gran influencia del azar en la guerra, antes de estar inmiscuidos en ella. A medida que continúa, por lo general se convierte en un asunto azaroso, azar del cual ninguno de nosotros está exento, y en cuyo caso debemos arriesgarnos en la oscuridad. Es un error común el ir a la guerra estando en el lado equivocado, actuar primero, y esperar a que ocurra el desastre para discutir el asunto.

Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso*

La ira puede convertirse en alegría, y el rencor puede convertirse en gozo. Pero una nación destruida no puede recuperarse, ni los muertos pueden volver a la vida.

Sun Tzu. *El arte de la guerra*

Una vez establecida la importancia de la distinción entre los objetivos militares y los políticos alcanzada por Clausewitz, así como la acepción del concepto de racionalidad y el método que emplearemos, a continuación, procederemos al análisis de un caso histórico concreto paradigmático.

El estudio de este caso no tiene como finalidad caer en una *falacia inductivista*, pretendiendo que sus resultados nos puedan decir cómo se comporta todo conflicto político-militar, sino simplemente mostrar la importancia que dicha distinción hecha por el general prusiano tiene en la conducción correcta de un conflicto armado (o de una situación que puede desembocar en uno), cómo influye en su moderación y, sobre todo, cómo dota de racionalidad a la toma de decisiones dentro de él.

## Esbozo histórico

El martes 16 de octubre de 1962 por la mañana, el entonces presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, John F. Kennedy, recibió una impactante noticia cuando aún se encontraba en su dormitorio en ropa de dormir: “¡No puede hacerme esto a mí!” fue su respuesta inmediata (Allison, 1971: 193). No era para menos, acababa de recibir de su asistente especial para la Seguridad Nacional, McGeorge Bundy, la terrible noticia de que un vuelo U2 de reconocimiento sobre Cuba acababa de proporcionar evidencia gráfica de la construcción de plataformas de lanzamiento de misiles MRBM.<sup>1</sup> Las fotos habían sido tomadas el domingo 14 y, después de haber sido procesadas por la inteligencia norteamericana, habían sido entregadas a Bundy el lunes 15 por la noche. Sin embargo, decidió esperar a mostrárselas al presidente hasta el día siguiente puesto que consideró que Kennedy necesitaba una noche de sueño tranquila (Stern, 2005: 22).

Esto era muy grave para Kennedy, más allá de la amenaza militar: el 4 de septiembre, al ser atacado en el senado por el senador republicano Kenneth Keating, se había comprometido públicamente a no permitir que tal cosa ocurriera. El senador afirmó que en Cuba se encontraban en construcción bases para el lanzamiento de misiles en contra de Estados Unidos Kennedy hizo entonces una distinción entre misiles defensivos y misiles ofensivos, afirmando que no había evidencia alguna de que las bases en construcción fueran del segundo tipo y añadiendo que, si tal cosa ocurría, entonces “las cuestiones más graves surgirían” (Allison, 1971: 41). Aunado a esto, el embajador de la URSS en Estados Unidos Anatoly Dobrynin, ya había sido advertido sobre este asunto en tres ocasiones: la primera por el abogado general de los Estados Unidos y hermano del presidente, Robert F. Kennedy; la segunda por el consejero especial del presidente, Theodore C. Sorensen; y la tercera por el consejero del presidente en política exterior, Chester Bowles. En todas ellas afirmo que no había construcción alguna de sitios de lanzamiento de misiles ofensivos, que tan solo se construían bases con misiles defensivos para apoyar a los cubanos en la defensa de su territorio.

Al saber la noticia, Kennedy le pidió inmediatamente a Bundy que convocara a una reunión del Consejo de Seguridad Nacional esa misma mañana y, junto con algunos personajes que se unieron a la reunión por petición expresa del presidente y de su círculo de máxima confianza, conformaron el Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional (ExCom) que sería el responsable de enfrentar la crisis que se presentaba a raíz del descubrimiento de los misiles rusos en Cuba. El ExCom sesionó desde el martes 16 y hasta un día después del final oficial de la crisis, el domingo 28 de octubre.

---

<sup>1</sup> *Medium-range ballistic missile*, con ojiva nuclear de 2.5 megatones y un alcance de 1,100 millas náuticas.



La historia de la crisis, en muy pocas palabras, se puede contar como sigue: después de haber sido notificado el presidente el martes 16 y de comenzar las reuniones del ExCom ese mismo día, se acordó mantener la crisis en secreto para evitar que cundiera el pánico en Estados Unidos, para mantener la ventaja en la decisión (sobre todo en el caso de que se decidiera hacer un ataque sorpresa sobre los misiles) y, en última instancia, para evitar con ello que los rusos apresuraran la marcha en la construcción de los sitios de lanzamiento. No se tomó ninguna decisión definitiva ese día, salvo el preparar un ataque a la isla en caso de que esa fuera la decisión final. Se decidió esperar hasta el jueves 18 para tener otra reunión plenaria del ExCom (aunque sí hubo reuniones parciales el miércoles 17), ya que entonces se recibiría nueva información que indicaría con mayor precisión cuántos sitios en construcción había en Cuba y si ya había algunos de ellos que se encontraran en estado operacional. El miércoles 17 apareció nueva evidencia que mostraba la presencia de misiles IRBM<sup>2</sup> en Cuba. Aunque en las primeras reuniones todo parecía indicar que la solución que se buscaría sería dentro del ámbito militar, poco a poco la opinión de la mayoría fue cambiando hasta que se decidió definitivamente, el sábado 20, proceder con el bloqueo.

El lunes 22 Kennedy dio su famoso discurso al pueblo norteamericano, anunció el bloqueo y exige el cese inmediato de la construcción de las bases y el retiro de todos los misiles rusos de la isla de Cuba. Desde el martes 23 y hasta el jueves 25 los soviéticos se dedicaron a negar las acusaciones norteamericanas y a fanfarronear en público, pero, en secreto buscaban vías de negociación para terminar con la crisis. El miércoles 24 comenzó el bloqueo en el cual, a pesar del fanfarroneo público, ambas partes se comportaron con suma cautela. Ese mismo día las tropas soviéticas en Cuba recibieron órdenes de responder a cualquier ataque con cualquier medio, excepto armas nucleares, y los barcos que se encontraban en camino a la isla y que transportaban el material más sensible fueron detenidos o enviados de vuelta a la URSS.

El jueves 25 el presidium soviético decidió abandonar Cuba a cambio de la promesa de Estados Unidos de no invadir la isla (o a cambio de alguna otra concesión que se pudiera obtener en la negociación) y el viernes 26 el premier ruso, Nikita Khrushchev, envió una carta conciliadora a Kennedy en la cual le hace el ofrecimiento. El sábado 27, después de la publicación de la columna de Walter Lippmann en *The Washington Post*, en la cual proponía el intercambio de los misiles *Júpiter*<sup>3</sup> norteamericanos en Turquía por los soviéticos en Cuba (y después del eco que hicieron de esta propuesta varios intelectuales y periodistas en diferentes partes del mundo), Khrushchev envió una nueva carta a Kennedy solicitándole este intercambio. Ese mismo día Estados Unidos descubrió

---

<sup>2</sup> *Intermediate-range ballistic missile*, con ojiva nuclear de cinco megatones y un alcance de 2 200 millas náuticas.

<sup>3</sup> Misiles tipo IRBM.

los misiles FROG<sup>4</sup> en Cuba, uno de sus aviones U2 es derribado por los soviéticos y las fuerzas militares cubanas comenzaron a abrir fuego en contra de los aviones de reconocimiento norteamericanos. Kennedy respondió a Khrushchev aceptando la propuesta del intercambio, pero bajo la condición de que tal no se haga público. Finalmente, el domingo 28, Khrushchev envió la carta pública a Kennedy en la cual aceptaba retirar los misiles de Cuba.

Evidentemente esta narración de los hechos es superficial. La crisis cuenta con muchos factores y acontecimientos dignos de ser mencionados, pero sería imposible abarcarlos todos en este escrito. Por ese motivo el análisis que a continuación presentaré abordará en uno solo de ellos: ¿cómo fue que se tomó la decisión de instaurar el bloqueo en contra de Cuba? Para tratar este punto me enfocaré únicamente en los días en que se discutió tal asunto y hasta que dicha decisión fue tomada, tratando de hacer énfasis en cuáles fueron las razones por las cuales se llegó a tal decisión. Estos días abarcan, como lo acabamos de ver en la breve narración de los hechos que presenté, del martes 16 al sábado 20 de octubre.

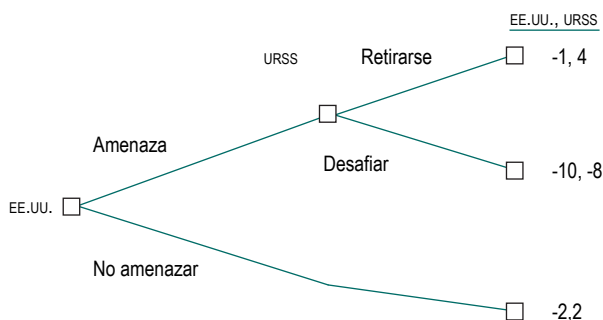
Como lo adelanté en el capítulo anterior, dos de los puntos que más me interesan analizar son: 1) cómo se modifican las creencias de los agentes conforme avanzan las discusiones y, sobre todo, conforme aparece nueva información que debe considerarse; y 2) la influencia que elecciones previas tienen en la estructura de creencias de un agente y cómo esto influye en sus elecciones posteriores. Sobre el punto 2 es particularmente importante el hacer énfasis en la enorme influencia que tuvieron ciertos acontecimientos precedentes, que trataremos más adelante, y que terminaron determinando ciertas “restricciones” que los participantes en las decisiones se impusieron y la importancia que esto representa desde un punto de vista de la *bounded rationality*.

## La crisis de los misiles cubanos vista desde la teoría de juegos

Aunque a primera vista parezca muy simple la estructura general de la crisis, en realidad no lo es (Dixit y Skeath, 2004: 479-496). Podríamos explicarlo de la siguiente manera: los Estados Unidos querían que la Unión Soviética retirara sus misiles de Cuba. Su objetivo entonces era el obligarlos. Para ello lanzaron una amenaza: si los soviéticos se negaban a ceder, entonces eventualmente esto llevaría a una guerra nuclear entre ambas superpotencias. Comenzó el bloqueo como prueba de la credibilidad de la amenaza y esto fue suficiente para que el lado soviético decidiera ceder. El modelo quedaría de la siguiente forma:

---

<sup>4</sup> Misiles nucleares tácticos de corto alcance.

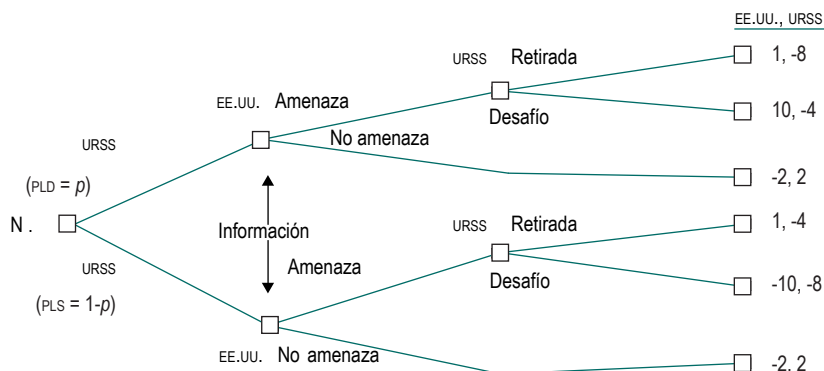


Sin embargo, como mencionamos, no es tan simple. En las relaciones internacionales casi nunca es posible el realizar una amenaza directa, y además de que casi todos los juegos que en ellas se representan tienen un cierto grado de incertidumbre. Aunado a esto, por lo general es muy difícil conocer el sistema de valores del oponente, de manera que el establecimiento de los pagos se vuelve una tarea en extremo compleja. De igual modo, el riesgo que se corre al lanzar una amenaza tiende a ser mayor de lo esperado, ya que el adversario puede desafiar o pueden ocurrir errores que desemboquen en el desastre. En ese sentido, ninguno de los dos lados puede estar completamente seguro de los pagos del adversario ni del desenlace.

Para poder explicar satisfactoriamente la crisis de los misiles cubanos por medio de la teoría de juegos, la opinión de Dixit y Skeath (2004: 482) es que se tiene que explicar a través de un complejo *juego de muchas personas* con alineamientos en dos grandes coaliciones dentro de las cuales se juegan otros juegos. No es mi intención aquí el hacer tal labor titánica. Tan solo quiero revisar la modelación propuesta por estos autores para dar una visión general de la crisis desde esta perspectiva y, con ello, explicar en qué apartado se ubicaría el análisis que pretendo realizar posteriormente. Asimismo, es mi intención el hacer una pequeña contribución a esta visión, revisando posteriormente si la interpretación que ellos hacen de la toma de decisiones dentro de la crisis es verídica o no. Más adelante quedará claro este punto, por lo pronto entremos en materia con el análisis de la crisis.

Dixit y Skeath proponen un análisis parcial de la crisis, abordándola únicamente desde la perspectiva de los Estados Unidos. Según ellos, los norteamericanos se enfrentaban, en una primera instancia, ante la incertidumbre de qué tipo de adversarios tenían en frente. En términos muy generales, se podrían reducir a dos posibilidades el “tipo” de soviéticos a los que se enfrentaban: los de “línea dura” o los de “línea blanda”. Con esto, se presentan las posibles variables que son consecuencia de la incertidumbre generada por el desconocimiento de los pagos del oponente. Después de esta primera incertidumbre, los norteamericanos se enfrentarían a la decisión de elegir si amenazan o no a los soviéticos; si deciden hacerlo, entonces se tendrían que presentar las dos

opciones posibles por parte de ellos: o retroceden o desafían la amenaza. El esquema propuesto por Dixit y Skeath quedaría como sigue (p. 486):



Ante la incertidumbre de a qué tipo de soviéticos se están enfrentando, el árbol de juego comienza con un movimiento inicial del jugador “Naturaleza”, el cual determina el tipo de soviéticos del que se trata: para el nodo superior, son soviéticos de línea dura, mientras que para el inferior son de línea blanda. De cada una de estas dos posibilidades se desprenden las distintas consecuencias a las cuales conducirían las distintas elecciones. Pero, como los Estados Unidos deben tomar su decisión inicial (representada a partir del segundo nodo) sin saber ante qué tipo de soviéticos se las tienen que ver, sus nodos iniciales se encuentran “unidos” por la “información”, ya que es ella la que podría dar luz ante la incógnita de en cuál de los dos nodos se encuentra la decisión. Evidentemente, ante la incertidumbre, se debe elegir una acción que pueda servir para ambos. La variable  $p$  representaría la probabilidad de que los soviéticos pertenezcan a la línea dura.

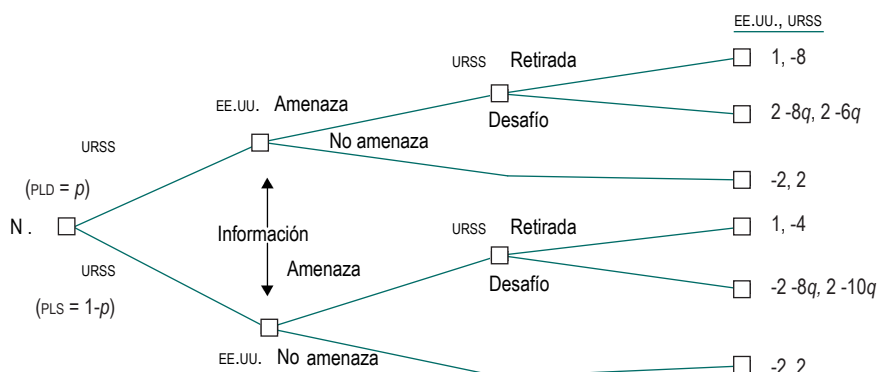
Como resulta evidente por los pagos, los soviéticos de línea dura desafiarían una amenaza norteamericana, mientras que los de línea blanda no. De ser el primer caso, los americanos recibirían un pago de -10 y, de ser el segundo, sería de 1. Por lo tanto, el pago esperado para los Estados Unidos si deciden amenazar sería de  $-10p + (1 - p) = 1 - 11p$ . En cambio, si deciden no hacer la amenaza, el resultado sería de -2 sin importar ante qué tipo de soviéticos se enfrenten. Por lo tanto, comparando ambas posibilidades, se puede afirmar que Estados Unidos debería llevar a cabo la amenaza si:  $1 - 11p > -2$ , o si:  $11p < 3$ , o si:  $p < 3/11 = 0.27$ .

Según refirió Sorensen (citado en Allison, 1971: 1), Kennedy calculaba que las probabilidades de que el bloqueo condujera al desastre ondulaban entre una de tres y una de dos. Visto desde esta perspectiva, y con base en la explicación antes hecha, la amenaza se encontraría arriba del máximo nivel tolerado según la formalización de Dixit y Skeath (2004), ya que el menor riesgo  $1/3$  (0.33) se encontraría por encima del

0.27 calculado como límite máximo tolerable. Como puede verse entonces, una simple amenaza hubiera sido demasiado arriesgada y demasiado costosa para Estados Unidos.

Dentro de la argumentación de Dixit y Skeath, esta fue la razón por la cual se eligió el bloqueo: porque él no es equivalente a una simple amenaza, sino que más bien se trata de una *amenaza probabilística*. Ya en el capítulo anterior explicamos en qué consistía este tipo de amenaza, denominada *brinkmanship*: la amenaza no se realiza de forma tajante, sino que lo que se hace es incrementar gradualmente el riesgo hasta que uno de los participantes desiste o hasta que se obtiene como resultado el desastre. Como puede verse, lo paradójico de la estrategia *brinkmanship* es que, al trabajar con riesgos potenciales, se ve fortalecida por la incertidumbre, la cual termina siendo un efectivo recurso específico que sirve para disuadir al oponente. Cuando, después del bloqueo, comenzaron a ocurrir incidentes peligrosos, tales como el avión U2 derribado por los soviéticos (26 de octubre) o los varios incidentes en los cuales las fuerzas cubanas abrieron fuego en contra de los aviones de reconocimiento norteamericanos; o, el más grave de todos, cuando un submarino ruso estuvo a punto de disparar un torpedo con cabeza nuclear en contra del bloqueo el 27 de octubre (aunque esta historia no fue revelada por los rusos sino hasta octubre de 2002 en la serie de conferencias realizadas en La Habana para festejar el 40 aniversario de la crisis). En otras palabras, cuando los problemas de errores de información y de debilidad de control dentro de ambas cadenas de mando se hicieron cada vez más que evidentes, entonces la amenaza de un desastre comenzó a ser cada vez más tangible (p. 484). Ambos estaban jugando a la “ruleta rusa”. La estrategia *brinkmanship* es la creación y el control de este tipo de riesgos, manejando hábilmente dos cosas en apariencia inconsistentes: el control y la pérdida del mismo, de ahí que se diga que lo que se busca en ella es una “pérdida del control controlada”.

Tomando en cuenta esto, Dixit y Skeath proponen un nuevo árbol de juego modificado en el cual los Estados Unidos ya no realizan la amenaza de una forma concreta, sino que esta se realiza con la forma de una probabilidad  $q$  (p. 489):



$q$  representa entonces la probabilidad de que ocurra la guerra en el caso de que los soviéticos desafíen a los Estados. Ahora nadie sabe los resultados precisos que ocurrirían si tal desafío se da, de manera que el valor esperado para los norteamericanos quedaría establecido de la siguiente forma:  $-10q - 2(1 - q) = -2 - 8q$ . Por su parte, los pagos esperados por los soviéticos dependerán de la línea a la que pertenezcan, serían:  $-4q + 2(1 - q) = 2 - 6q$ , si pertenecen a la línea dura, de manera que preferirán ir a guerra antes que retirarse, ya que sin importar el valor de  $q$  (entre 0 y 1) su resultado sería mejor que -8. Sin embargo, si los soviéticos pertenecen a la línea blanda, entonces elegirían retirarse si:  $-4 > 2 - 10q$ , o  $10q > 6$ , o  $q > 0.6$ . Por lo tanto, para ser efectiva, la amenaza *brinkmanship* deberá contener al menos 60% de probabilidades de desencadenar una guerra. Cualquier nivel de riesgo inferior a esto sería desafiado por cualquiera de los dos tipos de soviéticos (pp. 488-489). No obstante, es importante tomar en cuenta la escalada del riesgo: la variable  $q$  se encontraría en todo momento “creciendo”, de modo que lo que se espera es llegar al máximo riesgo tolerado por el adversario.

Lo que Dixit y Skeath nos dicen con esto es que, para poder funcionar, la amenaza tiene que cumplir con dos condiciones: una es la *condición de aceptabilidad* (que representa las posibilidades de que los soviéticos sean de línea dura), cuyo máximo ellos calculan en:  $q = 0.38$ ; y una condición de efectividad (que representa las probabilidades de que la amenaza conduzca a la guerra), cuyo mínimo establecen como:  $p = 0.6$ . Si se cumplen ambas condiciones, entonces la amenaza se puede llevar a cabo (pp. 489-491).

Como puede verse, el modelo de Dixit y Skeath exige el uso de una racionalidad muy completa por parte del gobierno norteamericano. No es mi intención el ahondar en los cálculos de estos autores ni el revisar si su modelo se corresponde con la forma en la cual se condujo la crisis por parte de los Estados Unidos, tan solo quería presentar su modelo para poder revisar si tal presupuesto de racionalidad puede encontrarse justificado en el posterior análisis que llevaremos a cabo y si realmente este modelo es coherente con las intenciones explícitas del gobierno norteamericano. Dicho en otras palabras, lo que me propongo a este respecto es analizar si tal presupuesto de racionalidad es por lo menos aceptable desde la evidencia que nos muestra como se tomó en realidad la decisión de llevar a cabo el bloqueo, así como si realmente es posible afirmar que era la intención de Kennedy el jugar este juego.

## Las reuniones del ExCom

### Las cintas de Kennedy

Como mencionamos, las reuniones del ExCom comenzaron el martes 16 de octubre y duraron hasta el lunes 29 de ese mes. Lo que aún no hemos mencionado es que la mayor parte de ellas fueron grabadas. Solo dos de los participantes en las sesiones sabían esto: el presidente y su hermano Robert. Por todo lo que esta crisis representó, la

evidencia de las grabaciones es un material único en la historia que nos permite tener información de primera mano de lo que ocurre dentro de la toma de decisiones de un gobierno durante una crisis.

Se sabe que Kennedy mandó instalar el sistema de grabación durante el verano de 1962 y comenzó a grabar conversaciones a partir de finales de julio (también contó con un dispositivo que le permitió grabar llamadas telefónicas a partir de septiembre). Aunque no se sabe con exactitud cuáles fueron sus intenciones al hacerlo, se cree que lo hizo con la finalidad de recopilar información para la posterior elaboración de sus memorias. Dicho sistema consistía en una serie de micrófonos ocultos, tanto en el cuarto de sesiones del gabinete como en la oficina Oval, conectados a una grabadora ubicada en el sótano de la Casa Blanca. En ambos sitios el presidente contaba con interruptores ocultos para poder echar a andar la máquina sin ser descubierto. En aquel entonces, solo cinco personas sabían de la existencia de este mecanismo: El presidente, su hermano, los dos agentes del Servicio Secreto que lo habían instalado y que se encargaban de su mantenimiento, y la secretaria particular de Kennedy, Evelyn Lincoln (May y Zelikow, 1997: X-XI).

Tras el asesinato de Kennedy, el 22 de noviembre de 1963, su secretaria se encargó de arreglar todo para que los agentes retiraran el dispositivo y se llevó consigo las cintas a su nueva oficina. Después de su muerte, las cintas fueron llevadas a un depósito federal de grabaciones en Waltham, Massachusetts. Se cree que Robert Kennedy pudo basarse en parte en ellas (o en las precarias transcripciones hechas por Lincoln) para la elaboración de su libro de publicación póstuma: *Thirteen days*. Aunque había rumores sobre ellas, la existencia de las cintas se mantuvo en secreto hasta 1973 cuando, dentro del escándalo Watergate, el entonces senador Edward Kennedy confirmó públicamente su existencia (p. XI).

En 1975, las 248 horas de discusiones y las 12 horas de conversaciones telefónicas pasaron a formar parte de los archivos de la oficina del presidente en la Biblioteca John F. Kennedy y, poco después, 26 horas de grabaciones y 500 páginas de transcripciones se pusieron a la disposición de los investigadores. El primer material publicado por la biblioteca salió a la luz en 1983 y consistía en una muestra de 33 minutos de grabaciones del 16 de octubre y una transcripción que abarcaba otras dos horas de las grabaciones de ese mismo día. Después de esto, no hubo más transcripciones por parte de la biblioteca (p. XII).

No fue sino hasta 1993, cuando la biblioteca adquirió nuevo equipo de audio, que algunas de las cintas fueron copiadas a un formato digital. Poco a poco más fragmentos de las cintas se fueron haciendo públicos hasta que, entre finales de 1996 y principios de 1997, la biblioteca liberó todas las cintas faltantes (p. XII). No obstante, no había transcripciones de ellas hasta esta fecha. No será sino hasta la publicación del libro de May y Zelikow *The Kennedy tapes: inside the white house during the cuban missile crisis* (1997) que se contará con dicha transcripción.

### Los cuatro “fantasmas” de las discusiones

Durante las discusiones hubo cuatro “fantasmas” que hicieron presencia en diferentes momentos críticos de los debates. Ellos, como pretendo mostrar posteriormente, fueron fundamentales en la toma de decisión que tuvo como resultado la elección del bloqueo como respuesta a la instalación de los misiles rusos en Cuba. Estos “fantasmas” fueron: 1) el “apaciguamiento” de Múnich; 2) el ataque por sorpresa de los japoneses durante la segunda guerra mundial, a Pearl Harbor; 3) la crisis Suez-Hungría y 4) la crisis de Bahía de Cochinos.

**El “apaciguamiento” de Múnich.** Posiblemente se trate del aspecto que, de entre los cuatro, menos influyó en la toma de decisiones durante la crisis. Sin embargo, es evidente que se trataba de aquel que más directamente afectaba al presidente, ya que este acontecimiento no solo había destruido la carrera política de su padre, sino que se convirtió tal vez en el más pesado lastre que Kennedy tuvo que cargar al inicio de la suya.

La conferencia de Múnich de 1938 representó los esfuerzos británicos de apaciguar a la Alemania nazi revisando los duros tratados de paz impuestos después de la primera guerra mundial. Checoslovaquia, que había surgido como país a raíz de esos acuerdos, le terminó cediendo los territorios fronterizos en los cuales se hablaba alemán al Tercer Reich como resultado de dicha conferencia. Sin embargo, Adolf Hitler tomó toda Checoslovaquia completa e invadió Polonia, con lo cual dio inicio la segunda guerra mundial. A partir de ese momento, los términos “apaciguamiento” y “Múnich” se convirtieron en sinónimos de fracaso al tratar de mantenerse firme ante la agresión (May y Zelikow, 1997: 1).

El padre de Kennedy, Joseph Patrick Kennedy, era el embajador de Roosevelt en la Gran Bretaña en aquel entonces. Tanto en cables para el Departamento de Estado como en declaraciones públicas, respaldó el “apaciguamiento”, incluso después de que estalló la guerra, y se opuso a cualquier acción que pudiera comprometer a los Estados Unidos dentro de ella. El impacto de esta decisión influyó tanto en el entonces joven Kennedy, que decidió dedicar su tesis de universidad al asunto con el título *El apaciguamiento de Múnich: el resultado inevitable de la lentitud de conversión de la democracia británica para cambiar de una política de desarme a una política de rearme* (posteriormente fue un *best-seller*: *Por qué Inglaterra se durmió*). Ahí publicó sus ideas que, de hecho, no diferían mucho de las de su padre, quien leyó y aprobó dicho escrito. No obstante, en su libro considera al “apaciguamiento” como una política débil a la cual se vio forzado el gobierno británico debido a las presiones de la opinión pública e hizo un llamado a los norteamericanos a armarse para no sufrir la misma suerte (p. 2).

**El ataque a Pearl Harbor.** Como es bien sabido, el 7 de diciembre de 1941 la flota norteamericana del Pacífico fue destruida casi por completo por un ataque aéreo japonés. Dicho ataque fue hecho por sorpresa, sin previa declaración de guerra, lo cual no solo



fue considerado como ilegal, sino que quedó marcado en la historia norteamericana como Roosevelt lo describió: como “una fecha que vivirá en la infamia” recordada por un “cobarde ataque no provocado” (p. 4).

Las enseñanzas de este acontecimiento fueron monumentales. Por un lado, el gobierno norteamericano lo utilizó como un ejemplo paradigmático del escenario de “peor caso”, en lo que a un ataque por sorpresa se refiere, y lo convirtió en un tema guía de la planeación y de los procedimientos militares durante la posguerra. De hecho no se exageraría mucho si se afirmara que, por lo menos en parte, el sistema de vigilancia que entre otras cosas permitió el descubrimiento de los misiles en Cuba fue una consecuencia de dicho ataque. Pero, más importante para nosotros, el caso de Pearl Harbor se convirtió en un ejemplo incontestable de que un gobierno sigiloso podía perseguir sus ambiciones adoptando cursos de acción que, desde un punto de vista objetivo, podría parecer irracionales e, incluso, suicidas (p. 4). Esto será determinante durante la crisis, ya que la mayoría de los miembros del ExCom no se sentirán muy a gusto al verse en ese espejo.

**La crisis Suez-Hungría.** La crisis comenzó cuando, en 1956, Egipto decidió nacionalizar el canal de Suez. Ignorando los consejos de Eisenhower, los británicos y los franceses, aliados con los israelíes, comenzaron operaciones militares para recuperar el control sobre el canal. Haciendo un implacable uso de la presión económica y diplomática, Eisenhower obligó a los británicos y a los franceses a desistir. Mientras que esto ocurría, a miles de kilómetros, los soviéticos introducían tanques en Hungría para someter una rebelión que trataba de liberar a dicho país europeo del yugo de la Unión Soviética (p. 17).

Desde entonces, las referencias a “Suez-Hungría” indican el empleo de una crisis como distractor para alcanzar los objetivos en otro lugar distinto. Esto fue muy evidente en las discusiones cuando algunos de los participantes opinaban que la crisis en Cuba en realidad tenía sus miras puestas en Berlín.

**La crisis de Bahía de Cochinos.** En los meses que transcurrieron entre su elección como presidente de los Estados Unidos y su toma de posesión en el cargo, Kennedy fue notificado del plan desarrollado por la administración de su antecesor, Dwight D. Eisenhower, para deponer al dictador cubano Fidel Castro (Stern, 2005: 15). Después de tomar posesión, se enteró de que dicho plan había sido expandido. Originalmente tan solo consistía en el establecimiento de una base de guerrilleros en Cuba; ahora el plan consistía en armar y entrenar a un grupo de entre 1 400 y 1 500 cubanos exiliados (Brigada 2506) con la esperanza de que, al llegar a la isla, pudieran dirigir un levantamiento popular en contra de Castro (May y Zelikow, 1997: 25).

Aunque con cierto recelo, Kennedy le dio luz verde al proyecto después de haber consultado a varios “expertos” de la comunidad de inteligencia, creyendo que tal ataque podía ser fácilmente justificado como un acto independiente de guerrillas que

buscaban respaldar a la disidencia al interior de la isla (Stern, 2005: 15). La operación fue un fracaso. Desde el inicio fue evidente la participación norteamericana al ser desenmascarados los pilotos que acababan de aterrizar en Miami (después de haber bombardeado los campos aéreos cubanos) como agentes de la CIA usando equipo perteneciente a esa misma agencia. Para colmo de males, fallaron en la mayoría de sus blancos (May y Zelikow, 1997: 25), destruyendo apenas 15% de la capacidad aérea cubana (Stern, 2007: 16).

Los invasores quedaron entonces expuestos a los ataques aéreos y los aviones cubanos hundieron dos de los cuatro cargueros en los que se transportaban las tropas invasoras antes de que pudieran siquiera desembarcar. Mientras tanto, las tropas terrestres cubanas arribaron al lugar en una cantidad apabullante. Los mil sobrevivientes se rindieron en poco tiempo, la isla se mantuvo libre de levantamientos populares y Kennedy se negó a enviar refuerzos norteamericanos a los exiliados (May y Zelikow, 1997: 25).

El costo de esta aventura fue enorme para la administración que encabezaba Kennedy. Tuvo que aceptar la completa responsabilidad por el desastre (aunque despidió a parte importante de su gabinete) y vio cómo el mayor de sus miedos se hizo realidad al ser denunciado en casi todo el mundo como un “yankee imperialista” mientras que Castro proclamaba el compromiso cubano con el comunismo (May y Zelikow, 1997: 26; Stern, 2005: 16).

El desastre de Bahía de Cochinos tuvo grandes consecuencias que después impactarían en la crisis de los misiles cubanos. Una de ellas fue el daño que sufrió la reputación del Presidente ante los grupos anticastristas más recalcitrantes de los Estados Unidos, los cuales nunca le perdonaron el no haber enviado más tropas al frente de batalla. Otra consecuencia importante fue el crecimiento de la animadversión, dentro del círculo más cercano a Kennedy, en contra de Castro y su régimen, que desembocó en la creación de la operación *Mongoose*<sup>5</sup> (May y Zelikow, 1997: 26-27). Asimismo, una tercera consecuencia fueron los cambios que realizó en lo que a su relación con los grupos militares se refiere:

El comportamiento del JCS<sup>6</sup> en cuanto al asunto de Bahía de Cochinos lo enfureció. “Esos hijos de puta con toda la en salada de fruta tan solo se sentaron ahí asintiendo, diciendo que funcionaría”, se quejó. Kennedy estaba particularmente molesto con el Presidente del JCS, el General de la Armada Lyman Lemnitzer. Añadió a Maxwell Taylor a su personal de la Casa Blanca como alguien que le interpretara las comunicaciones de los Jefes. Tan pronto como terminó el periodo de Lemnitzer, Kennedy hizo a Taylor Presidente del JCS (p. 28).

---

<sup>5</sup> Conjunto de operaciones encubiertas que tenían la finalidad de generar conflictos al interior de Cuba y, de ser posible, provocar el derrocamiento del régimen de Castro (incluyendo intentos de homicidio en su contra).

<sup>6</sup> *Joint Chiefs of Staff*.

Lo que nos importa en este momento es cómo afectó la crisis de Bahía de Cochinos a la forma de tomar decisiones del presidente. De acuerdo con May y Zelikow, esta se vio afectada principalmente en el sentido de que lo hizo consciente de las deficiencias en su proceso de toma de decisiones (p. 27). Kennedy se volvió sumamente escéptico sobre las opiniones de los militares y de los “expertos” dentro de la comunidad de inteligencia: “Cómo pude haber estado tan fuera de lugar?” le preguntó al consejero especial de la Casa Blanca Theodore Sorensen. “Toda mi vida he sabido lo suficiente como para depender de los expertos, ¿Cómo pude haber sido tan estúpido para dejarlos seguir adelante?” (Stern: 16).

Kennedy concluyó que no debía tomar decisiones sobre asuntos de seguridad nacional dependiendo exclusivamente de los consejeros. De ahí en adelante adoptó la costumbre de consultar siempre a aquellos cuya lealtad a él se encontraba por encima de otros posibles intereses. También decidió buscar la experiencia antes que la pericia sobre estos menesteres, lo cual se notó en los reemplazos que hizo en su gabinete después de la catástrofe (p. 27). Asimismo, modificó su estilo de toma de decisiones. Reconoció que no solo había escuchado a muy pocos consejeros, sino que le había dedicado muy poco tiempo al asunto en cuestión. Al parecer el ex presidente Eisenhower tuvo un importante papel en esto:

Eisenhower, antes de darle el respaldo público que urgentemente necesitaba, lo sometió a un cuestionario de personal de escuela. “Sr. Presidente”, Eisenhower preguntó, “¿antes de que usted aprobara este plan tuvo a todos en frente debatiendo el asunto para así poder ver usted mismo los pros y los contras y entonces tomar una decisión...?” Kennedy tuvo que confesar que no lo había hecho (p. 28).

Como podrá verse a continuación, Kennedy aplicó durante la crisis de los misiles cubanos las lecciones duramente aprendidas durante la crisis de Bahía de Cochinos.

### Los participantes

Estos fueron los principales participantes en las reuniones del ExCom y los cargos que ocupaban:

- George W. Ball (1909-1994). Subsecretario de Estado.
- McGeorge Bundy (1919-1996). Asistente especial del presidente para la Seguridad Nacional.
- C. Douglas Dillon (1909-2003). Secretario del Tesoro.
- Roswell Gilpatric (1906-1996). Secretario de Defensa adjunto.
- Lyndon B. Johnson (1908-1973). Vicepresidente de los Estados Unidos.
- U. Alexis Johnson (1908-1997). Subsecretario de Estado Adjunto para Asuntos Políticos.

- John Fitzgerald Kennedy (1917-1963). Presidente de los Estados Unidos.
- Robert F. Kennedy (1925-1968). Abogado general de los Estados Unidos.
- Edwin Martin (1908-2002). Subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos.
- John McCone (1902-1991). Director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA).
- Robert S. McNamara (1916-2009). Secretario de Defensa.
- Paul H. Nitze (1907-2004). Subsecretario de Defensa para Asuntos de Seguridad Internacional.
- Dean Rusk (1909-1994). Secretario de Estado.
- Theodore C. Sorensen (1928-2010). Consejero especial del presidente.
- Maxwell D. Taylor (1901-1987). Presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor.
- Llewellyn E. Thompson (1904-1972). Embajador de Estados Unidos en Misión Especial.

### Las sesiones del ExCom

Primera sesión del ExCom: martes 16 de octubre, 11:50 a.m., Sala del Gabinete . Durante esta sesión (May y Zelikow, 1997: 45-76)<sup>7</sup> fueron mencionados seis posibles cursos de acción, de los cuales solo tres fueron realmente considerados:

1. Ataque aéreo rápido solo a los misiles (Rusk).
2. Alertar a los aliados y a Khrushchev mismo de la gravedad del asunto (Rusk).
3. Ataque aéreo que incluya todos los campos aéreos, las aeronaves y los posibles sitios de almacenamiento del material nuclear (McNamara).
4. Invasión de la isla (McNamara).
5. El mismo ataque que la opción 3, pero añadiendo un bloqueo sobre Cuba para impedir que se reintroduzcan misiles y reforzar la base militar de Guantánamo (Taylor).
6. Llevar a cabo las opciones 1 o 3 pero avisarle antes a los aliados más importantes para que estén alerta de un posible contraataque y no se debilite la alianza en la OTAN (Bundy).

A ambos cursos de acción propuestos por Rusk se les vieron tanto ventajas como desventajas: el primero, en opinión de Bundy, tenía la ventaja política de ser un ataque “proporcional” que podía fácilmente justificarse; mientras que, como desventajas, el mismo Rusk consideró que no se le daba oportunidad a Khrushchev de “quitarse de en medio”, que Estados Unidos no era un país que podía cometer actos unilaterales (ya

---

<sup>7</sup> Por comodidad indicaré al inicio de cada apartado el paginado que abarca cada una de las reuniones del ExCom en el libro editado por May y Zelikow. Solo en el caso de hacer referencia a otros textos o de citar textualmente incluiré la información específica de la misma.

que tiene intereses en muchos lados) y que puede implicar el punto 4. La opción 2 tenía la ventaja de que se les daba, tanto a los rusos como a los cubanos, la oportunidad de tomar medidas para evitar el ataque; mientras que sus desventajas consistían en que, en opinión de Dillon, el conflicto podía escalar más fácilmente y, en opinión de Kennedy, los rusos podían acelerar los trabajos de construcción al ser puestos en alerta.

Ahora bien, en lo que se refiere a las propuestas de McNamara, si bien la ventaja de la opción 3 era principalmente el prevenir una represalia después del ataque aéreo, tenía la gran desventaja, de acuerdo con Taylor, de que no se podía alcanzar una efectividad de 100% en los ataques aéreos, por lo tanto no se eliminaba por completo el riesgo de una represalia. Además, se veía el peligro de que pudiera conducir a la opción 4, la cual en realidad, más que aparecer como una opción, apareció como una posible consecuencia, no muy agradable, de otras opciones para la cual había que estar preparado; por lo tanto no se mencionaron en esta sesión ni ventajas ni desventajas de ella. En cuanto a la opción 5 tanto las ventajas como las desventajas eran las mismas que en la 3, pero la diferencia era que requería más tiempo para ser preparada. La opción 6 tenía las ventajas de que no ponía en riesgo las alianzas de la OTAN ni advertía a los soviéticos.

A final de cuentas, las únicas opciones que realmente se consideraron como plausibles fueron la 1, 2 y la 5, y, como ya mencionamos, no se tomó otra decisión que el reunirse de nuevo ese mismo día por la tarde para seguir discutiendo el asunto.

**Segunda sesión del ExCom: martes 16 de octubre, 6:30 p.m., Sala del Gabinete.** Durante esta segunda sesión (May y Zelikow, 1997: 77-117) se retomaron cuatro de las seis opciones consideradas durante la primera y se añadieron otras dos. Rusk volvió a insistir en la ventaja política que representaba la opción 2 y Ball consideró que podría servir como un ultimátum, pero Taylor opinó que si se ponía a los soviéticos y a los cubanos sobre aviso podían haber reacciones para defender los misiles o para esconderlos. McNamara añadió que si se perdía la sorpresa en el ataque entonces, necesariamente, se tenía que desechar cualquier intento de acción militar posterior y entonces se corría el riesgo de que los misiles (si aún no lo eran) se volvieran operacionales y con carga nuclear. En contra de las opciones 1, 3 y 5, Rusk arguyó que podían tener como respuesta una fuerte reacción comunista en Latinoamérica (debido a que los soviéticos podrían aprovechar el rechazo en contra de los Estados Unidos que de seguro generaría un ataque contra Cuba) y que, además, conducirían con seguridad a una respuesta militar soviética en cualquier parte del mundo. A esto, McNamara, a nombre del JCS, volvió a insistir en que cualquiera de las tres opciones podía conducir a la 4, e insistió en que la opción 1 dejaba demasiada capacidad militar en Cuba que podía ser utilizada en un ataque de represalia; de ahí que los miembros del JCS prefirieran no tomar acción militar alguna antes de elegir 1; sin embargo, Kennedy (secundado por Ball) consideró que la 1 es más defendible desde el punto de vista político que la 3 y que la 5, y que también escalaría

más difícilmente. Taylor, al reconsiderar la opción 3, mencionó que esta no dejaba tanta capacidad militar a los cubanos y que mantenía, junto con la 1, la ventaja del “primer golpe”, aunque reconoció de nuevo que no se tendría una efectividad de 100% en los ataques. Entonces, McNamara, quien consideraba que la opción 2 era incompatible con cualquier opción militar, propuso una séptima alternativa que presenta como un punto medio entre la alternativa política y la militar:

Bloqueo de Cuba para no permitir el ingreso de más armas ofensivas e instaurar una vigilancia permanente para evitar que las que ya han ingresado sean una amenaza.

En contra de tal propuesta, Robert Kennedy argumentó que escalaría muy fácilmente a una guerra generalizada. Rusk entonces propuso lo que él definía como una “combinación de planes” que en realidad tan solo sería la opción 1, pero añadiéndole que después del ataque se buscaría comunicación con los soviéticos y los cubanos para explicarles lo que había ocurrido para tratar de prevenir una escalada a través de las posibles represalias.

Al final de la reunión, después de que Kennedy se hubiera retirado, Ball fue el primero en comparar a las tres opciones (1, 3 y 5) con Pearl Harbor, considerando que el destruir los misiles no era el final, sino el principio del conflicto. McNamara, quien afirmó que la crisis no era un problema militar sino político al interior de U.S. (por las declaraciones de Kennedy sobre lo que ocurriría si los soviéticos intentaban poner misiles ofensivos en Cuba), propuso de nuevo, aunque con modificaciones, el bloqueo. Lo llamó “el aproximamiento político”: se comenzaría con la opción 2, se continuaría con la 7 y después se establecería un ultimátum (el cual consideraba como el punto clave de la propuesta). Aunque reconocía que tal opción no era aceptable del todo y que por eso no se había atrevido a proponerla delante del presidente, le parece que las otras opciones son peores.

El papel de McNamara sería fundamental en esta sesión y en toda la crisis en general), no solo porque él era el principal abogado de la alternativa del bloqueo, sino también porque fue el primero en aceptar explícitamente que no se había considerado lo suficiente las consecuencias de todas las opciones propuestas y en pedirles a los demás que trabajaran en este punto. Las únicas decisiones que se tomaron en esta sesión fueron el alertar a las fuerzas militares para que comenzaran a preparar una invasión (por si ese resultaba ser el camino elegido al final o por si se veían forzados a ello), reunirse al día siguiente para continuar las discusiones (sin el presidente) y volverse a reunir el jueves 18 cuando contaran con nueva información de los vuelos de reconocimiento que estaban planeados para el día siguiente. No se eligió algún curso de acción porque era evidente que hacía falta más información y que aún había mucho por discutir.

Tercera sesión del ExCom: miércoles 17 de octubre, 8:30 a.m., Sala de Conferencias en el Departamento de Estado. Esta reunión (May y Zelikow, 1997: 118-122) fue diferente de las anteriores por al menos dos razones: 1) Kennedy no estuvo presente, ya que se encontraba en Connecticut en una reunión del Partido Demócrata para no despertar sospechas si cancelaba su asistencia; y, debido a esto, 2) esta reunión no fue grabada. La información sobre ella procede de las minutas que algunos de los participantes elaboraron posteriormente.

En realidad fue poco lo novedoso que se añadió a la discusión en esta sesión, más bien los participantes se preocuparon por definir las posibles vías de acción y algunos de ellos comenzaron a tomar partido claramente por alguna de ellas o, por lo menos, por algún “tipo” de ellas. Pero el punto de mayor importancia para nosotros fue el que McNamara, al parecer, comenzaba a convencerse cada vez más de que el bloqueo era la vía adecuada, ya que tan solo se dedicó a mostrar las desventajas de otras alternativas: sobre la opción 2, la pérdida de sorpresa; la falta de efectividad total en la 1, 3 y 5; y lo extremadamente drástico que resultaría la 4 como un “primer paso”. Otro punto de importancia fue que Thompson, secundado por Taylor y McCone, comenzó a considerar que, en realidad, la mira de los soviéticos se encontraban puestas en Berlín. Asimismo, Ball hizo una contribución importante al pedir moderación a aquellos que abogaban por alguno de los ataques (principalmente Acheson, que presentaba una visión muy parcial de los mismos al considerar que tenían la doble ventaja de eliminar la amenaza nuclear y de demostrarle a Khrushchev la determinación de los norteamericanos, pero sin mencionar ninguna de sus desventajas), considerando que Khrushchev no comprendía en realidad la gravedad del asunto y que, por lo tanto, no había que tomar medida alguna (Stern, 2005: 54).

Por la mañana, el embajador ante las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, le envió una nota a Kennedy en la cual le pedía que se mantuviera abierto a negociar con los soviéticos y con los cubanos, que enviara emisarios personales, porque consideraba que cualquier ataque conduciría a una represalia en Turquía o Berlín que fácilmente podría escalar a una guerra generalizada. Por su parte, los militares del JCS desarrollaron cinco planes alternativos de ataque, los cuales presentaron de la siguiente manera (junto con la cantidad de misiones calculadas para llevar a cabo cada uno de ellos):

- I. Misiles y almacenes nucleares únicamente (52).
- II. Lo mismo que en I, pero añadiendo los IL-28<sup>8</sup> y los MiG-21<sup>9</sup> (104).

---

<sup>8</sup> Bombarderos con la capacidad de transportar armas nucleares.

<sup>9</sup> Caza interceptor supersónico, efectivo en el combate aéreo, pero con limitaciones para el ataque terrestre.

III. Lo mismo que II, pero añadiendo las aeronaves, los misiles SAM,<sup>10</sup> cruceros<sup>11</sup> y botes (194).

IV. Todos los objetivos militares, excepto tanques (474).

V. Todos los objetivos militares, seguido de una invasión (2,002).

Los jefes se siguieron oponiendo a I por las mismas razones ya expuestas, al igual que a la idea sugerida por McNamara del bloqueo, ya que requería una declaración formal de guerra. También se opusieron a cualquier opción que requiriera tomar alguna acción política antes de lanzar cualquier tipo de ataque. Ya en la noche, al estar discutiendo si la instalación de los misiles en Cuba realmente cambiaba el balance estratégico entre las dos potencias, se discutieron por primera vez los pros y los contras de la opción del bloqueo. La sesión levantó para cenar y, durante el receso, Sorensen y Robert Kennedy se dirigieron al aeropuerto a recibir al presidente para ponerlo al tanto de las discusiones: dentro de la información que le proporcionaron se encontraban 20 preguntas para las cuales aún no tenían respuesta. Kennedy decidió no participar en la reunión de ese día al parecer debido a que la reseña que de ella le habían dado hacía mucho énfasis en lo productiva y fluida que esta había resultado sin su presencia. La reunión se reanudó a las 10:00 horas y terminó cerca de la medianoche. Ya cerca del final, se comenzaron a definir claramente las posturas: Rusk, Taylor y McCone defendían el ataque por sorpresa (y también Eisenhower, con quien se había reunido McCone durante el día); Bohlen arguyó que debía haber un ultimátum antes de cualquier ataque; Thompson, Martin y Gilpatric respaldaron el bloqueo total con una declaración de guerra. Al final de la reunión, Robert Kennedy resumió las principales opciones que habían surgido y quedaron de esta manera:

- a) Ultimátum a Khrushchev seguido por un ataque.
- b) Ataque limitado sin advertencia previa ni negociación, pero notificando a los aliados.
- c) Advertencia política seguida de un bloqueo naval y preparación para otras acciones.
- d) Ataque a gran escala después de cierta preparación política.
- e) Invasión directamente.

Lo curioso es que la nota que Sorensen le había enviado a Kennedy por la mañana tenía una lista similar, pero la principal pregunta que se encontraba en el aire era cual sería la respuesta soviética a cada uno de estos posibles cursos de acción. Durante la noche, algunos de los participantes en la reunión prepararon escritos breves para

---

<sup>10</sup> Misiles tierra-aire, utilizados para derribar aviones espía y de combate.

<sup>11</sup> Misiles a propulsión capaces de abarcar grandes distancias y planeados por los soviéticos para ser usados en contra de los portaaviones norteamericanos.



el presidente en los cuales resumían sus posturas: Dillon se opuso a cualquier negociación con Khrushchev, favoreciendo el bloqueo, vigilancia extrema y la exigencia del desmantelamiento de las bases y, de no haber respuesta satisfactoria o considerar el bloqueo como inviable, entonces favorecía el ataque inmediato. Ball recomendó el bloqueo, ya que opinaba que podría ser suficiente para provocar la caída de Castro y que, en realidad, la instalación de los misiles no creaba una gran diferencia estratégica en el balance de poder; rechazó absolutamente el ataque por sorpresa haciendo énfasis en la analogía con el caso de Pearl Harbor. Por su parte, Bohlen defendió (en un memo para Rusk) el establecimiento de un ultimátum previo a un ataque.

A la mañana siguiente, Sorensen le hizo notar a Kennedy que debía responder a dos grandes preguntas antes de tomar cualquier decisión: la primera era qué tipo de acción militar elegir y, la segunda, si esta sería precedida o no por alguna acción política. A partir de este momento se definieron dos vías de acción: la “propuesta de Rusk” que en pocas palabras consistía en el ataque sin previo aviso, y la “propuesta de Bohlen”, que buscaba primero un acercamiento con Khrushchev.

**Cuarta sesión del ExCom: jueves 18 de octubre, 11:00 a.m., Sala del Gabinete.** Las condiciones cambiaron considerablemente en esta reunión (May y Zelikow, 1997: 122-167) debido al arribo de nueva información: se descubrieron los misiles IRBM capaces de alcanzar casi cualquier parte del territorio de los Estados Unidos. Como consecuencia de esto se dieron varios cambios en las posturas antes defendidas por los participantes. La posición de los militares se endureció: el JCS llegó a la conclusión unánime de que la única vía posible era ahora la invasión completa de la isla. Si bien desde un inicio de las discusiones se había llegado al acuerdo tácito de que, necesariamente, se tenía que hacer algo (salvo Ball), ahora algunos de los participantes encontraban reforzada su creencia al ver que la operación rusa en Cuba era mucho mayor de lo que esperaban.

Rusk, de estar defendiendo el ataque por sorpresa el día anterior, ahora defendía primero hablar con Khrushchev para darle la oportunidad de evitar el conflicto, tener de su lado a la opinión pública o para que, por lo menos, esto quedara asentado en la memoria histórica. McNamara también cambió radicalmente su postura: ahora se había sumado a la postura del JCS de buscar la invasión completa de la isla, pero introdujo un nuevo factor que será de suma importancia: él solo respaldaba esta postura bajo la suposición de que los soviéticos aún no contarán con misiles operacionales (debido a la enorme cantidad de bajas potenciales que surgirían si se decidiera atacar y si los rusos o los cubanos contraatacaban). Si bien la idea de no atacar Cuba en el caso de que los misiles ya fueran operacionales surgió desde la primera sesión y, en parte, fue por eso que se decidió (en la segunda) enviar nuevas misiones de reconocimiento el martes 17, no fue sino hasta este momento que realmente tuvo un peso debido a la nueva evidencia. No obstante, si bien los vuelos de reconocimiento ya habían identificado cinco sitios

diferentes de lanzamiento de misiles, aún no habían podido cubrir el total de la isla (y, de hecho, aún no se habían terminado de analizar las fotografías tomadas el día anterior), por lo que aún no se sabía si ya había misiles operacionales o no.

Otro cambio importante que se dio en esta sesión fue el que, por primera vez desde que había empezado la crisis, Kennedy comenzó a tener una mayor participación dentro de las discusiones presentando sus puntos de vista (Stern, 2005: 56). Aunque aceptó que desde un punto de vista político podría ser útil el advertirle a Khrushchev, Taylor se volvió de la opinión de que, debido a la gran cantidad de armamento encontrado en Cuba, la invasión era el único camino que podía minimizar el riesgo de una represalia. Sin embargo, el asunto que seguía en duda era cuál sería la respuesta soviética a un ataque: como McCone bien apuntó, no había pacto alguno que comprometiera a la URSS en la defensa de Cuba; sin embargo, Thompson, que era el experto en la Unión Soviética dentro del ExCom, rechazó tal propuesta porque en un ataque por sorpresa se matarían muchos soviéticos (y esto incrementaba las posibilidades de una represalia); y en cambio, respaldó el bloqueo (de armas ofensivas) considerando que los rusos no se atreverían a tratar de romperlo si este se encontraba respaldado por una declaración de guerra. De darse el ataque, consideró que la respuesta no sería en Berlín (como sugirió Kennedy), sino en las bases en Turquía, ya que desde su perspectiva las intenciones del premier ruso eran, desde un inicio, intercambiarlas por las bases en Cuba.

De esto se desprendió otro punto importante que se presentó en esta reunión: por vez primera, Kennedy expresó la posibilidad (sugerida a él por Stevenson el día anterior) de intercambiar pacíficamente los misiles en Turquía por los misiles rusos en Cuba. Nadie respondió a esta sugerencia. A pesar de que Robert Kennedy rechazó el bloqueo por considerar que era “una muerte muy lenta”, y el presidente consideró que esta medida no detenía el trabajo en los misiles que ya se encontraban en Cuba, Thompson tocó otro punto clave al advertirle al Presidente, refiriéndose a Khrushchev: “Usted quiere hacerlo... lo más fácil posible para que él pueda retroceder”. Evidentemente a nadie le convenía quitarle esa alternativa al premier ruso (Stern, 2005: 57).

McCone entonces presentó la visión de Eisenhower quien sugería atacar “justo a la yugular primero”, es decir, atacar La Habana. Nadie hizo eco de su sugerencia. Después de dar algunas vueltas a la discusión, Kennedy volvió a plantear la propuesta de intercambiar los misiles de Turquía por los de Cuba; en esta ocasión, Bundy lo secundó y, aunque se retractó un poco después de que Rusk objetara que tal intercambio sería algo “muy serio”, dijo algo que es de primordial importancia para el presente trabajo: explicó que el intercambio de misiles tan solo era una forma de minimizar el peligro, puesto que “este es un problema político no un problema militar”.

Entonces, de nuevo McNamara volvió a poner el dedo en la llaga del ataque por sorpresa, repitiendo las advertencias de Thompson de que, con él, morirían muchos soviéticos y que, si bien podrían aceptar un intercambio de misiles (incluyendo los de

Italia), difícilmente lo harían después de que personal soviético muriera en Cuba. Ante esto, Ball insistió en dar un aviso previo a cualquier ataque para con ello minimizar la cantidad de víctimas, advirtiendo de nuevo que un ataque sin advertencia “es como Pearl Harbor” y que esa “no es la conducta que uno espera de los Estados Unidos”.

Kennedy se encontraba convencido de que la respuesta soviética a un ataque en Cuba sería atacar Berlín y, en un intercambio entre él, su hermano, McNamara y Taylor, llegaron a la conclusión de que eso conduciría, a la larga, a una guerra nuclear. Fue entonces cuando Kennedy formuló explícitamente, por primera vez, el problema en cuestión: “Ahora, la verdadera pregunta es qué acción tomamos que disminuya las posibilidades de un intercambio nuclear, el cual obviamente es el fracaso final”. Como Stern lo señala, al ser la responsabilidad de Kennedy la toma de decisiones, este fracaso sería *su* fracaso, y eso pesaba fuertemente en su cabeza (p. 59).

A partir de este momento la idea del bloqueo comenzó a resultarle cada vez más atractiva al presidente de los Estados Unidos y, entonces, empezó a tratar de aclararla al preguntar si realmente era necesario declararle la guerra a Cuba para poder llevar a cabo dicho bloqueo. El problema con la declaración de guerra, desde su perspectiva, era, por un lado, lo desigual que esta resultaría a los ojos extranjeros (y el consiguiente rechazo a Estados Unidos que despertaría como consecuencia) y, por el otro, que estando en tales circunstancias lo más probable es que se tuviera que proceder a la invasión, lo cual generaría aún más rechazo en contra de su país. Por esto, a pesar de la advertencia de Ball de que tal bloqueo sería ilegal, Kennedy insistió en no asumir que el bloqueo implicaba la previa declaración de guerra.

Ball siguió presionando por el lanzamiento de un ultimátum previo a un ataque, rechazando el bloqueo con las mismas palabras que Robert Kennedy; Bundy consideró que, con o sin declaración de guerra, el bloqueo conduciría a la invasión. Por su parte, McCone expresó que los soviéticos no respetarían el bloqueo, mientras que Thompson creía que podrían respetarlo, pero que tomarían acciones en Berlín. Ante esto Rusk especuló que o bien Khrushchev podía ser disuadido de buscar represalias si se le advertía que los Estados Unidos responderían a cualquiera de ellas o bien era posible que él estuviera “un poco loco” y, por ende, no se podía confiar en él.

Kennedy, aún dudando visiblemente, intentó ponerse en el lugar del premier soviético, tratando de imaginarse lo que él habría hecho si la crisis se hubiera dado a la inversa: que los rusos, después de haber advertido sobre la colocación de los misiles y estos hubieran sido instalados de todas formas, hubieran procedido a destruirlos: ¿buscaría él una represalia que podía escalar hacia una guerra general? “Para mí”, Kennedy reflexionó, “hay ciertas ventajas en eso, si ahí termina todo”. Evidentemente aún encontraba atractiva la opción de los ataques aéreos y, para defenderlos, trató de quitarles de encima el estigma de Pearl Harbor al afirmar que no era lo mismo, que ellos le habían advertido a todo el mundo lo que harían si se daba el caso.

Curiosamente, mientras que el presidente seguía coqueteando con la idea del ataque, su hermano Robert, quien había sido uno de los participantes más “halcones” desde el inicio de las discusiones (motivado, al parecer, por su gran responsabilidad en el desastre de Bahía de Cochinos), ahora comenzaba a cambiar de opinión: “Creo que George Ball tiene un muy buen punto”, ya que al darle a los soviéticos una advertencia ratificaría “que tipo de país somos”. Rusk lo secundó afirmando que advertir a los rusos sería preferible que “cargar con la marca de Caín en tu frente” y, Robert Kennedy, reafirmó esto diciendo que los Estados Unidos habían intentado prevenir un ataque por sorpresa de los soviéticos durante quince años y que, hacerle eso mismo a un país pequeño, era “una carga muy pesada para llevar”: al parecer la analogía con el caso de Pearl Harbor había surtido efecto. Ante esto, Kennedy de nuevo intervino y, al parecer persuadido por los argumentos de quienes lo habían precedido en el uso de la palabra, consideró que la gran ventaja de la advertencia era darle tiempo a Khrushchev para que por lo menos sacara a su personal de los sitios, ya que su objetivo era quitar los misiles, no matar personas. Asimismo, reconoció por primera vez de forma explícita que, una vez iniciada una acción militar, no había garantía alguna de que esta pudiera ser detenida. Expresó con esto su esperanza, que fue definitiva en esta toma de decisión, de que una acción mesurada por parte de Estados Unidos condujera a una reacción soviética también mesurada.

Aunque Thompson no compartía por completo esta visión optimista, sí creía que había que buscar un acercamiento con Khrushchev, ya que de otro modo, al no poder predecir cuál sería su reacción ante un ataque, estarían jugando a la “ruleta rusa”. Ante esto, Kennedy consideró, siguiendo su idea de buscar una acción moderada, que sería muy diferente la reacción de los rusos ante la simple destrucción de sus misiles que ante una invasión: ante la primera él esperaba que reaccionaran destruyendo sus misiles en Turquía, mientras que ante la segunda, era posible que reaccionarían invadiendo Turquía; a fin de cuentas, terminó aceptando que nadie podía adivinar si realmente los rusos responderían proporcionalmente. Además, desconfiaba de la invasión por considerar que era muy dudoso el resultado en ella, entre otros motivos, porque era también difícil adivinar cuál sería la reacción de Castro.

Se dedicó un tiempo de la sesión a definir cómo sería elaborada la supuesta notificación previa a Khrushchev. También se tomó un tiempo a planear que debería hacer el presidente esa tarde en la reunión, que ya tenía programada desde antes de que iniciara la crisis, con el ministro soviético del Exterior, Andrei Gromyko. Después de esto, McNamara resumió las alternativas que aún quedaban en pie, sugiriendo posteriormente que se prepararan planes para minimizar el precio militar de cada una de ellas:

- a) Movimiento lento hacia la acción militar (anuncio y bloqueo)
- b) Movimiento rápido hacia la acción militar (advertencia seguida por ataques aéreos)

Ante esta lista tan breve, Kennedy, aparentemente en un intento por no dejar que quedaran las demás opciones sin ser consideradas, complementó la lista añadiendo más opciones con las siguientes palabras:

Como dije, está el bloqueo sin ninguna declaración de guerra. Está un bloqueo con declaración de guerra. Tenemos los ataques...tenemos la invasión. Tenemos la notificación a Khrushchev (p. 158).

Como Stern (2005: 62) claramente hace ver, difícilmente los miembros del ExCom podían dejar de notar qué opción había mencionado el presidente en primer lugar. Ya cuando la reunión se acercaba a su fin, al parecer surgió un consenso en que las opciones a revisar se podían reducir a dos alternativas básicas de las cuales se podían derivar las variaciones que se quisiera:

1. El bloqueo
2. El ataque

De nuevo McNamara hizo un llamado a considerar cuáles serían las respuestas soviéticas a cada una de esas alternativas y Thompson completó el punto añadiendo que también se debía planear cuál sería la respuesta norteamericana ante cada una de las posibles respuestas rusas. El punto clave para poder inclinarse por una de las dos opciones básicas, aunque ya había aparecido con anterioridad en la discusión, fue replanteado por Bundy: saber si los misiles ya eran o no operacionales y, de ser el segundo caso, saber con cuánto tiempo se contaba antes de que esto ocurriera.

Se decidió entonces estar preparados para los ataques lo antes posible, aunque aún no se hubiera tomado una decisión, simplemente para estar listos en caso de que fuera necesario. También se acordó volver a reunirse una vez que hubiera concluido la reunión del presidente con Gromyko. La sesión terminó oficialmente, Kennedy abandonó la habitación y de nuevo quienes permanecieron en ella continuaron discutiendo. Entonces, ante el respaldo de Bundy hacia el bloqueo, Johnson arguyó que el hacerlo sin declaración de guerra y sin el apoyo de la OEA era la peor decisión. McNamara entonces insistió en que los misiles en Cuba necesariamente tendrían un precio, y que el precio mínimo que él veía eran los misiles norteamericanos en Turquía e Italia. Si se conseguía este intercambio sin que la alianza en la OTAN se desquebrajara, entonces se habría alcanzado “la mejor solución posible”, ya que había muchas soluciones peores que esa. De nuevo respaldó el bloqueo, solo que ahora lo hizo con mayor convicción, debido a que consideraba que reducía el riesgo de una acción militar a larga escala, la cual no podía beneficiar a su país.

**Quinta sesión del ExCom: jueves 18 de octubre por la noche, Salón Oval.** Después de la reunión de la mañana, el presidente se entrevistó con Dean Acheson, quien le sugirió la vía de los “ataques quirúrgicos”, argumentando que la analogía con Pearl Harbor era “tonta” y que los soviéticos solo entendían el lenguaje de la fuerza y la disposición a usarla. Al terminar su reunión con Gromyko, en la cual le lanzó varias indirectas sobre el asunto de los misiles sin éxito, Kennedy se reunió con el exsecretario de Defensa, Robert Lovett, y con varios consejeros para pedirles su opinión al respecto. Lovett respaldó la decisión del bloqueo afirmando que si bien había riesgo en ella, en una situación como esta los riesgos no podían ser evitados (Stern, 2005: 64-65). El asesor jurídico del Estado, Leonard Meeker, quien había sido invitado a las reuniones que el Departamento de Estado realizó por la tarde para que hiciera un análisis legal de la opción del bloqueo, recomendó que este fuera llamado “cuarentena defensiva” en vez de “bloqueo”, para con ello evitar las consecuencias legales de llevarlo a cabo sin una previa declaración de guerra (May y Zelikow, 1997: 171).

Al parecer la reunión del ExCom (pp. 171-172) dio inicio en algún momento entre 9:00 y 10:00 pm. Debido a lo inusual de la hora y para no levantar sospechas entre los reporteros, sus miembros fueron introducidos por el Ala Oeste de la Casa Blanca (donde no había reporteros), y por esta misma razón, la reunión se llevó a cabo en un lugar inusual (el Salón Oval) y no pudo ser grabada. Sin embargo, el relato de ella se conserva entre las cintas: alrededor de la media noche, una vez que la reunión concluyó, Kennedy se dirigió a la Oficina Oval, encendió el dispositivo de grabación y, en pocas palabras, relató lo ocurrido durante la misma y en sus encuentros previos.

De acuerdo con el relato de Kennedy, Bundy se opuso a cualquier acción, argumentando que cualquiera de ellas tendría como consecuencia una represalia soviética en Berlín (que es lo que lo soviéticos querían) y que esto dividiría las alianzas de los Estados Unidos. Todos los demás estuvieron de acuerdo en que si Estados Unidos fallaba en responder ante este movimiento ruso, entonces esto dividiría tanto a las alianzas como al país mismo y, en dos o tres meses, tendrían que enfrentar la amenaza rusa sobre Berlín, pero ahora contando con un armamento nuclear mayor en su contra. La percepción de Kennedy era que se había logrado un consenso en la opción del bloqueo, comenzando el domingo por la noche y bloqueando únicamente (al menos en un inicio) el ingreso de armas ofensivas a Cuba. Ya casi al final de su relato, el presidente añadió:

Estaba muy ansioso de que no tuviéramos que anunciar un estado de guerra existente, porque obviamente sería malo dejar salir la palabra dando a entender que estábamos teniendo una guerra en vez de un bloqueo limitado para un propósito limitado (p. 172).

Ahora era evidente cuál era la medida que Kennedy estaba buscando para poder tomar esta decisión.

Sexta sesión del ExCom: viernes 19 de octubre, 9:45 a.m., Sala del Gabinete. Nueva información había surgido de los trabajos del Centro Nacional de Interpretación Fotográfica, el cual había seguido interpretando las fotografías tomadas durante el miércoles 17: dos de los sitios de lanzamiento de MRBM ya se encontraban en estado operacional y otros dos, de IRBM, podrían estarlo en un mes (Stern, 2005: 66).

Después de que Taylor les notificara a los jefes del consenso del día anterior sobre el bloqueo, estos enérgicamente repitieron su demanda de llevar a cabo un ataque aéreo en los sitios de los misiles y en los campos aéreos, seguido de una invasión (May y Zelikow, 1997: 173). Como veremos, esta oposición radical entre la visión del JCS y el presidente Kennedy será de suma importancia en nuestro análisis. Esto llevó a que se diera esta sesión (pp. 173-188), la cual no fue como las anteriores, ante el pleno del ExCom, sino entre el presidente y el JCS: al parecer las intenciones de Kennedy eran darles a los jefes la oportunidad de ser escuchados, de presentarle sus argumentos, antes de tomar una decisión definitiva. No obstante, la animadversión existente entre el JCS y él resulta más que evidente.

El primero en hacer uso de la palabra fue Kennedy, quien trató de explicar en qué consistía el problema desde su punto de vista. Comenzó afirmando que una respuesta débil por parte de los Estados Unidos podría alterar el balance de poder estratégico. Sin embargo, advirtió que un ataque a Cuba les daría luz verde a los soviéticos para tomar Berlín y los aliados de la OTAN culparían a los Estados Unidos por no haber tenido las agallas de tolerar la situación en Cuba:

Ahora, eso es lo que hace nuestro problema tan difícil, si vamos allí y los eliminamos en un ataque aéreo rápido, neutralizamos la posibilidad de peligro para los Estados Unidos de que esos misiles sean usados, y prevenimos que surja una situación, al menos, dentro de Cuba... Por el otro lado, incrementamos grandemente las posibilidades, como yo creo –va a haber una represalia de la Unión Soviética, siempre la hay– [de] que ellos simplemente vayan y tomen Berlín por la fuerza. Lo cual me deja tan solo una alternativa, que es disparar armas nucleares –que es un infierno de alternativa– y comenzar un intercambio nuclear, con todo esto ocurriendo (p. 176).

Stern resalta el empleo que hace Kennedy del primer pronombre del singular (2005: 67). Al parecer quería darles un claro mensaje a los jefes: la decisión era suya, y de nadie más. Antes de que alguno de los jefes militares tomara la palabra, Taylor intervino brevemente para aclarar que ellos estaban de acuerdo en que la credibilidad de los Estados Unidos estaba en juego, pero que la pregunta era: ¿qué tipo de respuesta dar?

El primero de los jefes en hablar fue el general LeMay. Rechazó el punto de vista del presidente de que la respuesta soviética sería tomar Berlín, pues desde su perspectiva ellos tomarían Berlín solo si los Estados Unidos fallaban en tomar una acción militar en Cuba. Ante la pregunta de Kennedy de qué tipo de represalias esperaba de los soviéticos

si atacaban Cuba, el general respondió tajantemente que no habría ninguna, siempre y cuando se le advirtiera a Khrushchev que si intentaban tomar Berlín, entonces ellos iban a pelear. Después de hablar así, el general se tiró directo a la yugular del presidente:

Así que no veo otra solución. Este bloqueo y la acción política, veo que conduce a la guerra. No veo ninguna otra solución. Conducirá directo a la guerra. Esto es casi tan malo como el apaciguamiento de Múnich (p. 178).

Después de una breve pausa en la que todos parecían estar conteniendo el aliento (y después de no haber percibido ninguna reacción en el presidente ante esta dura indirecta), LeMay concluyó su intervención haciendo énfasis en que la única solución era una intervención militar inmediata. Si bien Kennedy logró mantener la sangre fría en ese momento, un miembro del ExCom que lo vio después de que la reunión concluyó, declaró que estaba sumamente enojado (Stern, 2005: 68). Desde la perspectiva de LeMay, el bloqueo no solo llevaría a la guerra, sino que esta se pelearía en condiciones desventajosas para los Estados Unidos, a diferencia de lo que ocurriría si atacaban por sorpresa, donde tenían toda la ventaja.

Más diplomático que LeMay, el jefe de Operaciones Navales, almirante George Anderson, afirmó que podían llevar a cabo el bloqueo a Cuba, pero que él no veía ninguna otra solución que la militar. Al igual que quien lo antecedió en el uso de la palabra, Anderson consideraba que solo una respuesta fuerte podía disuadir a los soviéticos de atacar Berlín. Incrédulo ante esta lógica militar, Kennedy afirmó: “No pueden simplemente dejarnos destruir... sus misiles, matar muchos rusos, y no hacer nada”, ante lo cual LeMay simplemente se limitó a repetir dicha lógica.

Siguió de hablar el general Wheeler, jefe del Estado Mayor del Ejército, quien, en la misma línea de los demás jefes, afirmó que solo el bombardear los misiles, seguido de un bloqueo y de una invasión podría proteger a los Estados Unidos de un ataque nuclear desde Cuba. Esta era, desde su perspectiva, la forma en la cual se corría el menor riesgo. Finalmente, el comandante del Cuerpo de Marines, David Shoup, le advirtió al presidente que el no actuar militarmente en Cuba disminuiría el poder de los Estados Unidos en todo el mundo. Además, añadió, que mientras más se tardaran en tomar acción militar, más fuerzas se necesitarían para la invasión. Enfáticamente afirmó que se debía proceder a la invasión, y que, si se tomaba esa decisión, se aseguraba un éxito decisivo lo más rápido posible.

De nuevo LeMay tomó la palabra advirtiendo al Presidente que los misiles en Cuba pondrían a toda Latinoamérica bajo la amenaza de un chantaje nuclear, y que por eso la decisión de llevar a cabo el bloqueo sería vista por todos, incluso al interior de Estados Unidos, como una respuesta muy débil. A pesar de eso, Kennedy insistió de nuevo en su postura de la respuesta mesurada y el peligro de generar una escalada. Entonces Taylor,



tratando de cumplir su función como “traductor” entre los civiles y los militares, apuntó que Norteamérica no podía invadir Cuba con esos misiles “apuntando a su cabeza”, ante lo cual Kennedy añadió que no había necesidad de invadir Cuba, que ese país tan solo era una dificultad más con la que tenían que aprender a vivir (al igual que la Unión Soviética o China), ya que la existencia de esos misiles tan solo incrementaba el peligro, no lo creaba.

Cuando el presidente se preparaba para marcharse, en un último intento el General Wheeler comentó que no había solución militarmente aceptable en Berlín, pero que sí la había en Cuba. Ya despidiéndose, Kennedy se dirigió a los Jefes en los siguientes términos:

Aprecio sus puntos de vista. Estas son alternativas insatisfactorias. El argumento obvio para el bloqueo era [que] lo que queremos hacer es prevenir, si podemos, la guerra nuclear por escalada o desequilibrio (p. 186).

Si bien a estas alturas ya resultaba evidente por qué opción se inclinaba Kennedy, la decisión definitiva aún no había sido tomada, al menos no explícitamente. Así lo entendió McNamara quien, después de la partida del presidente, les dijo a los jefes que había dos alternativas a ser consideradas y que debían especificar cómo debían estas ser llevadas a cabo: el bloqueo y el ataque aéreo. Después de que todos los civiles hubieran abandonado la habitación, varios militares permanecieron en ella por algunos momentos: confiados en que nadie los podía oír, dan rienda suelta a su desprecio por el control civil de las decisiones militares.

**Séptima sesión del ExCom: viernes 19 de octubre por la tarde, Departamento de Estado.** Después de la reunión con el JCS, Kennedy se burló de la certeza con la cual afirmaban los militares que no habría represalia alguna por parte de la Unión Soviética: “Estos sombreros de latón tienen una gran ventaja a su favor... Si los escuchamos y hacemos lo que ellos quieren que hagamos, ninguno de nosotros quedará con vida después para decirles que estaban equivocados” (Stern, 2005: 71).

Temprano por la mañana, Bundy le había dicho a Kennedy que después de una noche sin dormir había llegado a la conclusión de que el bloqueo era inadecuado porque no eliminaría los sitios que ya se encontraban bajo construcción. Sorpresivamente, Kennedy admitió que él también tenía dudas similares, y le pidió a Bundy que mantuviera viva la opción del ataque aéreo. Sin embargo, posteriormente Bundy descubrió que los “abogados del ataque aéreo quieren atacar todo lo que pueda volar en Cuba, y eso no es exactamente lo que el presidente tenía en mente” (p. 71).

Antes de partir en un viaje de campaña hacia Ohio, Illinois y Chicago, Kennedy pidió a su hermano y a Sorensen que intentaran formar un consenso a favor del

bloqueo al interior del ExCom en la sesión que se llevaría a cabo (en su ausencia) durante esa tarde. En dicha reunión (que evidentemente no pudo ser grabada), tanto Bundy como Robert Kennedy y Sorensen cumplieron cabalmente las instrucciones del presidente. Por su parte, Acheson y Taylor, con el acuerdo de McCone y Dillon, mantuvieron su postura de apoyar la acción militar inmediata (p. 71). Por otro lado, McNamara acordó con la planeación para los ataques aéreos, pero siguió respaldando el bloqueo como un primer paso a seguir; en este punto el respaldo de Robert Kennedy (quien tan solo se encontraba siguiendo las instrucciones de su hermano, ya que su opinión personal era mucho más agresiva) repitió los argumentos ya esbozados en contra de un ataque sorpresa y añadió: “Un bloqueo demostrará la fuerza y la moderación americanas y le dará a los soviéticos una oportunidad de reconsiderar sus temerarios errores de cálculo” (p. 72). Evidentemente, las discusiones se encontraban en un callejón sin salida.

**Octava sesión del ExCom: sábado 20 de octubre, 2:30 p.m., Salón Oval.** Temprano por la mañana, Robert Kennedy telefoneó a su hermano y le pidió que regresara a la Casa Blanca. El presidente fingió tener un resfriado, canceló sus compromisos planeados para ese día y alrededor de la 1:30 p.m. convocó a otra junta del ExCom. Esta reunión (May y Zelikow, 1997: 189-203) se llevó a cabo de nuevo en el Salón Oval, por lo que tampoco pudo ser grabada.

Se sabe, no obstante, que la reunión dio inicio con la información de inteligencia presentada por Ray Cline, director adjunto de Inteligencia de la CIA, cuyas minutas fueron publicadas en *CIA Documents on the Cuban Missile Crisis* (1992), editados por Mary S. McAuliffe. En ellas (pp. 221-226), Cline resume los hallazgos realizados hasta el momento por la agencia: cuatro y posiblemente cinco sitios MRBM, dos de los cuales (cada uno con la capacidad para lanzar cuatro misiles) se encontraban en estado operacional; dos sitios IRBM, uno de los cuales se prevía que se encontraría en estado operacional en seis semanas y el otro en ocho; además, un posible lugar de almacenamiento de material nuclear.

Después de escuchar a Cline, McNamara y Taylor, quienes evidentemente ya habían tomado una decisión, volvieron a repetir sus argumentos. Robert Kennedy regresó a su postura de invadir Cuba y Bundy favoreció el plan del JCS. Kennedy entonces confesó que una combinación entre el bloqueo y los ataques aéreos le resultaba muy atractiva: así el bloqueo les daría tiempo de reflexionar a los rusos y, si no procedían a desmantelar los misiles, entonces se ordenaría al ataque. Repitió sus argumentos en contra de los ataques por sorpresa y consideró que si bien no había opciones seguras, por lo menos el bloqueo podía “comparar tiempo” para monitorear la actividad soviética en Cuba. De ser necesarios los ataques, respaldó el atacar solo a los misiles. Rusk y Stevenson hicieron eco de la propuesta del presidente.

Finalmente, Kennedy se decidió por el bloqueo y lo autorizó. También se decidió que se les notificaría, tanto a los turcos y a los italianos, como a las tropas norteamericanas en esos países, que no debían disparar los misiles estratégicos, incluso si eran atacados. Solo una orden presidencial podía decidir esto y, para estar seguros de que esto se cumpliera cabalmente, también se decidió dar la orden de que se desmantelaran las cabezas nucleares en estos sitios. Se acordó también que los preparativos para invadir Cuba continuarían, para estar listos en caso de que fuera necesario. Finalmente, Kennedy le pidió a Sorensen que preparara su discurso: había que explicarle a la nación el asunto de la “cuarentena”.

### Análisis de la decisión

Aunque hasta ya muy avanzada la discusión Bundy llegó a argumentar a favor de no hacer nada, ya que, desde su punto de vista, los misiles en Cuba no hacían una diferencia importante (ni en el balance estratégico ni en la amenaza a Estados Unidos), el resto del ExCom (y la totalidad del JCS) consideraban que era indispensable tomar alguna medida para eliminar dichos misiles. Fue así que, a pesar de que Bundy tuvo la oportunidad de defender su punto de vista (mismo que cambió después radicalmente), la discusión en realidad se dio en el campo de decidir qué hacer para acabar con la amenaza. En términos generales, podemos afirmar que las propuestas de acción discutidas durante este periodo de reuniones del ExCom se pueden reducir a una lista de cinco opciones básicas. Las demás opciones presentadas serían algunas de las combinaciones que con ellas se pueden hacer. La lista quedaría como sigue:<sup>12</sup>

1. Ataque aéreo quirúrgico
2. Ataque aéreo extendido
3. Invasión
4. Acercamiento político
5. Bloqueo

Algunos, por ejemplo, propusieron comenzar con 1 y luego buscar 4; otros propusieron el orden inverso. Algunos sugirieron dar inicio con 2 y después realizar 5; otros opinaron iniciar con 1, continuar con 2 y concluir con 3. Como puede verse claramente, las dos opciones que sobrevivieron hasta el final de las discusiones quedarían determinadas de la siguiente forma: el JCS y algunos miembros del ExCom propusieron 2, 5 y 3 (en ese orden); Kennedy y algunos de sus consejeros de confianza propusieron 4, 5 y, si no había respuesta satisfactoria, entonces 1. Evidentemente, ambos grupos tenían perspectivas muy distintas.

---

<sup>12</sup> Tomando en cuenta que 2 incluye a 1 y que 3 incluye a 2.

Ahora bien, cada una de estas perspectivas individuales tenía sus ventajas y sus desventajas, mismas que fueron saliendo a la luz durante las discusiones; de hecho, las combinaciones entre ellas surgieron como una forma de tratar de eliminar (o por lo menos minimizar) algunas de estas desventajas. Las principales desventajas de cada una de ellas serían las siguientes:

Opción	Desventajas
1	<p>No es 100% efectiva.</p> <p>Deja el camino abierto a las represalias.</p> <p>Puede escalar a una guerra.</p> <p>Es como Pearl Harbor.</p> <p>Puede conducir a 3.</p> <p>Reacción "anti-yankee".</p> <p>No es definitiva (los misiles se pueden volver a poner).</p>
2	<p>No es 100% efectiva.</p> <p>Puede escalar a una guerra.</p> <p>Es como Pearl Harbor.</p> <p>Puede conducir a 3.</p> <p>Reacción "anti-yankee".</p> <p>No es definitiva.</p>
3	<p>Es desproporcional con el propósito.</p> <p>Puede escalar a una guerra.</p> <p>Reacción "anti-yankee".</p> <p>Se pone más en juego (ya que no es del todo claro su costo).</p>
4	<p>Es un proceso muy lento.</p> <p>No elimina el peligro inmediato.</p> <p>Puede escalar a una guerra.</p> <p>Pone bajo advertencia a los soviéticos.</p> <p>1, 2 y 3 se vuelven mucho más difíciles (si no es que imposibles).</p> <p>Puede ser interpretado como una respuesta débil.</p>
5	<p>Es un proceso muy lento.</p> <p>No elimina el peligro inmediato.</p> <p>Puede escalar a una guerra.</p> <p>Puede ser interpretado como una respuesta débil.</p> <p>Requiere una declaración de guerra y esto puede conducir a 3.</p>

Como resulta evidente, esta simplificación de las objeciones no es del todo justa. Si bien podemos encontrar la misma objeción en dos o más de las opciones, es claro que esta objeción no necesariamente se da de la misma forma en todas ellas. No obstante,

la evaluación de cada una de las objeciones depende de la perspectiva particular del actor (o del grupo unificado de ellos) del que estemos hablando. Por ejemplo, en todas las opciones encontramos la objeción “puede escalar a una guerra”, pero como se vio en las discusiones, esta objeción, vista desde la perspectiva de alguno de los actores, no tuvo el mismo peso en todas las opciones: desde la perspectiva de Kennedy, fue determinante para el rechazo de las opciones 1, 2 y 3, pero en el caso de 5 apenas y lo tomó en consideración. Evidentemente, desde la perspectiva del JCS, esta percepción sería al revés.

Sin embargo, como se mostró en la narración de las discusiones, a pesar de las perspectivas tan diametralmente opuestas entre unos y otros, encontramos un acuerdo sobre cuál sería el peor resultado posible: la guerra nuclear. Todos los participantes están de acuerdo en que el fin a perseguir es evitar llegar a la confrontación nuclear con los soviéticos. Evidentemente este sería el escenario en el cual todos perderían, sin importar a qué grupo pertenecieran. En donde no hay acuerdo, es en la elección de los medios que puedan conducirlos hacia ese fin. Toda la discusión busca eso: encontrar los mejores medios posibles que puedan conducirlos al fin de evitar la confrontación nuclear con la Unión Soviética.

Pero, puesto que todas las decisiones implican un cierto riesgo de tener este desenlace, ¿esto significa que los norteamericanos prefieren la guerra nuclear antes que aceptar la propuesta de Bundy de no hacer nada? Evidentemente no. Por lo menos dos son las razones que podemos argumentar al respecto: una consiste en que, como resulta claro, la elección no sería entre no hacer nada y guerra nuclear, sino entre no hacer nada y con ello perder posición, poder, etc., y la posibilidad de guerra nuclear al tratar de eliminar los misiles; la otra razón es el hecho, que podemos ver muy presente en las discusiones, de que la mayoría de los participantes no creen que la solución de Bundy evite la guerra, sino todo lo contrario, sería un camino que conduciría a ella (por la pérdida de confianza en Estados Unidos por parte de sus aliados que podría romper la alianza de la OTAN y el exceso de confianza que con ello adquirirían los soviéticos y que podría conducirlos a atacar Berlín).

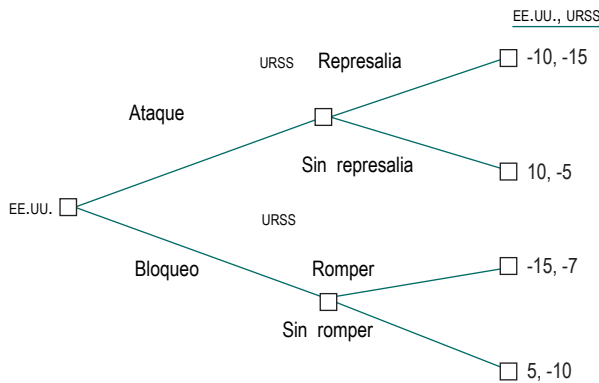
No obstante las diferencias de opinión al interior del ExCom, podemos ver, por cómo se fueron eliminando o modificando algunas de las opciones, que algunas de las objeciones a las mismas tuvieron un gran peso. Por ejemplo, en el caso de la propuesta 1, el que se objetara que dejaba libre el camino para las represalias condujo a que se propusiera 2 e incluso 3; cuando se indicó que no era una solución definitiva, entonces se propuso añadirle 5; y cuando se indicó que era como Pearl Harbor, entonces se propuso que le antecediera 4. Sin embargo, hubo algunas de estas objeciones que tuvieron un peso extraordinario: el caso más claro lo encontramos, sin lugar a dudas, precisamente en la analogía con Pearl Harbor. Es principalmente por esta influencia que las modificaciones de las 5 opciones quedaron de la siguiente forma dentro del ExCom:

Opción inicial	Opción modificada
1	4 y $\diamond 1$
2	4 y $\diamond 2$
3	4, 5 y $\diamond 3$

Opción inicial	Opción modificada
4	4 y $\diamond 1$
5	4, 5 y $\diamond 1$

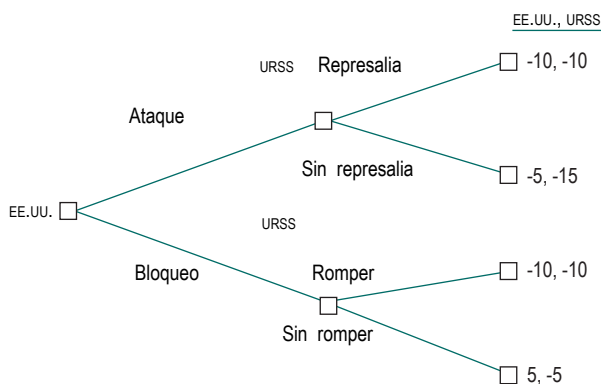
Podemos afirmar que el “efecto Pearl Harbor” fue el responsable de la incursión de la opción 4 al inicio de todas las propuestas y de que, en todas menos en la 5, la propuesta inicial haya quedado como una mera posibilidad. Podemos ver claramente que la idea de Kennedy era darle una oportunidad a la negociación política antes de tomar alguna medida militar fuerte. Sin embargo, la pura negociación política podía resultar muy débil como un primer paso: de ahí que al ser reforzada con el bloqueo, a pesar de ser una medida moderada también era una medida militar, le resultara tan atractiva. Pero hacía falta algo más. Como se mencionó, uno de los principales problemas del bloqueo era que no resolvía el problema ya existente de los misiles en Cuba, de ahí que se añadiera la posibilidad 1. De hecho, y como puede verse claramente en el cuadro, la ideas de Kennedy de dar una respuesta mesurada y de darle una oportunidad a la política dominan las versiones modificadas no solo por la presencia de 4 en todas (que determina que las acciones militares duras terminen reducidas a una posibilidad), sino también, por la presencia de la posibilidad de 1, en vez de 2 o 3, como medida “endurecedora” de las opciones que se consideraban muy débiles. La consecuencia de esto es que, en realidad, 5 tan solo se implementaría como medida para evitar que el problema se incrementara; dicho en otras palabras: la opción elegida del bloqueo, más que una versión complementada de 5, pareciera ser una versión “endurecida” de la opción del acercamiento político.

Sin embargo, desde la perspectiva del JCS, la crisis tenía una solución muy simple: el ataque. Consideraban que si se atacaba de forma contundente y se acompañaba esto de una amenaza, entonces los soviéticos no se atreverían a intentar represalia alguna. En cambio, si se llevaba a cabo el bloqueo, esta respuesta débil haría que se volvieran más osados. Su visión quedaría representada por el siguiente árbol de juego:



Como puede verse en el árbol de juego, desde esta perspectiva la mejor decisión norteamericana era claramente el ataque no solo porque esto haría que los soviéticos se abstuvieran de contraatacar, sino también porque esto implica una mayor ganancia de la que se obtendría si el bloqueo tuviera éxito (ya que se elimina la oposición cubana). En cambio, si se optaba por el bloqueo, lo único que se podía esperar era que los soviéticos lo rompieran. Cabe hacer notar que el resultado no sería igual en ambos casos en los que se terminaría en guerra: según los jefes, de terminar en guerra el bloqueo, el resultado esperado sería considerablemente peor para los Estados Unidos que si terminara el ataque en guerra, debido a que en el primer caso los soviéticos no solo tendrían más tiempo para prepararse, sino que ya podrían contar con más armamento nuclear.

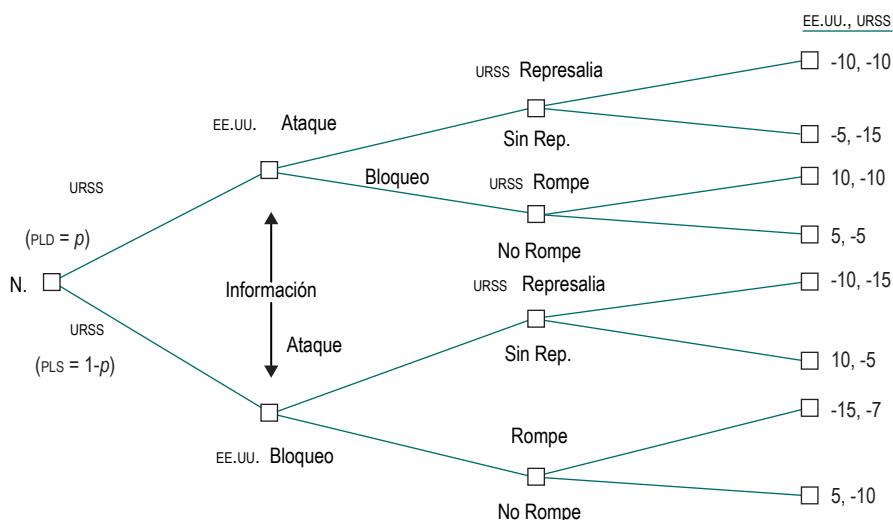
Desde la perspectiva de Kennedy el asunto era muy diferente. Él estaba convencido de que un ataque recibiría una represalia por parte de los soviéticos y, aunque no la recibiera, de cualquier forma los Estados Unidos tendrían que pagar un gran costo por haber atacado por sorpresa a un país pequeño. Además, él tenía la esperanza de que una acción moderada, como el bloqueo, condujera a una reacción también moderada por parte de la URSS. El árbol de juego quedaría de la siguiente forma:



En todas las posibles elecciones, los soviéticos perdían algo, incluso en la que parecería ser menos dañina para ellos que era el que respetaran el bloqueo. Esto se debe principalmente a que tendrían que retirar sus misiles (o tolerar las molestias del bloqueo). No obstante, era la mejor respuesta que podían dar ante dicho bloqueo.

Si asumiéramos que los miembros del JCS presuponían que los soviéticos pertenecían a la línea blanda y, por tanto no contraatacarían; y, además aceptáramos que Kennedy y quienes lo apoyaron en su decisión presuponían que pertenecían a la línea dura y temían que sí respondieran; entonces, con base en el ejemplo de la formalización presentada por Dixit y Skeath, la decisión norteamericana se enfrentaba ante una decisión marcada por la incertidumbre de saber cómo reaccionarán los soviéticos. Dicho con otras palabras, no se sabía si estos reaccionarían de acuerdo con una línea dura o una

línea blanda. Resulta evidente que, para poder encontrar una solución satisfactoria a esta decisión (al menos desde esta perspectiva), se tendría que encontrar una solución que funcione para ambos casos posibles. Un árbol de juego para esta perspectiva, entonces, quedaría de la siguiente forma:



Como se ve en el árbol, la respuesta rusa a un ataque dependería por completo de a qué línea pertenecían quienes deciden. Los de línea dura seguramente contraatacaran, mientras que los de línea blanda no. Parecería entonces que, siguiendo a Dixit y a Skeath, la solución al problema consistiría en encontrar un manejo de probabilidades que resultara ser adecuado (o por lo menos con posibilidades de éxito) para conducir a los fines de evitar la confrontación bélica. Sin embargo, el hacer eso sería falsear la toma de decisiones que se dio durante la crisis y las verdaderas perspectivas que tenían los dos grupos en debate por dos razones: la primera es que la toma de decisiones no se dio de esta forma; la segunda es que la percepción de los participantes era muy diferente a la simple determinación de los soviéticos como pertenecientes a una línea dura o a una blanda.

En cuanto a la primera razón, recordemos cuáles eran las expectativas de Kennedy sobre las posibles reacciones soviéticas ante cada una de estas opciones: en el caso del ataque, él esperaba que los rusos tomaran Berlín por la fuerza. Otros consideraron que la reacción sería "ojo por ojo" y que atacarían los misiles norteamericanos en Turquía (e incluso los de Italia), pero el presidente se mantuvo firme en que la respuesta sería en Berlín, de ahí que estuviera tan seguro de que el ataque conduciría a una escalada que desembocaría en una guerra nuclear. Por tal motivo, es importante recordar que lo que se encontraba subyacente en esta idea era el poder comprender bajo qué intenciones habían decidido los soviéticos poner los misiles en Cuba. Unos fueron de la idea de que buscaban ser intercambiados por los misiles Júpiter en Turquía y/o Italia (de una



forma u otra); otros argumentaron que, en el fondo, no eran realmente conscientes de lo que estaban haciendo; otros más consideraron que se trataba de un intento ruso de reacomodar la balanza del poder. Curiosamente, como lo demostró la evidencia liberada por Rusia años después (Stern, 2005: 18-19), ninguna de las suposiciones tenía la razón, al menos no por completo. Ciertamente Khrushchev buscaba alterar la balanza, pero no porque quisiera desbalancearla a su favor, sino porque el poderío nuclear ruso era poco más que una fábula; además, a pesar de que esta opción jamás fue realmente considerada por ninguno de los participantes de las discusiones más que como un mero pretexto, el premier soviético realmente estaba muy preocupado por proteger a Cuba después del intento de invasión en Bahía de Cochinos. No obstante, la visión de Kennedy era que lo que los soviéticos buscaban en Cuba realmente estaba en Berlín: ya fuera que lograsen establecer un poderío nuclear en la isla y que lo utilizaran para forzar a los Estados Unidos a abandonar la ciudad alemana, o que, al atacar los norteamericanos Cuba, dieran tácitamente luz verde para que ellos tomaran Berlín por la fuerza. Como resulta evidente, el “fantasma” de la crisis Suez-Hungría tuvo mucho que ver en esta percepción.

Sin duda esto, junto con la influencia que tuvo el estigma de Pearl Harbor, se puede expresar en los pagos. Pero queda un asunto importante por considerar y esto constituye la segunda razón: ni los miembros del JCS afirmaban que los rusos fueran de línea blanda, ni Kennedy y los que lo respaldaban afirmaban que fueran de línea dura. Ambos tenían puestas sus esperanzas en un punto: creían que su forma de actuar determinaría la forma de responder de los soviéticos. Dicho con otras palabras, el JCS creía que si actuaban fuertemente, entonces los rusos responderían blandamente y viceversa; mientras que Kennedy, aunque reconocía que no sabía cómo iban a responder, tenía puestas sus esperanzas en que su respuesta fuera proporcional a los actos norteamericanos. Estos puntos quedan evidenciados en los absurdos y las contradicciones a los que nos conduciría un árbol como el antes propuesto: los soviéticos de línea dura respetarían el ataque mientras que los de línea blanda romperían el bloqueo.

Aunado a esto, también faltaría un punto por corregir: si bien no serían “los mismos rusos” los de la parte superior que los de la inferior de cada uno de los sub-árboles, tampoco lo serían los norteamericanos del sub-árbol superior y los del inferior: de ahí que los pagos sean tan diferentes para ellos en ambos casos a pesar de que se consigan los mismos resultados. Podríamos explicarlo diciendo que también tenemos americanos de línea dura y de línea blanda, pero evidentemente esto haría inconsistente tal árbol. Si bien la pregunta central era esclarecer cómo responderían los soviéticos, las perspectivas de los participantes no se encuentran exactamente en el problema de saber si son de línea blanda o dura, sino en cómo pueden ellos, con sus actos, no solo determinar, sino “manejar” su modo de responder: el JCS creía que si Estados Unidos se comportaba como “halcón”, entonces los rusos responderían como “palomas”; pero que si ellos se

comportan como “palomas”, entonces la respuesta rusa sería como “halcón”. Por su parte, la creencia de Kennedy era que, como sea que los Estados Unidos se comporten, los rusos responderían de esa misma manera.

Es evidente que los militares ven a su país inmerso en un *juego de la gallina*,<sup>13</sup> ya que consideraban de vital importancia ser los primeros en adoptar una postura agresiva para intentar con eso obligar a los soviéticos a adoptar una postura pasiva. Por su parte, la lectura de Kennedy era muy distinta. Como vimos, su principal preocupación podría resumirse en una oración: evitar una guerra nuclear y, para conseguirlo, opinaba que necesitaba quitar los misiles de Cuba, darle tiempo a Khrushchev para que reconsiderara las cosas y buscar una salida negociada. Aunque Dixit y Skeath argumentan que la estrategia elegida es la denominada *brinkmanship* (que como vimos en el capítulo anterior es un *juego de la gallina* iterado), en realidad esta visión está más cercana a la de los militares. Kennedy no pretendía con el bloqueo generar un riesgo para hacer a los soviéticos retroceder, él consideraba que el riesgo ya existía, lo que quería era salir de él de la forma más adecuada. Las intenciones del bloqueo eran las siguientes: 1) evitar que entraran más misiles a Cuba y 2) presionar para que los que ya estaban ahí fueran desmantelados. No exageraríamos mucho si dijéramos que la elección del bloqueo se hizo no porque fuera la opción que resolvía el problema de forma definitiva, sino porque, de todas las opciones, era la que con más dificultad parecía conducir a la guerra. De ahí que se pusiera tanto empeño en superar las objeciones presentadas en su contra:

- Es un proceso muy lento.
- No elimina el peligro inmediato.
- Puede escalar a una guerra.
- Puede ser interpretado como una respuesta débil.
- Requiere una declaración de guerra y esto puede conducir a 3.

La primera fue vista como una ventaja, ya que, como Kennedy dijo, el bloqueo les permitía “comprar tiempo”, no solo a ellos, sino a los soviéticos también. La segunda se minimizó decidiendo que se les advertiría a los rusos que se mantendría una vigilancia extrema sobre los sitios bajo construcción para revisar que fueran desmantelados (y, al final, se acordó que habría supervisión por parte de la ONU para asegurarse de que así fuera) y que cualquier intento (o preparación) por disparar los misiles en su contra, desencadenaría un ataque inmediato. La tercera nunca fue tomada muy en serio, salvo por los integrantes del JCS. La cuarta se endureció añadiendo un ultimátum (no muy específico al inicio), de forma que si los misiles no eran desmantelados, entonces se

---

<sup>13</sup> También denominado “modelo halcón-paloma”.

procedería con el ataque aéreo. Finalmente la quinta, que era la única que quedaba pendiente antes de hacer oficial la decisión, fue hábilmente evadida por la argucia legal de cambiarle el nombre al bloqueo por el de “cuarentena defensiva”.

Todo indica que Kennedy sentía que la situación existente entre norteamericanos y soviéticos más bien era una versión del *dilema del prisionero*,<sup>14</sup> pero no en su presentación tradicional, sino en una forma iterada: las elecciones entre cooperar o no hacerlo se tenían que ir dando por turnos. En la forma tradicional (como vimos en el capítulo anterior) el juego no tiene una solución aceptable, ya que ambos jugadores serán guiados por sus *estrategias dominantes* hacia un *resultado subóptimo*. Esto implicaría que, al buscar cada uno su interés propio (y al alimentar esto la desconfianza mutua), la combinación de sus elecciones terminaría obteniendo un resultado que a ninguno de los dos convenía y, por ende, quedarían atrapados en esta dinámica. Sin embargo, en el caso de la versión iterada del dilema esto es diferente. Análogamente a lo que ocurre cuando iteramos el *juego de la gallina* y esto nos conduce hacia la estrategia denominada *brinkmanship* (que representa una amenaza más manejable), la versión iterada del *dilema del prisionero* nos puede permitir encontrar una solución que evada el *resultado subóptimo*.

En términos actuales de la teoría de juegos, diríamos que Kennedy había elegido seguir una *estrategia contingente*,<sup>15</sup> más específicamente, una *estrategia de gatillo*.<sup>16</sup> Puesto que podríamos considerar que los rusos cooperaron (ya que no rompieron el bloqueo), sería difícil especificar cuál *estrategia de gatillo* en concreto eligió usar el presidente. Sin embargo, cabe mencionar que una de ellas, la estrategia denominada *tit-for-tat*,<sup>17</sup> ha demostrado resolver el *dilema del prisionero* iterado rompiendo la cadena de represalias eternas.

No obstante, lo que hemos explicado hasta el momento no es suficiente. Aunque aceptáramos que esta era la perspectiva de Kennedy ante la Crisis, hay un factor que él tenía en mente y que no es del todo consistente con lo que hemos presentado: la comunicación. Hay que recordar que para que se dé un *dilema del prisionero*, una de las condiciones es que los jugadores no tengan comunicación entre sí. Podríamos aceptar que Kennedy eligió esta estrategia porque así leyó la crisis, pero lo que resulta evidente es que él no tenía planeado permitir que esta situación se mantuviera así. De ahí

---

<sup>14</sup> Como Poundstone afirma que son estudiados, en la actualidad, los conflictos al inicio de la era nuclear (1992: 21).

<sup>15</sup> En un juego iterado, es un plan de acción que depende de las acciones de los otros jugadores en los juegos anteriores (Dixit y Skeath, 2004: 632).

<sup>16</sup> En un juego iterado, esta estrategia coopera, hasta y a menos que, un rival decide no hacerlo: entonces, deja de cooperar por un periodo determinado (Dixit y Skeath, 2004: 646).

<sup>17</sup> Traducida como “ojo por ojo”, en un dilema del prisionero iterado consiste en: 1) cooperar en el primer movimiento y 2) hacer en cada periodo posterior lo mismo que el otro jugador hizo en su periodo anterior (Dixit y Skeath, 2004: 646).

que el acercamiento político que se planeaba buscar con Khrushchev implicara tener comunicación con él, tanto pública como privada. Por lo tanto, nos encontramos en el terreno de las negociaciones.

Como Schelling lo muestra (1980: 53) en una situación como esta la negociación tiene que ser, al menos en cierto sentido, implícita, ya que no se puede confiar en la otra parte y por lo tanto no puede haber una comunicación completa. La esperanza obvia que Kennedy tenía en esta negociación era el encontrar un *acuerdo tácito* con Khrushchev, ya que confiaba en que él tampoco quería la guerra nuclear y “la gente puede seguido hacer concordar sus intenciones o expectativas con otros si cada uno sabe que el otro está tratando de hacer lo mismo” (p. 57). Ahora sabemos que sus expectativas se cumplieron, ya que la participación de Khrushchev en el resultado de la crisis fue también determinante (Stern, 2005: 5).

Sin embargo, no toda la negociación fue implícita, de lo contrario no tendría sentido buscar canales de comunicación con el otro bando. Necesariamente toda situación de la seriedad de esta necesitaba la búsqueda de estos canales: son de vital importancia para aclarar los malentendidos y para dar muestras de las intenciones propias. Dentro de la teoría de juegos esto es a lo que se denomina *señales*. Pero, tomando en cuenta que dentro de una negociación también se pueden utilizar para tratar de engañar al adversario, ¿cómo puede confiarse en las *señales*? Aquí es de vital importancia explicar lo que se denomina como *cheap talk*. El nombre proviene del dicho de cuño anglosajón que reza así: “hablar es barato”, con lo que se quiere decir que cualquiera puede hablar y que hablar no compromete nada, lo que se pide es una mejor *señal* que simplemente palabras. De ahí que, en lo que algunos denominan el *juego de señales* (Herreros, 2008: 175-187), lo que se busca es convencer a la contraparte de nuestras intenciones “hablando caro” (es decir, dando señales fuertes que le indiquen cuáles son nuestras verdaderas intenciones) y con esto poder vencer la desconfianza inherente a una negociación de este tipo. Podemos asegurar que lo que Kennedy intentaba con la decisión del bloqueo era enviar una señal fuerte que mostrara un balance entre: 1) la firme disposición de los Estados Unidos a no tolerar los misiles rusos instalados en Cuba y 2) la disposición a negociar, mostrada mediante una respuesta moderada ante la implantación de dichos misiles.

## ¿Fue adecuada la forma de tomar decisiones durante la crisis de los misiles cubanos?

### La inteligencia norteamericana en tiempos de la crisis

Durante la época en que ocurrió la crisis de los misiles cubanos, los servicios de inteligencia norteamericanos, a pesar de haber recibido las importantes contribuciones de Sherman Kent (considerado como el padre del análisis de inteligencia profesional), aún se encontraban en pañales. La CIA había sido creada en 1947 y Kent comenzó a tra-

bajar en ella a partir de 1950, tratando de reformarla de una institución que se dedicaba principalmente a recopilar información, a una en la cual el trabajo de los analistas que, “aplicando los instrumentos de la razón y el método científico”, era vital para la evaluación de dicha información (Heuer, 1999: XIV).

### Los *tips* de Heuer para el mejoramiento del análisis de inteligencia

Richards Heuer egresó de filosofía en el Williams College en 1950, donde quedó fascinado con la pregunta epistemológica fundamental: “¿qué es la verdad y cómo podemos conocerla?” En 1951, durante la guerra de Corea, fue reclutado por la CIA donde laboró hasta su retiro en 1979. Los primeros 24 años de su carrera los pasó en la Dirección de Operaciones y los últimos cuatro en la Dirección de Inteligencia, en la cual dejó un importantísimo legado que hasta la fecha sigue ocupando parte importante de la formación de los analistas de inteligencia de dicha corporación (pp. XIX-XX).

Aunque enfocado para ser de utilidad para los analistas de inteligencia norteamericanos, los *tips* de Heuer fácilmente pueden ser aplicados en cualquier tipo de toma de decisiones que se enfrenta al mencionado problema de buscar soluciones óptimas a ciertos problemas por parte de seres humanos limitados por sus capacidades inherentes. Lo que estos consejos buscan, en palabras de su autor, es el “crear un ambiente en el cual pueda florecer la excelencia analítica”. El punto sobre el cual Heuer trata de hacer énfasis es el hecho de que, si bien muchos autores suelen llamar la atención sobre otros puntos, el análisis es, antes que nada, un proceso mental; por ello es menester el comprender, en una primera instancia, la influencia que tiene el modo en que pensamos dentro de nuestra toma de decisiones misma (p. 173).

Para poder entonces conducir adecuadamente los análisis, Heuer propone un *checklist*, compuesto por seis pasos básicos del proceso analítico, que busca ayudar a los analistas a protegerse ellos mismos de errores prevenibles y mejorar con esto sus oportunidades de elaborar juicios correctos. Estos pasos son: 1) definir el problema; 2) generar hipótesis; 3) recolectar información; 4) evaluar hipótesis; 5) seleccionar la hipótesis más aceptable; y 6) monitoreo continuo de la nueva información.

#### 1. Definir el problema

El primer aspecto sobre el cual nos llama la atención Heuer es sobre el asegurarnos de que hagamos (o estemos haciendo) las preguntas correctas. Tomando en cuenta que es probable que el político que hace las preguntas no tenga muy claro qué es lo que necesita o lo que debería buscar o lo que es realmente posible, entonces será el papel del analista encargarse de definir correctamente este punto (p. 174).

#### 2. Generar hipótesis

Hay que identificar todas las hipótesis plausibles que necesiten ser consideradas a tra-

vés de una lluvia de ideas con colegas y todo tipo de expertos que puedan aportar algo valioso, suspendiendo el juicio y recolectando tantas ideas como sea posible. Después, proceder a acortar la lista hasta que se consiga reducirla a un número manejable de posibilidades. Es importante no rechazar ninguna hipótesis razonable solo porque no hay evidencia que la respalde (p. 174).

### 3. Recolectar información

Buscar toda la información posible que pueda ser relevante para el tema en diversas fuentes y, de ser necesario, solicitar más a los encargados de proporcionarla. La información servirá para evaluar todas las hipótesis razonables que se hayan considerado con anterioridad, no solo la que parezca la mejor. De nuevo es importante suspender el juicio mientras que la información está siendo contrastada con cada una de las hipótesis, ya que es muy fácil el formarse impresiones sobre una hipótesis a pesar de contar con poca información para ello y muy difícil cambiar una impresión una vez que ha echado raíces en nosotros. Es muy importante el darle a todas las hipótesis una verdadera oportunidad y tratar de reflexionar lo más posible sobre los posibles impactos que podrían tener en nuestro juicio nuestras preconcepciones al respecto del problema en cuestión (pp. 174-175).

### 4. Evaluar hipótesis

No hay que dejarse engañar por el hecho de que nuestras ideas preconcebidas parezcan estar fuertemente respaldadas por la evidencia: esa misma evidencia también podría favorecer otras hipótesis. En todo caso lo que hay que hacer es enfocarse en la evidencia que hay en contra de cada una de las hipótesis, no en la que hay a su favor. Del mismo modo hay que ser particularmente críticos con las suposiciones previas que pudieran haber contribuido en nuestra conclusión final y, de ser empleadas, hacerlas explícitas en los análisis e, incluso, “jugar” con otro tipo de suposiciones para ver si, empleando la misma evidencia, nos conducen a resultados diferentes.

Es de gran importancia en este punto el no aceptar fácilmente nuestros prejuicios sobre la forma de ser, los intereses o lo que piensan o valoran los dirigentes de otros países, así como no caer en el error común de ponernos en su lugar y pensar: “¿Qué haría yo en su lugar?” Lo correcto es consultar a cuantos expertos sea posible que puedan tener un mejor conocimiento al respecto. Asimismo resulta trascendental el no creer acríticamente que las decisiones de los gobiernos extranjeros están basadas en decisiones racionales y que persiguen metas identificadas, ya que en ocasiones sus actos se pueden explicar mejor por las interacciones de fuerzas burocráticas al interior de los Estados que siguen los procedimientos estándares de operación en una situación en la cual esto resulta inadecuado (como lo muestra Allison), errores en la cadena de mando, confusiones, accidentes o coincidencias (pp. 175-176).

### 5. Seleccionar la hipótesis más aceptable

Como ya mencionamos, se procederá a rechazar las hipótesis en vez de confirmarlas: la mejor hipótesis es la que tiene menos evidencia en contra, no la que tiene más a su favor. Es importante no excluir del todo a las hipótesis rechazadas en las conclusiones: hay que mencionarlas y explicar a fondo el por qué no se consideran correctas (pp. 176-177).

### 6. Monitoreo continuo de la nueva información

Hay que tomar en cuenta que las conclusiones analíticas siempre son tentativas, ya que vivimos en un mundo en cambio constante. La situación puede cambiar o puede aparecer nueva información que modifique las conclusiones. Es importante tomar en consideración toda nueva información, sobre todo cuando esta parece no encajar en las conclusiones alcanzadas, así como ver si puede encajar en alguna de las hipótesis previamente rechazadas (p. 177).

Dicho en pocas palabras, el proceso que Heuer nos propone tiene la finalidad de superar, en la medida de lo posible, las limitaciones que nosotros, como humanos que somos, padecemos en nuestros procesos de decisión. Como hemos mencionado, estas limitaciones son insalvables, de modo que lo racional en un caso como el de la crisis sería el buscar un proceso que permita superar, aunque sea parcialmente, dichas limitaciones para con ello tener una decisión de mejor calidad. A continuación me propongo, siguiendo los criterios de Heuer, revisar si podemos afirmar que dichos criterios se cumplieron o no –y en qué medida– durante el proceso de toma de decisión de la crisis.

## El análisis del manejo de la crisis de los misiles cubanos desde la perspectiva de Heuer

### Cumplimiento de los criterios de Heuer durante la crisis de los misiles cubanos

Criterio	Grado de cumplimiento
1	Podemos afirmar que esta fue una preocupación central. Las conclusiones a las que arriba Kennedy consisten en identificar el problema como político y diferenciarlo del militar. A su vez, se identifica claramente el tipo de decisión que se está buscando: aquella que minimice el riesgo de desencadenar una guerra nuclear.
2	Desde un inicio lo que Kennedy buscó fueron opciones, por eso se convocó a tantos participantes al ExCom y se consultaron a tantos consejeros externos. No obstante, no parece que se haya tenido un gran éxito en el punto de suspender el juicio en el nivel individual (aunque es evidente que Kennedy no comenzó a hacer juicios claros hasta ya muy avanzadas las discusiones).
3	Cuando la información no pareció suficiente, se buscaron los medios de conseguir más. Asimismo, esta determinó los cambios en varias de las posturas de los participantes, señal de que influía en las opciones propuestas y de que todas ellas fueron revisadas a la luz de la nueva información. De nuevo, parece haberse fallado en el asunto de suspender el juicio.

Criterio	Grado de cumplimiento
4	Sobre este punto, podemos afirmar que en las sesiones del ExCom se dio un poco de todo: por un lado, se cayó en los errores de creer que se sabía cómo pensaban los rusos, de ponerse en su lugar, de creer que se conocían sus intenciones y sus valores; pero, por el otro, hubo los aciertos de consultar a una considerable cantidad de personas y de buscar a aquellos que más podían saber sobre el tema. Al final de cuentas, como mostramos en el análisis, se eligió la opción en contra de la cual había menos argumentos (aquella que al parecer minimizaba las posibilidades de terminar en la guerra nuclear).
5	A fin de cuentas se eligió la opción con menos argumentos (no necesariamente en cantidad) en su contra (objeciones). Sin embargo, es evidente que algunas de las opciones rechazadas fueron “enterradas” después de esto, mientras que otras se mantuvieron como posibilidades viables para las cuales se siguieron haciendo preparativos.
6	Fue evidente que, ante el ingreso de nueva información, las posturas cambiaron adecuándose a ella. Sin embargo hay que aceptar que, en ocasiones, cambiaron en sentidos opuestos.

Evidentemente estaríamos mintiendo si dijéramos que la toma de decisiones durante la crisis de los misiles cubanos cumplió a cabalidad con los criterios de Heuer. No obstante, como indicamos arriba, en esa época este tipo de evaluaciones sobre los procesos de inteligencia aún se encontraban en pañales. No obstante, ya hemos mencionado en diferentes momentos que la toma de decisiones dirigida por Kennedy tuvo diversas influencias que impactaron directa y positivamente en la forma en la que esta fue llevada a cabo: el libro de Barbara Tuchman, el error de Bahía de Cochinos, el diálogo con Eisenhower, etcétera.

Después de todo lo que hemos mostrado, no sería de extrañar el que afirmáramos que dicha decisión se tomó de forma satisfactoria, aunque con limitaciones evidentes. Como hemos mostrado, hubo factores que intervinieron poderosamente y que con dificultad podrían considerarse como racionales. Por ejemplo, la crisis de Bahía de Cochinos, si bien le dejó una gran lección a Kennedy en lo que a su sistema de toma de decisiones se refiere, también tuvo un poderoso impacto negativo al incrementar el anticastrismo dentro del ExCom; la crisis Suez-Hungría determinó en gran parte la creencia de Kennedy de que el atacar Cuba implicaría un ataque ruso en Berlín; la analogía con Pearl Harbor hizo que a muchos de los integrantes del ExCom (entre ellos, el presidente) les resultara inconcebible el atacar Cuba por sorpresa. Todos estos puntos, para bien o para mal, determinaron en mucho el resultado final de las discusiones.

Labor titánica, si no es que imposible, sería el pretender que se pueden entender todos los factores que influyeron en esta toma de decisiones y que se puede explicar por completo el por qué se tomó la decisión final. Afortunadamente tal no es la pretensión de mi tesis. Tan solo pretendía mostrar, con este breve análisis que, desde mi perspectiva, la forma en la cual Kennedy decidió llevar a cabo esta toma de decisiones puede considerarse, por lo menos, como adecuada, debido a que, de acuerdo con los criterios



de Heuer, creó el ambiente idóneo (con limitaciones, por supuesto) para que surgiera una buena decisión. Ahora bien, como lo habíamos advertido, desde las distintas perspectivas individuales encontramos claramente esas limitaciones de las cuales todos somos partícipes.

En conclusión, la elección que hizo Kennedy de llevar a cabo la toma de decisiones de esta manera fue una decisión muy racional, ya que tuvo plena conciencia de lo limitado y, en consecuencia, peligroso que habría sido hacerlo por su cuenta o, como en el caso de Bahía de Cochinos, escuchando a muy pocos consejeros y dedicándole muy poco tiempo. La visión del JCS, que fue por la cual se dejó guiar en esa ocasión, demostró ser una visión parcial, puesto que obedecía únicamente a los fines militares. Kennedy, que en el caso de los misiles cubanos tenía que preocuparse por los intereses globales de su país y de toda la humanidad, entendió claramente esto y descartó por “insatisfactoria” la solución que ellos le presentaban.

## CONCLUSIONES

Recapitulemos un poco. En el primer capítulo revisamos cómo evolucionó la concepción de la guerra (no necesariamente en una sola dirección) hasta que con Clausewitz nos encontramos con el concepto abstracto de la guerra, la *guerra absoluta*, el cual permitió hacer la distinción entre los fines táctico-militares y los fines estratégico-políticos. Dijimos que tal distinción era vital porque los fines táctico-militares eran parciales y solo buscaban la derrota del enemigo, mientras que los fines estratégico-políticos se ocupaban de la totalidad de los intereses del Estado. Es por ello que la concepción racional de la guerra desarrollada por Clausewitz implicaba la moderación de los conflictos militares, pero no por ideas religiosas, ni morales ni metafísicas, sino por el sometimiento de los fines intrínsecamente militares, convertidos ahora en medios, a la racionalidad de los fines políticos.

En el segundo capítulo explicamos el empleo de la teoría de juegos para el análisis de las situaciones conflictivas en general. Revisamos las objeciones a dicho empleo y mostramos la forma de evadir las. Principalmente, nos enfocamos en definir lo que entenderíamos por el concepto de “racionalidad”. Sobre él dijimos que la versión tradicional de la teoría de juegos suponía, por fines de simplicidad, una *racionalidad completa* que se encuentra muy lejos de representar cómo realmente tomamos nuestras decisiones los seres humanos. Entonces, siguiendo en especial a Schmitz, presentamos una noción de *racionalidad mínima* que se determinaba por el establecimiento de medios adecuados para nuestros fines, con plena conciencia y la intención de hacerlo, en ausencia de evidencia opuesta, tomando en consideración que los fines son mutables, *satisfaciendo* en los intereses locales y *optimizando* en los globales.

Finalmente, en el tercer capítulo presentamos una síntesis de las discusiones mediante las cuales se tomó la decisión norteamericana de ejecutar el bloqueo durante la crisis de los misiles cubanos. Abordamos la formalización de Dixit y Skeath de cómo se decidió, desde su perspectiva, implementar la estrategia denominada *brinkmanship* y, después de nuestro análisis, mostramos nuestros argumentos para disentir de ellos.

Argumentamos que, con base en las transcripciones de las cintas grabadas durante las sesiones del ExCom, Kennedy no percibía la crisis de esa forma, sino que, en vez de verla como un *juego de la gallina* iterado, lo veía más próximo a un *dilema del prisionero* iterado, para superarlo buscaba establecer líneas de comunicación con Khrushchev que le permitieran ingresar a un *juego de señales* en el cual pudiera comenzar con las negociaciones. Por último, siguiendo los criterios de Heuer, evaluamos la forma en la cual se tomó la decisión del bloqueo. Concluimos que este proceso, si bien había tenido limitaciones importantes, dadas las circunstancias se había conducido de forma adecuada.

En conclusión, podemos afirmar que el distinguir entre los fines propios del quehacer militar y los fines pertenecientes al quehacer político hace posible la toma de decisiones racionales en el ámbito político-militar. Esto se debe al hecho de que solo mediante tal distinción fundamental es posible diferenciar los intereses locales, establecidos por los fines militares, de los intereses globales de los que se tiene que ocupar el dirigente de un Estado. Al ser competencia del mando político el buscar una *optimización* en el nivel global que abarca todos los intereses del Estado, el decidir simplemente *satisfacer* en el nivel militar deberá ser considerado como una decisión racional, siempre y cuando tal satisfacción se cumpla cabalmente y abone (o por lo menos no entorpezca) a los fines globales.

Los miembros del JCS tenían una visión parcial del problema porque se encontraban enfocados en el objetivo militar. Más que preocuparse por el riesgo de generar una guerra nuclear que implicaba la decisión que ellos proponían tomar y, evidentemente, sin importarles mucho las consecuencias políticas que de ella podían desprenderse, sus miras estaban puestas en escalar algunos peldaños a su favor en el conflicto de la guerra fría: acabar con el régimen castrista en Cuba y, con ello, despojar a la Unión Soviética de una importantísima base de acciones en el hemisferio occidental. Aunque en cierta medida estaban preocupados por los riesgos que se podían desprender de cualquier acción tomada por los Estados Unidos, dentro de su panorama no aparecía la solución negociada, de ahí que su perspectiva siempre se mantuviera dentro de lo que sería un *juego de suma cero*. Como bien vimos en el pensamiento de Clausewitz, tal visión, que él llamaba *polaridad*, es propia de la táctica militar, no de la estrategia política.

El gran acierto de Kennedy consistió en no dejarse llevar, como en la Crisis de Bahía de Cochinos, por tal visión parcial, es decir, no sacrificar los intereses globales del Estado en favor de los intereses locales de la milicia. Entonces, para poder alcanzar una decisión adecuada en la crisis, buscó la manera de ampliar el horizonte de la decisión convocando a la formación de un grupo heterogéneo, el ExCom, al cual dotó de las condiciones necesarias para que en él surgiera la mejor solución posible dadas las circunstancias.

Si bien no me encuentro en la condición de afirmar que tal decisión realmente fue *óptima*, es decir, que fue realmente la mejor solución posible, sí creo poder afirmar que, de nuevo, dadas las circunstancias, dicha solución se buscó de una forma adecuada. Solo en ese sentido restringido podríamos afirmar que la elección de implantar el blo-

queo sobre Cuba fue una decisión *óptima*: tomando en cuenta las limitantes de tiempo, información, capacidad, conocimientos, etc., se obtuvo una solución que fue el resultado de un procedimiento adecuado.

Vemos entonces ahora la importancia de la contribución de Clausewitz. Su concepto de *guerra absoluta*, que a ojos extraños pudiera parecer una excentricidad debido a su irrealidad, le permitió crear el entorno metodológico que posibilitó diferenciar claramente (aunque solo en un sentido teórico) a la guerra de la política. Hasta después de tal separación, fue posible comprender lo importante que es contener a la guerra para que ella no tenga la libertad de seguir sus propios fines.

Si bien, evidentemente, esto no significa que no haya habido intentos de contener la guerra antes de él (que como vimos en el primer capítulo, estos abundan), el enorme progreso que se alcanzó en el nivel de abstracción de los estudios sobre la guerra permitió que, después, se desarrollaran métodos más eficientes de estudiarla y, por ende, de comprenderla. Esto es de vital trascendencia ya que, sin importar cuál sea nuestra postura al respecto de la guerra, es solo mediante su estudio riguroso que se pueden conocer los factores que intervienen en ella y, solo así, podremos aprender a controlarla.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Fernando *et al.* (2008). *Economía, sociedad y teoría de juegos*. Madrid: McGraw Hill.
- Agustín, San (2006). *La ciudad de Dios*. México: Porrúa.
- Albizu, José Luis, Manuel García Aparisi y Gonzalo Ayala, trad. (1986). *Diccionario de filósofos Rioduero*. España: Ediciones Rioduero/Centro de Estudios Filosóficos de Galarate.
- Alexander, R. D. (1987). *The biology of moral systems*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Allison, Graham T. (1971). *Essence of decision*. EUA: Scott, Foresman and Company.
- Alluntis, Felix (1967). Vitoria, Francisco de. *Encyclopedia of Philosophy*. Thomson Gale, vol. IX, 2006, pp. 698-699.
- Aristóteles (2007). *Ética Nicomáquea*. Madrid: RBA.
- (2008). *Política*. Madrid: Gredos.
- Aron, Raymond (2009). *Sobre Clausewitz*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Baron, J. (2005). *Rational choice in political behavior: expression vs. consequences*. Philadelphia: University of Pennsylvania.
- Bellamy, Alex J. (2009). *Guerras justas*. Madrid: FCE.
- Bourke, Vernon J. (1967). Thomas Aquinas, ST. *Encyclopedia of Philosophy*. Thomson Gale, vol. IX, 2006, pp. 424-440.
- Brecher, Michael, Jonathan Wilkenfeld y Sheila Moser (1988). *Crises in the twentieth century*. Oxford: Pergamon.
- Bygott, J. D. (1972). Cannibalism among wild chimpanzees. *Nature*, 238, pp. 410-411.
- Byron, Michael (1998). Satisficing and optimality. *Ethics*, 109, pp. 67-93.
- Cicerón, Marco Tulio (1991). *Sobre la república*. Madrid: Gredos.
- Clausewitz, Karl von (1999). *De la guerra*. México: Colofón.
- Crozier, Michael y Erhard Friedberg (1977). *L'acteur et le système*. París: Éditions du Seuil.
- Davie, Maurice R. (1929). *The evolution of war: a study of its role in early societies*. New Haven, CT: Yale University Press.
- De Waal, Frans (1996). *Good natured: the origins of right and wrong in human and other animals*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- Detter, Ingrid (2003). *The law of war*. UK: Cambridge University Press.
- Dixit, Avinash y Susan Skeath (2004). *Games of strategy*. Nueva York: W. W. Norton & Company.
- Elster, Jon (1977). Ulysses and the Sirens. *Social Science Information*, núm. 16, pp. 496-526.
- (1983). *Sour grapes: studies in the subversion of rationality*. Great Britain: Cambridge University Press.
- (1994). *Lógica y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- (1999). *Juicios salomónicos*. Barcelona: Gedisa.
- Erasmus, D. (1795). *Antipolemus, or the plea of reason, religion, and humanity, against war*. Vicesimus Knox. *The works of Vicesimus Knox, D. D.* Ludgate Street: Printed for J. Mawman.
- Farb, Peter (1969). *Man's rise to civilization*. Avon.
- Fleiss, Peter J. (1960). War guilt in the history of Thucydides. *Traditio: studies in ancient and medieval history, thought and religion*, vol. 16, núm. 4.
- Fromm, Erich (2009). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI Editores.
- Fry, Douglas P. (2007) *Beyond war, the human potential for peace*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gallie, W. B. (1985). *Filósofos de la paz y de la guerra*. México: FCE.
- García Caneiro, José (2000). *La racionalidad de la guerra*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gat, Azar (2006). *War in human civilization*. Nueva York: Oxford University Press.
- Ghiglieri, Michael P. (2005). *El lado oscuro del hombre*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Gibbard, Allan (1990). *Wise choices, apt feelings*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gibbons, Robert (1992). *Un primer curso de teoría de juegos*. España: Antoni Bosch, editor.
- Goodall, Jane (1986). *The chimpanzees of Gombe*. Cambridge, MA: Belknap.
- Heuer, Richards J. (1999). *Psychology of intelligence analysis*. EUA: CIA-Center for the Study of Intelligence.
- Hobbes, Thomas (1992). *Behemoth*. Madrid: Tecnos.
- (2006). *Leviatán*. México: FCE.
- Hodges, Wilfrid (2009). Logic and games. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Edward N. Zalta, ed. Disponible en: [plato.stanford.edu/archives/spr2009/entries/logic-games/](http://plato.stanford.edu/archives/spr2009/entries/logic-games/).
- Holmes, Robert I. (1967). Peace, war and philosophy. *Encyclopedia of Philosophy*. Thomson Gale, vol. VII, 2006, pp.151-158.
- Itani, J. (1982). Intraespecific killing among non-human primates. *Journal of Social and Biological Structure*, núm. 5.
- Janis, Irving L. (1982). *Groupthink*. 2a. ed. Boston: Houghton Mifflin.
- Johnson, Dominic (2004). *Overconfidence and war*. Cambridge: Harvard University Press.
- Joyce, James M. (2005). Decision theory. *Encyclopedia of Philosophy*. Thomson Gale, vol. IX, 2006, pp. 654-661.

- Kant, Immanuel (1979). *Filosofía de la historia*. México: FCE.
- (2002). *Sobre la paz perpetua*. Madrid: Alianza Editorial.
- Keeley, Lawrence (1996). *War before civilization: the myth of the peaceful savage*. Nueva York: Oxford University Press.
- Kelly, Kelvin (1995). *Out of control*. Nueva York: Perseus Books Group.
- Leblanc, Steven (2003). *Constant battles: the myth of the peaceful noble savage*. Nueva York: St Martin's Press.
- Lepan, Géraldine (1999). *Commentaire a discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. París: Ellipses.
- Lorenz, Konrad (1966) *On aggression*. Londres: Methuen.
- Luce, Duncan y Howard Raiffa (1985). *Games and decisions: introduction and critical survey*. Nueva York: Dover Publications, Inc.
- Malinowski, Bronislaw (1941). An anthropological analysis of war. *American Journal of Sociology*.
- Maquiavelo, Nicolás (1995). *Del arte de la guerra*. Madrid: Tecnos.
- (1998). *El príncipe*. México: Época.
- (2008). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial.
- May, Ernest R. y Philip D. Zelikow, ed. (1997). *The Kennedy tapes: inside the white house during the cuban missile crisis*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mcauliffe, Mary S., ed. (1992). *CIA Documents on the cuban missile crisis*. Washington, DC: CIA History Staff.
- Montagu, Ashley (1976). *The nature of human aggression*. Nueva York: Oxford University Press.
- Moro, Tomás (1991). *Utopía*. Madrid: Tecnos.
- Mourant, John A. (1967). Suárez, Francisco. *Encyclopedia of Philosophy*. Thomson Gale, vol. IX, 2006, pp. 282-285.
- Nicholson, Michael (1992). *Rationality and the analysis of international conflict*. Melbourne: Cambridge University Press.
- Ober, Josiah (1994). Classical Greek Times. Michael Howard, George J. Andreopoulos y Mark R. Shulman, eds. *The laws of war: constraints on warfare in the western world*. New Haven: Yale University Press.
- Peltonen, Markku, ed. (1996). Bacon's political philosophy. *The Cambridge Companion to Bacon*. EUA: Cambridge University Press.
- Philonenko, Alexis (2003). *Essai sur la philosophie de la guerre*. París: Librairie Philosophique J. Vrin.
- Plato (1984). *The laws*. Loeb Classical Library. Cambridge Massachusetts: Harvard University Press.
- Platón (2008). *República*. Madrid: Gredos.
- Poundstone, William (1992). *El dilema del prisionero*. Madrid: Alianza Editorial.

- Rapoport, A. (1966). *Two-person game theory: the essential ideas*. EUA: The University of Michigan Press.
- Resnik, M, D. (1998). *Elecciones. Una introducción a la teoría de la decisión*. Barcelona: Gedisa.
- Ross, Don. Game theory. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (fall 2009 Edition). Edward N. Zalta, ed. Disponible en: [plato.stanford.edu/archives/fall2009/entries/game-theory/](http://plato.stanford.edu/archives/fall2009/entries/game-theory/).
- Rousseau, Jean Jaques (1852). *Jugement sur la paix perpétuelle. Œuvres complètes de J.J. Rousseau*. París: Libraire Chez Alexandre Housiaux.
- (2003). *Discurso sobre el origen de la desigualdad*. México: Gernika.
- Santiago, Teresa (2004). *Función y crítica de la guerra en la filosofía de I. Kant*. Barcelona: UAM/Anthropos.
- Schelling, Thomas (1980). *The strategy of conflict*. Cambridge: Harvard University Press.
- Schmidtz, David (1995). *Rational choice and moral agency*. EUA: Princeton University Press.
- Schmitt, Carl (2004). *El leviatán en la teoría del Estado de Thomas Hobbes*. Granada: Comares.
- (2006). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Shor, Mikhael. *Dictionary of game theory terms*. Game Theory.net, 2001-2006. Disponible en: [www.gametheory.net/dictionary](http://www.gametheory.net/dictionary).
- Simon, Herbert A. (1955). A behavioral model of rational choice. *Quarterly Journal of Economics*, 69, pp. 99-118.
- Stern, Sheldon M. (2005). *The week the world stood still: inside the secret cuban missile crisis*. California: Stanford University Press.
- Strauss, Leo y Joseph Corpsey, comps. (2009). *Historia de la filosofía política*. México: FCE.
- Teleky, G. (1973). *The predatory behavior of wild chimpanzees*. Lewisburg: Bucknell University Press.
- Thucydides (1943). *The history of the Peloponnesian war*. Londres: Oxford University Press.
- Turney-high, Harry (1949). *Primitive war*. Columbia, SC: University of South Carolina.
- Wolf, Erik (1967). Pufendorf, Samuel von. *Encyclopedia of philosophy*. Thomson Gale, vol. IX, 2006, pp. 157-159.
- Wrangham, Richard y Dale Peterson (1977). *Demonic males: apes and the origins of human violence*. Londres: Bloomsbury.
- Wright, Robert (2005). *Nadie pierde: la teoría de juegos y la lógica del destino humano*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Wright, Quincy (1942). *A study of war*. Vol. 1. Chicago: University of Chicago.



*Guerra y racionalidad:  
los fines de la guerra y los fines de la política*  
Núm. 2

Se terminó de editar en septiembre de 2014  
en Epígrafe, diseño editorial  
Verónica Segovia González  
Marsella Sur 510, interior M, Colonia Americana  
Guadalajara, Jalisco, México  
La edición consta de 1 ejemplar